



MADRE TRINIDAD

ESCRITOS 6

ESCLAVAS DE LA SANTISIMA EUCARISTIA

M. TRINIDAD DEL PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA
Fundadora del Instituto de las Esclavas de la
Santísima Eucaristía y de la Madre de Dios

ESCRITOS

6

(Cuadernos 15 - 25)

Edición preparada por Crescencio Palomo Iglesias, O.P.

Edita: Postulación de la Causa de
M. Trinidad del Purísimo Corazón de María
c/ Bueso Pineda, 21 - 28043 MADRID

1996

NIHIL OBSTAT
P. Carlos Lledó, O.P.

IMPRIMATUR
Ilmo. Sr. D. Joaquín Iniesta
Vicario General
Madrid, 27 de enero de 1997

Impreso en los talleres
de Orinoco Artes Gráficas, S.L.
Tel. 675 14 33 y 675 17 98



M. TRINIDAD DEL PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA
Fundadora del Instituto de la Esclavas de la
Santísima Eucaristía y de la Madre de Dios



INTRODUCCIÓN

En el tomo sexto de los Escritos de la M. Trinidad Carreras Hitos se recogen los cuadernos numerados del 15 al 25. Son cuadernos pequeños de 16 x 11,5 cm. aproximadamente y de un número de páginas irregular. Están encuadernados en dos bloques, dando la impresión que los han agrupado por tamaño. El primero, dice en las pastas que contiene los cuadernos 15 al 23, si bien recoge uno más que se enumera como 23 bis; el segundo bloque encuaderna los cuadernos 24 y 25.

El contenido de este material es muy diverso y escrito en diversas épocas. Se advierte a simple vista que no se ha guardado en la encuadernación unos criterios cronológicos ni temáticos, lo que parece comprensible teniendo en cuenta que ni la propia M. Trinidad guarda en la mayoría de sus cuadernos estos dos líneas básicas para la clasificación.

Y es que la intención de la M. Trinidad no es dejar en estos cuadernos un tratado para sus hijas o para ser publicado. Ella sólo intenta con estos escritos cumplir con el mandato de los directores y de los prelados que así se lo ordenan. Lo hace por obediencia como repetidas veces deja escrito. Por ello se encuentran hechos repetidos más de una vez, en los que se nota no tiene a la vista la narración anterior. También alguna vez dice copiar de sus antiguos apuntes sin dar importancia al "orden y gobierno", como ocurre en el cuaderno 24.

El contenido de estos cuadernos es una autobiografía, donde narra su vida, dando más importancia a la narración del estado de su alma y a sus experiencias de intimidad con el Señor, que a los meros hechos de la vida cotidiana. No es una autobiografía ordenada, pues su intención nunca fue esa, como se colige de lo dicho

anteriormente, pero su contenido es de gran valor por tratarse de las "cuentas de su alma" escritas para cumplir fielmente con la obediencia debida a sus directores y prelados.

La riqueza espiritual y la entrega incondicional a buscar y cumplir la voluntad de Dios de la M. Trinidad quedan muy patente en estas página. La fuerza de esta vida sobrenatural la encuentra la M. Trinidad en su adoración a Jesús Sacramentado, donde se entrega con tal fuerza, siempre unida a la Santísima Virgen, que se ofrece como victima incondicional para reparar las faltas cometidas por los sacerdote, religiosos y demás hombres.

Esta vida de adoración es lo que impulsa a M. Trinidad a la fundaciones de conventos y a dejar establecidas, con la aprobación de la Iglesia, las religiosas Esclavas del de la Santísima Eucaristía y Madre de Dios. Lo que ve como un querer de la voluntad de Dios, que se lo pide, para la salvación de las almas.

CUADERNO DECIMOQUINTO

**RECUERDOS
Por obediencia**

1

MI PRIMERA COMUNIÓN

La sumisión y obediencia que debo, padre mío, me obliga hoy a referirle lo que recuerdo de mi primera Comunión, el día de mayor consuelo de mi vida.

Bueno, padre mío, espero que nuestro Señor me ayudará a cumplir la obediencia, no permitiendo diga ni una palabra que no sea verdad. Así lo pido con toda mi alma al Señor.

Ya conoce lo santa que fue mi madre, parecía en familia un sacerdote, y con sus pequeñas hijas una madre con un alma de serafín. No sabíamos hablar y nos hacía pronunciar el “Jesús, María y José” y “Jesús, María y José, os doy el corazón y el alma mía”, y con tal fuerza nos lo decía que cuando acababa sus oraciones y consagraciones, muy hermosas, que nos hacía repetir con ella todos los días mañana y tarde, mi hermana sor Pura, con mucha gracia, abriendo sus manecitas le decía: Mamá ya no tenemos más que darle.

Con esta educación de una madre tan piadosa y santa, qué cuenta tan grande la mía no haberme aprovechado. Nos inculcó tal horror al pecado que no queríamos salir con nadie, y, como ya dije a V. alguna vez, nos tenía en casa una señora pariente y anciana que nos enseñaba a todo, pero la sagrada Comunión no le confió a nadie, era ella la que quería prepararnos.

Como todos los días, sus salidas era al campo, nos llevaba a una finquita muy alegre que gustaba mucho porque tenía viña, frutales, flores y mucha agua. Se llamaba “Peña María”, donde hoy han edificado dos fábricas: de tranvías y hidroeléctrica.

Allí, mi papá la escuchaba con mucho entusiasmo sus poesías, mientras que mis dos hermanos mayorcitos, de 10 y 12 años, se entretenían en pescar truchas en un manso arroyuelo o pequeño río que pá-

saba junto a la finquilla predilecta de mi madre. Como se agolpaban tantos colorines y ruseñores mi madre nos entretenía comparándonos aquellas avecillas de preciosos colores que veíamos, y nos decía cómo gozaría ella que sus dos niñitas cantaran al Niño Jesús con aquel primor y armonía el día que le recibiríamos en la sagrada Comunión. Nos entusiasmaba tanto del amor y pureza con que debíamos recibir al Niño Jesús en la sagrada Eucaristía. Y no entendíamos de nada, especialmente yo, más torpe y atrasada que mi hermana, a pesar de ser mayor, me iba tras de las mariposas y flores, mientras que Pepita quedaba hablando con mi madre. Tenía la pequeña una memoria feliz lista y perspicaz como ella sola y su lengua tan expedita y graciosa que encantaba a cuantos la oían. Mis padres la querían mucho, especialmente mi madre, que no tuvo nunca que castigarla; así como a mí me castigaba mucho. Ellos me referían después era muy traviesa y no podía estar cinco minutos quieta, me gustaba subir a los sitios más altos y bajar volando, sentía deseos de alas para volar y gustaba en días de mucho aire subir a las cuevas y bajar volando sin tocar casi la tierra. Esto ocasionaba mucho disgusto a mis padres. Cuando íbamos de campo me gustaba adelantarme mucho y que me buscaran, porque especialmente mi padre me quería mucho y nunca me reprendió; por muchas travesuras que hiciera me defendía y disculpaba con mi madre.

Una vez, siguiendo a unas hormigas que llevaban granos de trigo a ver dónde se metían y qué hacían, me perdieron de vista porque las hormigas bajaban del camino a un tajo, que le llamaban "de las Palomas", me dio miedo bajar, pero quedé meditando cómo aquellos animalitos tan pequeños tiraban del grano mucho mayor que ellas y notaba que algunas iban más ligeras con la carga que otras sin ella. Venía muy contenta a referirle a mi madre aquellos pequeñitos animalitos lo llena que tenían su casita.

Entonces me dijo: Aprende, y no seas tan revoltosa, cómo esos animalitos te enseñan a ser aplicada.

Y le dije: ¿Qué hago yo madrecita mía?

Me parecía confuso aquello y entonces me dijo: Tú piensa que eres una pequeña hormiga y que pronto irás a recibir al Niño Jesús convirti-

do en grano de trigo hecho pan, ¿qué harías tú si supieses que aquel granito de trigo iba a convertirse en un Niño y ese Niño era Dios?

Le contesté prontamente: ¡Comérmelo!

Bueno, hija mía, sé muy buena y piensa mucho que has de ir al altar santo a recibir al Señor y como esa hormiguilla llévalo contigo siempre, guárdalo en la cuevecita de tu corazón para que nadie te lo quite, y cuando tu seas muy obediente y buena, ese Jesús, que todos recibimos, nos comunica la gracia de hacernos como los ángeles.

Y como yo estaba tan atrasada y tonta, le decía a mi madre: Entonces, ¿cuando yo reciba al Niño Jesús, me volveré ángel y volaré al cielo?

Mi madre viéndome tan tonta, me dejaba por imposible.

Y mi primo, que estaba de vacaciones, ya ordenado de menores para sacerdote, con sus amigos íntimos, Ramón Pérez Rodríguez y Luciano Rivas, que fue deán de Sevilla, y ellos me preparaban en los ratos que pasaban de recreos, pues se hospedaban con mi primo, P. Hitos, en la casa.

Y aquel día feliz me hicieron muy buen regalo, y la Vida de la Santísima Virgen, mi primo; la de Santa Teresa D. Ramón, y el Sr. Rivas, la de San Estanislao de Koska con unas estampas comulgando de mano de los ángeles, que me dio tan gran devoción. Y la abuelita hizo gran fiesta, que a mí se me amargó cuando los tres se empeñaron les besara la mano, y como no tenían sotana aunque estaban ya ordenados, no podía vencer la resistencia que sentía porque con frecuencia jugamos todos, y mi abuela me hizo les besara los pies.

Que D. Ramón disipó mis lágrimas, llamándome la atención, diciéndome: ¡Ay Mercedes que se va el Niño Jesús!... Míralo que disgustado está porque no le haces caso... Lo creí que lo veían y salí corriendo a la escalera a ver si se iba o dónde. Entonces les hizo gracia mi inocencia, y yo les preguntaba cómo le vieron, qué traje traía, cómo estaba de alto, cómo tenía el pelito, de qué color los ojos, y cada uno me lo pintaba tan al vivo que me encendieron en amor del Niño, con un ansia de verle que mi madre no me podía hacer dormir hasta que me prometía llamarme si lo veía venir, y mi madre tan contenta y lo mismo mi abuela que con el divino Niño Jesús, consiguieron dominar mis caprichos, pues

tenía mucho genio.

En cambio, mi hermanita dos años menor, era muy alegre, obediente y dulce, se sabía a la memoria el santo Trisagio que rezábamos todos los días en familia, los dolores y gozos de san José y el Rosario entero. En varias veces, especialmente cuando salíamos al campo, nos hablaba de las apariciones de Lourdes y de la Saletta, y uno de mis dos hermanos mayores, el segundo, me quería mucho y me convidaba a que le ayudase a decir misa en una piedra grande que formábamos un altar, y el mayorcito que estudiaba ya para sacerdote nos predicaba y siempre teníamos funciones de éstas.

Un día, en el mes de marzo, que mi abuelita cuidaban con mi madre de la capilla de San José de la parroquia, estaban adornando el altar para la novena que entonces se hacía solemne, porque la abuela tenía gran devoción, nos mandó a un huerto cercano, tras de la torre, que cultivaban muchas flores para la Iglesia. Se movió una tormenta tan atroz que no podíamos dar paso con un viento y lluvia que nos arrastraba, y nos hicimos una cuevecita bajo los árboles, que nos queríamos refugiarnos con la criada, y mi hermana y yo rezábamos recio y llorando el Trisagio, de vernos solas sin mis padres, gritábamos de miedo, y un anciano venerable llegó y nos dijo: "Marcharos enseguida de aquí que feneceréis" y señalándonos con el dedo la iglesia nos decía aligeraros que viene "huenes" (sic)... En efecto, apenas salimos del sitio donde estábamos, vino una avenida tan atroz que hubiésemos perecido sin duda.

[A] aquel venerable anciano no le volvimos a ver, y mi madre nos aseguraba fue san José, a quien ella le rezaba por sus niñas, y quedamos nosotras tan devotas y agradecidas al Santo bendito que no olvidamos aquel gran favor, como otros muchos incontables que hizo en mi familia.

Aquel mismo año hubo un temporal muy crudo, con heladas y fríos, que se perdieron las cosechas, y yo, que no podía dejar quietos a nadie, me fui con una parienta, a quien mi madre me confiaba para educarnos, y con otra niña. Salimos al camino a coger nieve y vimos en una cascada junto a la casa alta, que vivimos cuando yo nací y entonces tenían

estos parientes de colonos, y como el hielo cuajó el agua había verdaderos primores que iba mucha gente a ver, pero yo me fui temprano y comía el hielo como el dulce y quedé helada.

Un transeúnte que me vio, avisó a mi padre que me encontró adherida y casi muerta de frío. Me envolvió en su capa, mandó caldear la casa con grandes lumbres, y yo gritaba al sentir el calor, me metieron las manos y pies en agua templada, y cuando volví a la vida con un dolor fuerte de costado y pulmonía, todos creían moría entonces e hicieron por mi salud grandes promesas, y los Siete Domingos a san José con el fin de que mi padre, que me quería mucho, frecuentase los santos Sacramentos, que aunque muy bueno y honrado, no tenía la devoción que mi madre y abuelos deseaban, y por mí lo hicieron todo, y desde entonces mi padre empezó a ser más piadoso (aunque nunca faltó a misa, ni dejaba a los criados sin obligarlos a misa, aunque abandonasen los ganados y faenas del campo).

Durante la enfermedad, la Santísima Virgen me visitó y curó admirablemente en momentos de crearme muerta. Las noches que me dejaba el P. Hitos, que turnaba con mi padre, por estar mi madre indispuesta no pudo asistirme, y mi padre cariñosísimo no se retiraba de mi lado, y el primo me preparaba para morir hablándome del cielo y del amor que debía tener a la Santísima Virgen y junto a mí rezaba el santo Rosario y yo le oía... y una noche me pareció que la misma Virgen que él ponía sobre la mesita, que me pareció ser la de Lourdes, pues tenía en la mano el Santo Rosario, me cogió de la mano y me incorporó en la cama, que no pude estar mas que tendida por el dolor de costado, y el dolor desapareció completamente, y haciéndome la cruz en la frente con la cruz del Rosario me dijo: "No morirás, quedaréis solas, morirá tu madre, pero yo quedaré en su lugar y desde hoy soy tu madre". Lo dije a mi padre, que vino a darme un beso porque me sintió hablar y le dije que una Señora vino y me hizo una cruz en la frente, etc., y ni la conocía ni la vi nunca tan hermosa y rodeada de luz con un Niño hermosísimo en sus brazos que me tomaba el corazón diciéndome: "*Tu serás mía*", y cuando quise llamarlos se marcharon.

Mis abuelos, que me querían mucho, ofrecieron hacer los Siete

Domingos a san José en familia si curaba, como los hicieron con gran devoción.

A los dos o tres meses, el día de san Pedro, reunida toda la familia con mucha alegría, fueron al campo, a una finca deliciosa que tenía la abuela, y después de bajar continuaron expansivos y alegres, cuando mi pobre madre, delicada todavía, cogió una pulmonía que duró sólo ocho días. ¡Qué dolor más horrible sintió mi corazón cuando ella murió como una santa! Nos decía señalándonos un cuadro de la Virgen de los Dolores junto a su cama: No os dejo huérfanas, ahí tenéis la que desde hoy cuidará de vosotras y ser vuestra madre... Y desde entonces una serie no interrumpida de gracias especialísimas y singulares favores nos hizo ver y sentir la amorosísima maternidad de María Santísima con sus dos huerfanitas, especialmente su pequeña Merceditas, que en todas las tribulaciones y penas iba en busca de aquella tierna y divina madre del cielo a decirle: "Madre mía, que sois mi madre, *cuidad de mí*".

Sor Trinidad del P. C. de María

MI ENTRADA EN EL COLEGIO

28 enero 1889

Cumplía diez años de edad, hacía seis meses muerta mi santa madre y mi padre con mi abuela creyeron debíamos entrar en un colegio de clarisas, de Santa Inés de Granada, que entonces abrieron como medio de vida, y allí creyeron ellos nos educarían mejor por tener en aquel convento una religiosa pariente de mucha virtud.

El dolor de dejar por primera vez a mi padre y abuelita, que quería como a mi madre, me hizo llorar tanto, acordándome de los tres hermanitos pequeños que quedaron sin madre y de mí esperaban el consuelo por ser la mayor de las dos niñas, pues los demás fueron varones.

Las religiosas nos recibieron con tanta ternura y amor que mi hermanita entusiasmada (menor que yo) me reprendía al verme llorar, diciéndome: "Eres tonta, Merceditas, ¿no ves que estamos aquí mejor que en casa con tantas monjas y niñas que juegan, y en casa desde que mamá murió no se podía más que llorar, porque la abuelita nos castigaba?"

En mí no entraba consuelo. Qué raro y extraño me resultó todo. Quería aprender mucho en poco tiempo para marcharme. Y aun sin preguntarme, cuando las monjas me venían a consolar les decía: "Yo no quiero ser monja, no vengo más que a educarme y marcharme con mi papá a ayudarle, para que no nos ponga madrastra". Las monjas me alentaban a que estudiara y fuese aplicada para marcharme enseguida; mi hermanita como un ángel no tenía nunca penas, ella decía no salía más.

¡Oh Jesús dulcísimo, que siempre me preparaste caminos distintos a mis proyectos... y allí querías coger mi corazón con tan fuertes lazos, que nada de este mundo fueron capaz de romper... a pesar que el demonio me perseguía de muerte desde mis primeros años!

Seis o siete meses después, en el antecoro de aquel convento, un devotísimo cuadro del Sagrado Corazón de Jesús me prendió, y quedé presa para siempre. Desde entonces el mundo no tuvo para mí atractivos ninguno.

Como un dardo de fuego, que salía de aquel Corazón divino, pasó mi corazón con tanta fuerza de amor, que quedé embriagada y fuera de mí, toda abrasada de amor. Lo que entonces sintió mi pobre alma no pude expresarlo a pesar de ser interrogada por una santa y venerable religiosa que me cogió del suelo creyéndome muerta... ¡y estaba viva! Jesús dulcísimo dio a mi alma néctar dulcísimo... y con su Sangre purísima me embriagó en amores divinos que en muchos años [no] pude olvidar, siendo mi alegría y dicha el padecer y morir en cruz como el Amor de mi alma.

Desde entonces, 12 de agosto de 1889, aquellas buenísimas religiosas, madre Carmen Guervós y sor María Rosa Robles, cultivaron aquella divina semilla que el Jardinero celestial sembró en mi alma con tanta abundancia, para que en los tres años que viví allí, educándome, ningún pajarillo robara su semilla.

Cuántas gracias me concedió el Señor en aquellos tres años de educanda, a pesar de estar rodeada de muchas niñas sin vocación, y algunas sin piedad.

¡Oh misericordia y bondad del Señor con las almas! Tenía compañeras mayores que yo que eran un amor nada puro, quisieron manchar la inocencia de mi alma, y Jesús dulcísimo permitió que cuando alguna me buscaba para charlar..., se retiraba diciéndome muchas veces, en broma decían: “Merceditas tiene el atractivo y aroma de un rosal pero cuando se le toca deja espinitas que escuecen para días”. Y después, en mis cuentas de conciencia a mi amada sor Rosa Robles, le preguntaba qué espinas tenía para que escocieran y ella me consolaba diciéndome: Esas te las pone Jesús para cercar tu corazón y sólo él puede entrar dentro y posesionarse de los afectos de tu corazón, que lo quiere puro, y en el momento que tú admitas otro amor, Jesús no quiere, ya cuentas contigo, porque lo quiere todo o nada.

Qué contenta y fervorosa me dejaba aquella santa religiosa que me

enseñó a amar a Jesús de verdad y para siempre.

Me dolía tanto hacerlas sufrir, a las niñas, que tanto me honraban con su cariño. Ella [sor Rosa] me decía no era yo, era el ángel de mi guarda el que ponía las espinas para que nadie tocara al jardín de mi alma, mas que Jesús dulcísimo; y quedaba tan consolada y creída de ser verdad, que [a] alguna niña más íntima les decía que el ángel bendito de mi guarda era el que ponía espinas que yo no veía nunca.

Y nadie se atrevió nunca a quitarme el tesoro que Jesús guardó en mi alma muchos años. ¡Él sea bendito!

Al salir de aquel colegio sentía arrancármese el alma, pero vi peligras y pedí a mi abuelita me llevase, saliendo el 21 de noviembre, cuando tenía 13 años y 10 meses de edad.

Cuando me vi en el mundo, tan mimada y querida de mi abuelita y de todos los míos, sentía la falta de mi sagrario, donde yo pasaba largas horas en la reja del coro con mis ojitos fijos en la puertecita del sagrario donde me había dicho sor Rosa Robles que si le llamaba mucho él saldría del sagrario a jugar conmigo... Y me aficioné tanto, que los domingos y días festivos tenían que llevarme a fuerza, porque me pasaba las horas pegada a la reja, diciéndole: “Jesús mío, te amo tanto que quiero verte y jugar contigo, soy tu Merceditas...” Y ya el confesor me mandó le dijese que me diese el anillo de esposa (D. H. García Quintero, canónigo entonces de Sacromonte).

Y después de aquel regalo que Jesús hizo a mi alma el 12 de agosto, que acabo de escribir, me hizo hacer el voto de castidad y consagrarme toda a Jesús.

Muchas luchas tuve que sostener con las compañeras que tanto me buscaban, pero al fin, con una niña de mi edad, muy piadosa, pude conseguir me acompañase de noche a bajar al coro bajo a hacer el Viacrucis con unas cruces de madera muy pesadas y me hacían caer muchas veces, y hacíamos la Hora Santa los jueves y la disciplina, hasta que alguna religiosa nos cogió en estos ejercicios de piedad y nos lo prohibieron.

Entonces nos pareció a las dos encontrar en el coro alto, cuando subíamos de aquellas penitencias, al divino Jesús, pastor divino de mi

alma, que llevaba una ovejita blanca en sus brazos divinos y la lavaba en su sangre divina... Qué pena sufrir entonces, pareciéndome que Jesús dulcísimo me hacía ver mi alma en aquella ovejita herida, y desde entonces, cuánto le pedía me librase del lobo infernal y no me soltase nunca de sus brazos misericordiosísimos.

Cuando después de ocho meses luchando con mi padre y hermanos que me dejasen ser religiosa en el convento más *austero* que hubiese y más encerrado, conseguí me dejasen entrar en las capuchinas de San Antón de Granada, me pareció ver a este divino Pastor de mi alma en aquel sagrario, y en un acto de amor me ofrecí a padecer y morir por su amor en aquel Convento que me parecía el cielo! ¡Oh qué feliz me sentí en aquellos benditos claustros!

¡Bendito seas Jesús dulcísimo!, que os manifestasteis en aquellos austerísimos claustros tan dulce y sonriente como si viéndoos en todas las cosas como Esposo dilectísimo de mi alma viese vuestra incomparable hermosura por todos los ámbitos de aquel convento y en cada una de aquellas austerísimas y buenísimas religiosas, que me recibieron con tanto cariño que algunas ancianas y venerables religiosas me solían decir al prestarles algún servicio: “Esta niña es un don de Dios, un regalico que a los doce años ha venido a consolarnos” (pues hacia doce años no había muerto ninguna y tenían el número completo de 33, no admitían más, y por una gracia especial, en atención a la recomendación del P. Ambrosio que entonces predicaba la novena de la Santísima Virgen de las Angustias en Granada, me recibieron gracias a Dios).

Lo que entonces me obligaba aquellas atenciones y cariño de aquellas santas religiosas que llevaban la observancia de la santa Regla con tal rigor, que más parecía un desierto de anacoretas que convento de monjas, pues se guardaba con tal rigor el silencio, que no había recreo, sólo en profesiones o en alguna gran festividad y apenas si las religiosas hablaban unas con otras con tal respeto y recogimiento que sólo en la enfermería nos concedían una poca expansión con las enfermas, pero todo de Dios.

Estaba tan feliz y llena de paz y amor de Dios que cinco años que estuve casi en el noviciado sin compañeras, me parecía vivía en los

desiertos de la Tebaida, pues veía las austeridades de aquellas religiosas tan endiosadas, que por nada cambiaría mi dicha.

Como era un poco flaca de estómago y muy joven no quisieron tomase el santo hábito hasta cumplir los 17 de edad, y estuve postulante tres años y unos meses y un año de novicia, con tanta vocación que los trabajos y penitencias que sufría me parecían regalos dulcísimos, y aunque no sabía ni nunca hice trabajos por haber estado en el colegio desde pequeña, me estimulaba tanto ver trabajar aquellas monjas de edad y tan señoras, más que mozas de servicio por amor de Dios, que yo buscaba con ansias de amor, aquellos penosos trabajos de lavar, barrer, repicar la campana, limpiar los suelos, la cocina y lugares más sucios, como el mejor regalo.

Entonces, Jesús dulcísimo se mostraba tan fino y delicado conmigo que alguna vez me parece le vi ayudándome a quebrar los hielos de un lebrillo de ropa que tenía que lavar después de maitines, a las 3 de la mañana, el 15 de enero. Me mandó M. Maestra fuese con las sacristanas a preparar los purificadores y ropas de sacristía que tenían en el huerto-patio, y había escarchado y sentía frío tan grande que miré al cielo que chispeaban las estrellas lindísimas del firmamento... y como si por ellas viese el rostro dulcísimo de Jesús me sentí inflamada de un amor tan extraño y fuerte que sin esperar a las sacristanas me lancé fuera y con el puño empecé a quebrar aquellos vidrios que me parecían espuma de jabón.

¡Oh Jesús dulcísimo! Entonces te vi Pastor divino de mi alma cogerme en tus brazos dulcísimos y llevarme a vuestro Corazón adorable donde me disteis a beber en abundancia aquel vino dulcísimo de tu sangre dulcísima que... hubo para calentar y embriagar aquellas santas sacristanas que me decían con extrañeza: “Pero sor Trinidad, tendrá fiebre que nos calienta...” ¡Oh Jesús dulcísimo, misericordiosísimo, lleno de amor para los pobres pecadores, ten misericordia de mí, tu Trinidad!

ACTO DE CONSAGRACIÓN A JESÚS SACRAMENTADO
QUE HAGO DESDE EL DÍA DE MI PROFESIÓN

¡Oh Jesús dulcísimo sacramentado por mi amor! Compañero inseparable en mi peregrinación hacia el cielo. Venid hoy para siempre a mi corazón, poseedlo, guardarlo para vos puro, amante y fiel, como hoy vengo a consagrarloos, dignaos derramar sobre mi alma la divina gracia con toda la plenitud de vuestros dones. ¡Sed vos para mí todas las cosas! Me consagro para siempre a vos, a fin que seas mi Padre amantísimo, mi dilectísimo Esposo, mi Maestro y director de mi alma. Guíadme vos, dulcísimo Jesús de mi alma, Jesús. *¡Venid a mi Dios mío! Venid a obrar en mí la perfecta renovación que deseo en vos, por la cual ardientemente suspiro. Ahora prometo fidelidad a todas vuestras inspiraciones y deseos. ¡Que os ame siempre, Jesús mío!*

¡Oh Padre santo!, que desde *ab eterno* me amabais con predilección para que fuese *humilde esposa* de vuestro divino Hijo, víctima de amor en la sagrada Eucaristía y en el Calvario, para lo cual nos enviasteis con amorosísima misericordia a vuestro divino Espíritu que caldeara mi alma en vuestra fe y amor, por el Corazón Purísimo de vuestra dulcísima Madre, María Santísima, confiándome amorosamente a ella en mi orfandad, en las persecuciones y en mi destierro, confiando mi impotencia y miseria a su inmaculado Corazón para formarlo ella según los deseos de vuestro Corazón adorable, Jesús mío...

¡Oh Padre eterno!, concede a mi alma la gracia de pureza y amor con la que dé principio de veras a una vida de inmolación, de adoración y de víctima de vuestro amor sacramentado, reparando los ultrajes y sacrilegios que se cometen contra vos... Concede a mi alma atraeros a vos muchas almas a vuestra adoración, que al contacto de vuestra suprema pureza y amor queden enteramente espirituales, celestiales y

divinas para ser dignas esposas adoradoras como lo son los ángeles en el cielo y lo fue en la tierra vuestra purísima Madre, María Santísima, mi dulce madre.

¡Oh divina Eucaristía!, trono de amor donde os veo radiante de gloria en unión de las Tres Personas de la Santísima Trinidad, envía a mi alma las aguas purísimas de las gracias que manan de las tres divinas fuentes de gracias que inundan mi alma de sabiduría, de pureza y amor. ¡Adore a Dios como si lo viera realmente y oyera! pues una fe viva ve, oye, toca, abraza con mayor certidumbre que si lo viera.

ORENSE. SEMANA SANTA
Sábado Santo, 8 abril 1939

El Señor trocó mis planes de hacer los santos ejercicios con la comunidad de Braga, y varios avisos recibidos de Orense, con los ánimos y consejos del R. P. Santiago que me decía debía estar ya en Almería. No sabía qué hacer.

Mi único recurso que siempre es la oración, ahora era mi tormento. Mis súplicas eran contestadas en lo más íntimo del alma: "Conviene a mi gloria las dejes solas en Braga, tu sacrificio en no hacerlos ahora les será a ellas de más provecho y ayuda". Y con el corazón torturado por una tristeza y angustias indescriptible acepté el cáliz, al sentir con la misma fuerza: "Haz el bien que puedas en Orense y consolida en definitivo aquella fundación furiosamente combatida por el demonio... y no te espanten ni arredren los grandes trabajos que te esperan... Se opondrán a ella los que tú esperas la mayor ayuda... No temas, en cambio yo estaré contigo hasta el fin". Confiada en sólo Jesús dulcísimo y su purísima Madre, [que] en unión al divino Maestro salió del Cenáculo para el Huerto, así salí de Porto, elevando mi corazón a su sagrado pecho abierto, y con la mirada en el cielo, repetía en el secreto de mi alma: "para que el mundo vea, creo y amo a mi Padre que está en los cielos y en el Santísimo Sacramento y quiero hacer su voluntad, y me levanto de aquí y voy contenta a Orense, donde el Señor me prepara el cáliz".

Y con estos sentimientos hicimos el viaje penosísimo en dos días. Me acompañaban dos religiosas fervorosas a quien ocultaba las inmensas amarguras de mi alma.

Y la noche en Redondela la pasé en la cruz. Nos dieron una sola cama para tres. Ellas me instaban me echase y ellas se quedarían en oración. Nos había llovido mucho, desde el tren de Tuy al fielato, y

tantas peripecias sufrimos por amor de Dios, que las mandé echarse vestidas y quedaron completamente dormidas y yo quedé echada en el filo o palo de la cama sin abrigo. Ofrecí al Señor aquellos trabajos para que me concediera saberle ofrecer los que me esperaban. ¡Me sentía en la cruz!

Al llegar a Orense encontré la comunidad tan fervorosa y unidas todas que a una me decían: ¡Madre, el Señor nos quiere en Orense, no sufra! La casa que nos ofreció D. Diego en Santa María de Melias la dieron ya a otras religiosas que tienen casa en la Barrera.

Sentí el corazón contrariado y sobrecogido... Vino a mi alma la mirada dulcísima del divino Maestro, que me lo avisó con tanta misericordia, y fui en busca de consejo, pues me sentía con deseos de retirar de aquí las monjas, y, en efecto, el confesor ordinario me dijo como el "ad casum": "creo deben Vdes. marcharse de aquí y lo que han de hacer mañana háganlo hoy", etc.

Con el alma en agonía me vine al sagrario, y procurando ocultarme a las religiosas, que entusiasmadas esperaban mi venida para resolver, desahugué mi corazón en el pie del altar derramando abundantísimas lágrimas de dolor, viéndome tan sola y contrariada por los que creía ayudarnos... Pasé unas horas de inmensa agonía, hasta que el buen Jesús desde el fondo del sagrario, me alentó muchísimo, y sólo quería que bebiese el cáliz. ¡Fiat!

Y en un momento, como rayo de luz, inundó mi alma de consuelo cuando me pareció que el divino Corazón de Jesús recogiendo mis lágrimas, me decía: "¿Y tanto te cuesta beber mi cáliz que yo bebí por vuestro amor, y quieres ser mi víctima y acercarme muchas almas que me adoren, reparen y expíen tantos pecados y sacrilegios como recibo en mi Sacramento?" Y como si se hubieran disipado todas las angustias que oprimían mi alma todos aquellos días de pasión, y como si el divino Maestro inundara mi alma de luz y de paz, cobré alientos para trabajar sin descanso hasta dejar encerradas las monjas como Jesús quería, y sin más ayudas que la fe ciega en sus divinas promesas, con mis ojos fijos en el cielo, esperando contra toda esperanza, fueron a Sobrado las dos compañeras de viaje para tratar de tomar el Palacio enseguida. ¡Dios

sea bendito!

¡Aleluya! Cristo ha resucitado para consuelo de las almas y gloria del Padre. ¡Aleluya!

Hoy 14, volvieron contentas y agradecidas al Señor, porque el buen párroco las recibió con suma benevolencia y les ofreció para todo su influencia y ayuda.

Hoy salieron para tratar en la Curia del documento formal de donación a la comunidad y empezar las obras, ¡sin una gorda! Sólo confiamos en Dios y su Madre Santísima.

CUADERNO DECIMOSEXTO

¡Aleluya! Cristo ha resucitado para consuelo de las almas y gloria del Padre. ¡Aleluya!

Hoy 14, volvieron contentas y agradecidas al Señor, porque el buen párroco las recibió con suma benevolencia y les ofreció para todo su influencia y ayuda.

Hoy salieron para tratar en la Curia del documento formal de donación a la comunidad y empezar las obras, ¡sin una gorda! Sólo confiamos en Dios y su Madre Santísima.

Hoy salieron para tratar en la Curia del documento formal de donación a la comunidad y empezar las obras, ¡sin una gorda! Sólo confiamos en Dios y su Madre Santísima.

Hoy salieron para tratar en la Curia del documento formal de donación a la comunidad y empezar las obras, ¡sin una gorda! Sólo confiamos en Dios y su Madre Santísima.

¡Viva Jesús Hostia!

Berja, enero de 1931

A mi reverenda M. Vicaria.

¡Que nuestro adorable Jesús Hostia, haga que sepa expresar en mis pobres letras los deseos que cada día me animan más a pedir a mis buenísimas hijas, me ayuden a que nuestros conventos sean verdaderos jardines, donde Jesús *venga a recrearse en las virtudes de cada una...* que como flores perfumadas den recreo y consolación al Corazón adorable de nuestro Soberano Rey y Señor, Esposo de nuestra alma, oculto y abandonado de tantas almas... en el tabernáculo santo de nuestros altares, que junto a la cera que se consume en nuestros altares *no falte nunca* las perfumadas flores de las virtudes de sus Capuchinas!

A mi M Superiora y mi querida M. Vicaria con cuánto consuelo la veo ir diariamente a regar los arbolitos de la huerta, no como un labrador jornalero, sino como el dueño de una tierra propia, que espera recoger abundantes frutos.

Este trabajito que hace con tanto gusto por la obediencia, me recuerda siempre aquellas palabras de la Sagrada Escritura que las aplico con mucha devoción y cariño a mi fiel jardinera: "Tempus putationis advenit" (Cant 2,12). Ha llegado ya el tiempo de podar nuestra viña, dice la Esposa de los Cantares.

Así me parece oír a mi hermanas de Berja que nos decimos llena de fervor y santo entusiasmo: Hermanas, el invierno ha pasado... Mi viña no producía mas que racimos amargos... porque me descuidaba en su riego y en cortar de ella la leña inútil... El Sol de la santa Eucaristía... me ha iluminado tanto... que veo mis miserias, que no soy más que tierra... y que llevo dentro de mí, cuanto es capaz de humillarme... no

soy mas que miseria. Sin embargo, siento que mi amor hacia Dios me transporta alguna vez hasta el cielo... mi alma no querría amar otra cosa que a Jesús Hostia bendita, que adoro. Pero siento también mi carne, que me detiene y me hace volver alguna vez en el desaliento y en la tristeza... ¡Qué humillación para mí!... si no me desprecio y humillo no puedo presentarme delante de él adornada... Sin verdadera humildad el sol que tanto necesitan mis plantas no ilumina ni calienta. Si conociéndome a mí misma bajara con profunda humildad muchas veces al abismo de mi nada, estoy segura que gozaré su amor divino siempre que supiera negarme todo, y despreciarme a mí misma. Mi corazón todo de hielo, siente ya derretirse e inflamarse, y por eso le busco con ansia, para que venga a podar esta viña de mi alma que es suya, *enteramente suya*.

¡Mi alma es una viña escogida del Señor que debía llevar frutos dignos de él! ¡Ah Señor y cuántas ramas estériles tengo que cortar todavía en mi viña! ¡Haber vivido tanto tiempo sin amaros!... No guardé como debía mi viña... Pero Jesús mío, ven, entra en ella y poner vos mismo las flores y frutos de un amor *fiel, humilde y perseverante*...

¡Me da vuestra caridad esta libreta que él escriba algo!...

Sí hija mía, la veo con consuelo aplicada a cultivar el jardín de su alma... viña escogida del Señor, y me agrada el amor con que vuestra caridad invita al divino Esposo que venga a reposar en su viña y que haga de su alma sus delicias y su amor.

Yo creo, hija mía, que vuestra caridad no trata ya de flores, que a veces se marchitan y dan mal olor, de pequeñas infidelidades que hieren el Corazón del Esposo divino. A vuestra caridad le pide Jesús frutos abundantes de la viña de su corazón, y que habiéndole encontrado ya en la viña de su corazón, al que ama su alma, y habiéndole oído tantas veces... llamarla... convidándola: ¡Levántate Esposa mía, amiga mía y ven... al jardín de mis delicias... las flores se marchitan... su belleza se aja, su olor se pasa tan pronto como se ha cogido... la viña de tu alma produce muchas veces flores agradables a mi Corazón, con la fidelidad a mi amor en esos momentos felices que te das a mí sin reserva, toda fuego... y toda perfumada con el gracioso olor de la caridad que yo

derramo en las almas que son fieles a mi amor.

Corra mi amadísima hija a esta dulce invitación del celestial Esposo, que *tanto la ama*, pídale con humildad y constancia, cuide él mismo de su viña querida, que le dé fuentes de agua cristalina para regar su jardín... y detenga el aire aquilón que seca todas las plantas. ¡Mándame el viento del mediodía que fertilice la tierra de mi corazón con el amor a vos!

Es cuanto deseo y pido al Corazón Eucarístico de Jesús con toda mi alma, que en mi juicio pueda presentarle las almas que me dio, para que conmigo bajo el amparo del manto purísimo de María Santísima, nuestra dulce madre, nos formásemos para ser como ella, perfectas adoradoras en la tierra a Jesús Sacramentado como los ángeles le adoran en el cielo. Que él nos fortalezca y bendiga, desea vuestra pobre madre y esclava,

S. Trinidad

¡PADRE NUESTRO QUE ESTÁS EN LOS CIELOS!

Berja, 30 de agosto de 1931
XVI Aniversario [de Berja], XXXIII de mis votos

¡Oh bondad y misericordia de mi Dios en mi alma!... ¡Bendita seas!...

Quince años hace Padre de misericordia que os dignasteis mirar con infinito amor a mi pobre alma y después de llavarla a las puertas de la muerte, la enseñasteis los lugares profundos del infierno, y allí... conocí más y mejor vuestra misericordia y amor a mi pobre alma, y ella se consagró para siempre a vos con la mayor hartura de mi corazón.

¡Padre mío, Dios de mi corazón, qué bueno sois... con las almas que te aman!

Desde el cielo mirabais esta pobre hija que con tanta fe y amor os miraba y repetía: “¡Padre nuestro que estás en los cielos!”... Y este clamor llegó a vuestro Corazón, como la madre que siente llorar a su hijo pequeño que cae al suelo por su ignorancia... Y vos, cogiéndome en vuestros brazos, me sacasteis de tantos peligros, me librasteis de la muerte... y me colocasteis más cerca de vuestro corazón adorable, junto a vos en la sagrada Eucaristía, en condición de víctima, y aceptar los padecimientos, las pruebas y las cruces por su amor, ofreciéndome con él al Eterno Padre, realizando la oblación de mí misma con la sagrada Hostia, en disposición de Jesús en el ara de la cruz, segura que el Padre recibe el homenaje más grato de mi corazón.

De Dios es el derecho de disponer con entero poder de esta pequeña víctima que se le inmola, rendida totalmente a su divino beneplácito.

¡Sí, Padre mío que estás en los cielos, y en la tierra en la santa Eucaristía! Lava, Señor, mi pobre alma, renuévala y fortalece con vuestra divina gracia para que aquí y en el cielo experimentemos vuestra pater-

nal protección. Amén.

Ahora Dios mío, que me dejáis esta larga convalecencia, quiero curar de las llagas de mis pecados más que de la flaqueza del cuerpo, y que con tanta misericordia me mostrasteis el lugar del infierno que merecía, cuando vio tan próxima de su fin, y me volvéis la vida para que sane las grandes flaquezas de mi alma, y aquí postrada junto a vuestro tabernáculo, Jesús mío misericordiosísimo, y bajo la mirada amorosísima de vuestra dulcísima Madre, María Santísima de los Dolores, quiero renovar mis *votos* y propósitos hechos en tantas ocasiones con todo el fervor de mi alma. Con el Cristo en mi pecho. Hoy, que realmente os veo expuesto en esa hermosa custodia desde donde mi alma recibe de vuestro amorosísimo Corazón rayos de luz y de fuego que consume y aviva en mi alma la fe y amor que prende vuestro adorable Corazón, mi Jesús Sacramentado, extiende tu divino fuego a toda la tierra, que se amen como tú nos amaste y repitamos con amor y fe. “Padre nuestro que estás en los cielos... Vénganos tu Reino”, y a vuestros pies renuevo con toda mi *alma mis votos*.

1°. *Quiero* no negar a Jesús nada de cuanto me pide y evitar cuanto esté de mi parte, cuanto entienda puedo desagradarle, buscando en todo contrariar mis gustos por dárselos a Jesús siempre.

2°. *La Oración*. No dejaré nunca las dos horas de comunidad por mi culpa; solo en caso que la obediencia me ocupe, y entonces las tomaré de las horas de descanso, además de la hora especial que le ofrecí al Señor hacerle siempre de noche.

3°. No daré a mi cuerpo más descansado de noche que cinco horas, lo más, dedicando las restantes horas de la noche a Dios y mi alma, sea de madrugada o a media noche. La primera vez que despierte me pondré el cilicio y lo tendré todo el tiempo que pueda sufrirlo (sin dañar la salud), por tenerlo ordenado por el director (que me manda mire por la salud, que no es mía, para servicio de la comunidad), y aunque entiendo le serviría más con la penitencia, quiero obedecer y negarme a mí misma, aun en el deseo de hacer penitencia que me es tan provechosa al alma, no quiero guiarme yo por mis inclinaciones o sentimientos, sino por la obediencia, que no me equivoca.

4º. Trabajaré con entusiasmo por *dar gusto a Jesús, y ayudar a las almas*, aunque para ello tenga que hacerme la mayor violencia a mí misma.

5º. Renunciaré por amor a Jesús al amor de las criaturas, que tanto me agrada el verme amada de ellas. Deseo sacrificar por su amor esta satisfacción natural de mi corazón y poner mi amor especial en aquellas de las cuales reciba algún reproche, murmuración o calumnia, desprecio, ingratitud o perjuicio personal, favoreciéndolas en todo con más cariño, para que amen más al Señor, y no admitiendo nunca demostraciones de afecto de ninguna especie, de ninguna.

6º. Y cuando el Señor me manifieste más claro que debo huir de este ambiente de estimación, veneración y cariño que encuentro en todos cuantos me rodean dentro y fuera del convento, en eclesiásticos, monjas y seglares, arrancaré sin piedad por todos los medios y huiré de toda alabanza y cariño que me engría y ensoberbezca (sin darme cuenta), y antes que con estas simpatías pueda desagradar al Señor, en poderme perder por soberbia... pediré a mis superiores y prelados me alejen de las criaturas, colocándome en la oficina o celda que menos comunicación tenga, y me den de compañeras de oficio las más díscolas de carácter y nerviosas, por amor de Dios.

7º. Iré siempre que la obediencia me lo permita [a] ayudar a los trabajos de cocina y humilderas, especialmente a la enfermería, a servir en el aseo y cosas más repugnantes a mi natural, sin miedo a perder el estómago, especialmente las enfermedades contagiosas. ¡Por amor!... Me ofreceré a cuidar la tuberculosa y a las más ancianas y como la experiencia que llevo ya con varias enfermas, que en el monasterio de ver a Jesús contento en ellas, se trueca en dulzuras inexplicables, cuando antes se me hacía insoportable a la naturaleza... ¡Que el amor a Jesús me consuma.

8º. Quiero con muchos sacrificios unirme para siempre a Jesús Sacramentado y así como la hostia se hace de muchos granos de trigo, quiero ser una pequeña hostia con Jesús a fuerza de negarme a mí misma todos mis gustos y ser una víctima que Jesús acepte y me ofrezca con él al Padre Eterno, en expiación y desagravio. Amén.

Sor Trinidad

CUADERNO DECIMOSÉPTIMO

Apuntes del mes de febrero y marzo
De conciencia

¡Viva Jesús Sacramentado!

¡Jesús mío! ¡Hostia santa! ¡Bendita seas!... que fortaleces mi pobre alma, le das vida, aliento y fortaleza para vivir de ti, contigo y junto a ti adorándote con todo el ardor de mi alma y con el amor todo de este corazón, formado por ti para *amarte siempre a ti sólo, eternamente*. ¡Concédeme el amarte cada vez más hasta morir!... Déjame alimentarme *de ti*... todo otro manjar me mata. ¡Dame Señor unas gotas de esa agua, que muero de sed... *tu agua es mi vida!*... ¡Déjame, Jesús mío, vivir y morir a tus pies! Hostia santa... que mis ojos contemplen tu faz... purísima... y tu mirada divina recoja el último aliento de este corazón que solo por ti y para ti vive... Tu lo sabes. Todo lo que no sois vos me cansa y fastidia... Os veo en cualquier trabajo, enfermedad o muerte y gozo en las más amargas pruebas, creyéndome me abracé a tu cruz y soy ya bienaventurada... ¡Te amo tanto... que si me abriesen las puertas del cielo y las del infierno, y viese toda la alegría de los bienaventurados en el cielo y no te viera a ti... y, lo que no es posible ni imaginarlo, te viese en el infierno, naturalmente me atrae tu amor de tal manera... que caería allí buscándote por unirme a ti y amarte. Así en la tierra no podría separarme sin morir de la Hostia santa donde te siento y te gozo, ¡Jesús mío!

Así sea.

Por obediencia, Jesús mío, dejaré en este papel lo que tú quieras.
Por daros gusto quiero ser obediente.

11 de febrero de 1931

La gripe me tiene agotada. Valgo tan poco, Jesús mío, que tu cruz, que es mi delicia y consuelo, me deja agotada y sin fuerzas...

Hace días en cama padecía un poquito el cuerpo, y el alma gozaba. ¿Iré a unirme a ti?... La fiebre me privaba hacer la vida de comunidad, y aun ni podía rezar el breviario, mi cabeza no servía ni para rezar el Avemaría, aprovechaba los ratos de alivio para rezar los Pater noster que señala la santa Regla a sorores legas. Nada me daba más pena como el no poder rezar el breviario, en donde mi alma siente a Dios, como no sé expresarlo, es donde mayores fervores sentí desde mis primeros años.

Ahora me quería el Señor privada de este consuelo, levantada ya y asistiendo a lo que podía, lo único que podía rezar durante la hora de adoración eran las horas menores, pero tan mal... y con tanto trabajo que repetía muchísimo, tenía que dejarlas sin terminar, convencida y llena de amargura de que aquel rezo no agradaba al Señor y volvía a rezar por Pater noster, así estuve casi un mes desde que me dio la gripe, la cabeza no me quería servir y lo que hacía no sé.

Tenía el corazón angustiado con tantas calamidades como nos contaban de política y trastornos, amenazándonos con una revolución casi segura. Yo quería hacer muchas cosas, y no sabía, quería hiciéramos una quincena a la Virgen Santísima y no me resolvía, estaban todas malas con la gripe y tan agobiadas de trabajo con la obra... que al fin llegó el 11 de febrero y estando rezando mis horas sin acordarme que

era festividad de la Virgen Santísima, tomé el breviario y recé las horas de la feria que correspondía, feria IV.

Me sentía con un sentimiento de fe no acostumbrado, pronunciaba las palabras con un ardor que no podía reprimir... no era dueña de mí. (Hacia unos días que recibía cartas angustiosas pidiendo oraciones por el triunfo de la fe en España y que se cernía sobre nosotros una revolución espantosa, nos decían que tal vez necesitara el Señor mártires que debíamos estar preparadas). ¿Qué haremos para obligar al Señor? Tenía decidido hacer la quincena a la Virgen Santísima de Lourdes, en comunidad es poco, me sentía con deseos de algo más, ¿qué hacer?... y ofrecí rezar despacio con devoción y toda atención el oficio divino en comunidad y en particular. Así discurría en mi interior mientras rezaba las horas.

Al pronunciar el primer versículo del tercer Salmo de nona, feria IV "Deus repulisti nos et destruxisti nos: iratus es et misertus es nobis" (Sal 59,3), me pareció que el cielo se bajó al coro... me pareció ver a la Santísima Virgen en su Inmaculada Concepción sostenida por los ángeles y extendía su manto azul sobre el mundo todo, que me pareció ardía en guerras, y hacia el lado derecho me pareció ver a Conchita que cogía una punta del manto de la Virgen y extendido sobre España que estaba a punto de estallar, y en actitud de súplica me pareció oírle pedir así: "¡Madre mía, tu España... bendicela y defiéndela de los enemigos de Dios!"

Me pareció ver bajo el manto de la Virgen, serpientes horribles que llevaban en sus dientes una corona como si fueran a tragársela, y la Virgen Santísima, con una expresión un poco triste, sacaba de su pecho purísimo una Hostia resplandeciente como el sol y cogiéndola en sus manos purísimas (como el sacerdote al alzar) pidió al Eterno Padre tuviese misericordia de España y la defendiese en aquellos momentos horribles. Me pareció que el Eterno Padre aceptó la ofrenda divina de su Hijo... y me pareció que, bajando un poco la Hostia santa donde veía a Cristo Crucificado, la inclinó hacia donde estaba Conchita y sobre España allí congregada en lucha... ella permanecía en su actitud suplicante, y, como un sol cuando envía sus rayos todo lo ilumina, pareció ilu-

minarse aquel abismo y desaparecer aquellas fieras. La Virgen Santísima mandó a Conchita quitase la corona de la boca de aquella serpiente y colocarla en el manto extendido de la Reina del Cielo. Conchita volviéndose a mí me pareció decirme: “Otra vez ha sido salvada España por la Inmaculada Madre de Dios, nuestra madre; hubiese sido ahora asolada, y destrozada la Corona Real. Sí, nuestra Madre Purísima presentó al Eterno Padre a su divino Hijo Hostia formado en sus virginales entrañas, adorado por vosotras en la santa Eucaristía y con ella apagó los rayos de la ira divina... Orad mucho... Hacerle violencia con vuestras penitencias y adoraciones... Ofrecerlo todo por los que provocan más la ira del Señor y por todos los pecadores... Dispuesto está el Señor a castigar las ingratitudes de su pueblo, *su ira está a punto de estallar*”.

Quedé pasmada y no sé expresar lo que en aquellos minutos vi delante de mis ojos... mientras el rezo de nona durante aquellos tres Salmos de la feria IV, me pareció un segundo, y comprendí cuán grato es al Señor el oficio divino bien rezado, y cuánto obliga a derramar su misericordia sobre nosotros.

Día 12 de febrero.

¡Qué pena Dios mío! Cuando hoy al terminar de escribir por obediencia lo que ayer me pareció me manifestó el Señor por sola su misericordia para consolarme y alentarme a que infunda en todas las almas que me están encomendadas, la atención, devoción y amor con [que] quiere Jesús se rece el divino oficio en todos nuestros coros, *advierito*, ¡cómo pasó desapercibido para mí el rezo de la aparición de la Inmaculada Concepción en Lourdes!

¡Cómo estaría mi cabeza para no mirar la tabla del rezo al ir a rezar las horas! ¡Cuántos días Dios mío he venido rezando sin saber hablar con vos!, preparando hacer la quincena, como en efecto se empezó ayer, y yo en baba.

¿Cómo estará la Madre de misericordia con su pequeña y miserable esclava que moriría por probarle mi amor? ¡*Perdóname*, madre mía purísima! *Soy toda de tu maternal corazón*, tenme de tu mano, para que jamás vuelva a seros infiel...

Madre mía, perdona también a tu pobre mendiga que os pide una limosna de tu amor y misericordia para que empiece de nuevo a servir a vuestro Hijo y a vos como un corazón agradecido que os ama desde [que] me acogisteis [por] vuestra amante hija, indignísima esclava, y hoy a las puertas de vuestro corazón mendiga de tu amor y misericordia.

Sor Trinidad del P. C. de M.

Marzo 5 de 1931

Me habían escrito pidiéndome les dijese algo de Conchita. *¡Qué tormento me da, tener que decir algo de ella!...*

Ruego a todas se compadezcan de mí, y me tengan ya por una pobre anciana que cuando el Señor se digna *calentarla* un poquito, se cree en el cielo... ¡No por Dios!, en la tierra y muy *terrena... y miserable*.

El cinco de marzo, estando en la santa misa, pidiéndole mucho a Jesús Hostia me concediera conocer clara la voluntad del Señor (en decir de Conchita lo que me parece ser cierto, cuando la obediencia me lo mande, y *con paz*). Era un santo prelado el que me pedía le manifestase con reserva las comunicaciones que tuviese con Conchita. Sentía tentaciones si el demonio, que tantas veces quedó burlado..., vendría a mí transfigurado en Conchita para perderme, llenándome de ilusiones y engañándome... Sentía un dolor tan vivo en el alma que a pesar de no poder llorar, nunca caían mis lágrimas hilo a hilo.

¡Me vine a Berja contenta, Dios mío, porque iba a esconderme en estas hermosas montañas antes de morir... y Conchita me trae y me lleva como si estuviese en Granada!... A veces siento hastío de mí misma, y quiero enfadarme: ¿cómo estuve, para decir a todos mis tonterías... tan enemiga como fui siempre (y aún sigo) de cosas extraordinarias en almas tan vulgares como la mía?

Bueno, cortaré aquí mis repugnancias, y escribiré sólo lo que me *mandan*, porque si callo, no estoy tranquila.

Toda la santa misa fue una súplica a Jesús Hostia, para que alejase de mi alma toda sombra que pueda desagradarle, quería conocer la voluntad del Señor y cumplirla.

Me pareció, como otras veces ver a Conchita junto al altar, al lado del evangelio hermosamente vestida y adornada como nunca, casi me

pareció exageradamente vestida, muy hermosa y agraciada, resplandecían sus vestidos como el sol, pero sobre todo un gorrito muy elegante que llevaba sobre su cabeza tan brillante que la hacía extremadamente graciosa, y sobre esto una como diadema en forma como de triángulo con letras de oro, que se leían con gran facilidad: “¡Cuánto vale el padecer y ser santos!”... En la mano derecha llevaba un pan blanquísimo y grande y en la izquierda una vasija de cristal de agua cristalina, que lo ofrecía con mucha bondad a infinidad de pobres, miserables y enfermos que la rodeaban; daba primero el agua y después el pan, y me pareció que muy pocos aceptaron beberla y que aquellos que bebían de ella quedaban curados y ricos.

Yo quería entender todo aquello, y no me atrevía a preguntar porque esta vez no se dirigía a mí, ¡había tantos pobres!... y parecía que quería darles a todos. A mí lo que más me extrañaba era verla con aquellos vestidos, casi a la moda, y le pregunté: Conchita, ¿con ese vestido no estarás en el cielo?, ¡que los hábitos y vestidos pobres sean glorificados, sí me lo explico, pero así!...

Entonces me miró, y con solo su mirada entendí perfectamente lo que después me dijo, dulcemente: “Estos trajes los vestí sin ilusión ni cariño alguno; sólo por complacer a mis padres, tan temerosos de Dios, los recibía, sin gusto y sin la menor resistencia, sólo deseaba dar gusto a Dios, en dárselo a ellos, que amaban al Señor más que a mí; enseguida se los ofrecía al Señor antes de vestirlos, y ahora me los devuelve el Señor llenos de gloria”.

Y desapareció todo, como un relámpago. Me quedé con pena en no poder preguntarle lo del pan y agua, qué significado tenía, pero desapareció cuando más deseosa me sentía de preguntarle algunas cosas más.

El Señor sea bendito y nos conceda ver la realidad en el cielo eternamente, alabándole.

Amén.

El primero de julio de este mismo año 1931, recibí al Señor ahogada de pena de oír las grandes calamidades en toda España. Parecía la erupción de un volcán de infierno que a todas partes alcanzaba la lava y los demonios, como fieras querían destruir la Iglesia de Cristo.

Me pareció ver la misma aparición del 11 de febrero con más encarnizada lucha... Me ahogaba de pena.

Cogí el corazón de todas las almas a mí confiadas y con el mío le ofrecí al Señor en expiación de los sacrilegios y profanaciones de toda España, deseaba desagraviarle de tantos pecados... Empezó la santa misa y yo seguía mi súplica y unía a las agonías de la cruz las penas de todas las almas fieles que se unían a reparar tanto pecado. Al elevar la santa Hostia el sacerdote, sentí como si se hubiese iluminado el altar y que de la Hostia santa caían en el corporal cinco caños de sangre viva... Me pareció que una virgen vestida de blanco, acercó un cáliz [a] aquella Sangre divina y la recogió toda y la empezó a dar de beber a muchos que allí estaban congregados durante la santa misa, me pareció conocer a muchas personas, y que al primero que le dio me parecía ser el Sr. Cardenal de Toledo, que bebió con gran devoción, el P. Valencina, dos jesuitas y otras almas...

Pareciéndome en todo Conchita, le pregunté varias cosas que algunas me contestó y otras no entendí. Al desaparecer, que fue como un relámpago, oí claramente su voz dulce y clara como un ángel: "Orar mucho y reparar, que el Señor desea ardientemente perdonar a España, pero ésta ha pecado horriblemente y merece castigo. Orar y pedirlo por su Madre Santísima, que ella salvará a España".

Quedé rendida y tan fuera de mí que hasta 24 horas después no podía ni rezar... como tonta y llena de una luz, confianza y consuelo inexplicable que no sabía ocultarlo. ¡El Señor tenga misericordia de mí! Amén. Viva Jesús y María.

Sor Trinidad

CUADERNO DECIMOCTAVO

Apuntes para mi aprovechamiento
Tiene cosas también para la formación de las aspirantes

APUNTES PARA MI ESPIRITUAL APROVECHAMIENTO

Deusto, 24 de IX-45

“Desear vivir desconocida y no querer ser docto sino humilde”. (T. Kempis)

“No te importe mucho quién es por ti o contra ti; sino busca y procura que sea Dios contigo en todas las cosas...”

“Ten buena conciencia y Dios te defenderá”.

“Si sabes callar y sufrir, sin duda verás el favor de Dios”.

“Al que Dios quiere ayudar, no le podrá dañar la malicia de alguno”.

“El humilde, recibida la afrenta, está en paz, porque está en Dios y no en el mundo”.

“Dios defiende y libra al humilde; al humilde ama y consueta; al hombre humilde, se inclina; al humilde concede gracias y después de su abatimiento le levanta en gran honra”.

REFLEXIONES PARA MI PROPIO APROVECHAMIENTO

El amor a Jesucristo verdadero no le pesan los trabajos, ama la cruz, desea más de lo que puede; no se queja que le manden lo imposible, porque todo lo puede y le conviene para ser verdadera esposa de Jesucristo; por su amor fatigada no se cansa, angustiada no se angustia, espantada no se espanta, sino como viva llama y ardiente luz sube a lo alto y se remonta con seguridad en Dios, su único y verdadero amor.

El verdadero amor a Dios es diligente y sincero, nunca se busca a sí misma, porque cuando una se busca a sí misma luego cae del amor, que es fuerte, sufrido, fiel, prudente, magnánimo, varonil, humilde y recto; es sumiso y obediente a los superiores; el amor que no está dispuesto a dejarse crucificar con el amado y con él y por él buscar su gloria, generosa a sufrirlo todo por el amado y hacer la voluntad del amado, no es digna de llamarse amante esposa del divino Crucificado.

El verdadero amor de Dios nada piensa fuera de aspirar a su eterna salvación: cuida solamente de agradar a Dios y de su gloria, sin preocuparse del juicio y estima de los hombres; procura conservar su corazón fiel y generoso a las inspiraciones de la gracia; guarda su corazón libre de todo afecto, a nada de la vida presente, que es falaz y engañosa, que hoy te estrecha y mañana te tira, como si beneficio alguno hubiese recibido, pagan con ingratitud todas tus obras hechas por Dios y aquella por quien tal vez te hayas sacrificado más, será tu mayor enemigo; guarda tu corazón siempre de toda criatura, libre de todo afecto...; levanta tu mirada fija siempre en el divino Crucificado, tendrás en equilibrio los afectos de tu corazón en Dios a donde caminas velozmente, porque aquí no tienes ni patria ni domicilio permanente... te espera una bienaventuranza eterna... un amor que nunca cambia, y Dios es tu verdadera dicha en el cielo; y tu esperanza crecerá con ese amor que nunca

dice basta. Tu Dios y tu Señor será tu gloria si muerta a ti misma te das por entero a su divino servicio.

El glorioso san Pablo Apóstol nos da las pruebas del verdadero amor cuando dice: Gózome y prefiero entrar a la parte de las tribulaciones y necesidades que padecía el Pueblo de Dios, que gozar de la abundancia y regalos que pudiera tener en el palacio del rey Faraón.

Es tan grande el bien espiritual que experimenta el alma cuando Dios nuestro Señor da gracia de poder sufrir humillaciones y deshonras por amor suyo, que lejos de huir ser humillada y despreciada por amor suyo, siente así como deseo de padecer cuanto el Señor se digna enviarnos.

Un santo padre, hablando de los efectos de la verdadera humildad, da varios consejos en esta materia tan importante al alma religiosa, que yo querría imprimir en el alma de mis religiosas, y dice: "Es verdadera humildad vivir por voluntad ajena, y pedir licencia siempre y en todos los casos que manda las Constituciones que se pida".

Llevar con buena gana sin excusas ni murmuraciones las reprensiones, correcciones y penitencias que les fuese impuestas por sus faltas y descuidos, lo cual debemos aceptar de buena voluntad, con verdadero deseo de enmienda y aprovechamiento espiritual, aunque fuese por faltas menos culpable. Es el Señor. Él cuida de nosotros como verdadero Padre.

¡Por amor de Dios nuestro Señor, qué dulces nos deben parecer los trabajos y sacrificios!

4 octubre 1945

Hijas mías tan amadas en el Corazón eucarístico de Jesús y de nuestra madre María Santísima.

¡Son tan variados los tiempos que el Señor envía en cada siglo, y en el presente!... Las que nacimos en el pasado, ¡nos parece todo tan extraño!... ¡Aquella sólida piedad de las familias cristianas... que practicaban la doctrina cristiana y consejos de los Santos Padres de la Iglesia con tanto rigor, como las religiosas observantes las santas reglas!...

¡Qué amor de Dios en los templos..., en las pruebas y enfermedades! ¡Con qué temor de Dios se vivía para no cometer faltas deliberadas!... Qué fe tan hermosa había en aquellos ancianos..., en nuestros padres y abuelos.

Como me pedís con tanta insistencia los Estatutos o Manual y aún no está expreso, os diré si mal no recuerdo que poca cosa es, pues procuré fuese todo en las Constituciones... y como en la Sagrada Congregación, tal vez por suprimirlas algo, o por parecer demasiados detalles... encontré suprimidas cosas muy importantes que pedíamos, como dos años de noviciado, etc., que tan necesario nos parece para la formación especial que exige nuestro modo de vivir en los tiempos actuales.

1º. Es nuestro deseo que las aspirantes al santo hábito que desean ser coristas y no tienen el dote que exige el Consejo, tengan aprobado el ingreso válido para preparar la carrera del magisterio al profesar o de organista o cantoras que se les puede dispensar canónicamente el dote, etc.

2º. Las aspirantes que vienen sin estas condiciones y desean consagrarse al Señor en nuestra vida de adoración, como hermana, o como

coadjutora o lega: no se le exija dote, sólo la ropa, cama y gastos de hábito o de profesión, según el reglamento; y éstas no cambiarán nunca de hermanas coadjutoras o legas o auxiliares. [No] podrán pasar a coristas, ni de coristas a legas ni auxiliar. La que es recibida para viceversa, no serán cambiadas nunca por ninguna causa.

Las coristas serán las directoras de los asilos o escuelitas, que tengan el título oficial de profesoras de escuela o de piano.

3º. a) Las hermanas de obediencia, coadjutoras o legas, tendrá a su cargo el arreglo y aseo de la capilla o iglesia, la portería, bajo la dirección de una religiosa corista de las mayores de edad, prudente y amante del orden y de la Congregación, que vigile la observancia en los recibidores y puertas, que se observen fielmente las Constituciones.

b) También saldrán a postular como la obediencia las ordene, no saliendo solas nunca... ni pernoctar fuera del convento, procurando llegar antes del toque de oraciones. Cuidando no decir fuera nada de casa sin permiso de la superiora. Por pequeña e indiferente que sea la pregunta, observen con sumo cuidado *esta obediencia*, que ya lo encargaba la santa Regla en aquellos tiempos de más fe. Y lo mismo, no referir a las religiosas ni llevar ni traer recados de familia que no autorice la superiora.

c) Las hermanas desempeñarán los oficios de enfermera, roperas, refectoleras y los que la obediencia les encomienda bajo la dependencia de alguna madre nombrada para estos cargos por el Consejo.

d) Las hermanas auxiliares observen fielmente el Estatuto aprobado ya por la Sagrada Congregación. No se hablen nunca de tú, ni otras palabras de intimidad, que la mucha confianza es causa de menosprecio. Trátense todas entre sí con mucho respeto aunque sean inferiores de usted o de caridad, como se acostumbra; y a las madres asistentes, visitadoras y superiores de su reverencia, y a la Madre General reverendísima.

CAP. II.- DEL INGRESO EN RELIGIÓN

De las niñas educadas en nuestros colegios que se les note inclinación hacia nuestra vida. Por esos sentimientos de sólida piedad, en sus prácticas, se les nota esas inclinaciones de amor de Dios, y delicadeza de conciencia, se les debe ir formando en ellas sin que ellas noten se solicitan... y si se ve crecer en virtudes y en estudio, a los 14 años se les puede considerar como aspirantes y darles la educación y estudios según las disposiciones de talento y voluntad.

Procurando inclinarlas a lo que ellas sientan vocación de maestras de escuela, de organistas, lenguas, contabilidad, y demás instrucciones que puedan ser necesarias en nuestras escuelas, asilos y misiones...

Pueden estudiar hasta empezar el noviciado, que dedicarán a la perfección de la observancia y oficio divino y vida de comunidad, ejercitándolas en trabajos humildes como lavados de ropa, costuras, limpiezas y ayuda de cocina, hasta que se formen verdaderas siervas y esclavas de Jesucristo y de su Madre Santísima.

La entrada en el postulanteo, ceremonia de imposición del santo hábito y profesión, como dice el Ritual aprobado para nuestro Instituto. Con los votos, como siguen.¹

¹ Aquí interrumpe la escritura la M. Trinidad.

CUADERNO DECIMONOVENO

Apuntes para mi espiritual aprovechamiento
Apuntes espirituales

Día de Retiro

Sufriendo estaba cuanto, ¡no sé explicar!, cuando (en Reparadoras de Bilbao) recibí, el día 20, la noticia que “M. Consuelo acababa de morir tan santamente como había vivido”.

Adorando la sagrada Hostia, expuesto [el Santísimo] en aquella iglesia solemnemente, al pie de Jesús Sacramentado estaba atormentada con un gran dolor de espalda como no recuerdo sentir más fuerte, el corazón parecía agonizar. En aquel momento de agonía, uniéndome a los de Jesús, quise ofrecerme con aquella alma tan amada de Jesús y pedirle tres cosas tan necesarias para conservarme la paz el tiempo que me quedase de vida: [1ª], la renuncia del cargo; [2ª], el cambio de nombre si cambiaba el espíritu de la obra como me lo tenía pedido el Señor, que de la vida de adoración hecha en espíritu y en verdad derivara la activa de enseñanza gratuita o obras, de las cuales nos se dejase como principal fin la adoración y secundario la activa, *dos vidas hermanas* dirigidas por la mayor, contemplativa, y mixta *unidas*; 3ª, el cambio de director que sacrificaría resignada, ante la resistencia que vengo sosteniendo con el actual, desde año 1933.

Me pareció que hoy 24, que ofrecía a la Santísima Virgen de las Mercedes, mi protectora y madre dulcísima, el alma de mi inolvidable M. Consuelo y del Excmo. Sr. Card. Casanova, nuestro fundador y padre, que en aquel día, hacía 15 años, celebraba de pontifical en Berja al inaugurar nuestra fundación en el Santuario de Nuestra Señora de Gádor, *¡hacia 15 años!...* Consideraba los 15 años de penas y tribulaciones al morir tan santo protector y dejarnos tan solas y desamparadas con su muerte en principios de la segunda fundación... El horrible calvario, que desde su muerte ocurrida un mes después, el 24 de octubre. *¡Quince años los ofrecía!...* llena de resignación y agradecida a la amo-

rosísima providencia del Señor.

Sentía deseo de remediar mis miserias pidiendo al Señor me aumentase la fe y amor que entonces sentíamos todas. De pronto parecióme que el amor dulcísimo de Jesús Eucaristía envolvía mi alma y mi cuerpo en sí toda y se me aseguraba su amor divino, confortada con grande fe y amor, por grandes y fuertes que fuesen las luchas, y presentía un nuevo aliento y fortaleza para las luchas y trabajos que habría que padecer, que no me cambiaría ya el camino de calvario, que antes al contrario, conservaría con el mismo fervor y fe que comencé; quitando de mi corazón los desalientos me llenaría de dulce paz en las tribulaciones y trabajos como regalos de su misericordia.

Casi todo el día estaba como fuera de mí, no podía sacudir de mí una embriaguez, que no comprendía aquella suavidad íntima en lo más interior del alma, que se derretía como la cera al calor del fuego, sentía como derretirse el corazón y el alma. Sin que tomase determinación alguna, sentía la influencia del amor a la cruz y a morir sin consuelo con tal que no me volviese a dar el Señor lo que le había entregado, ¡todo el amor!, la Congregación para que hiciese de ella lo que fuese de su agrado, con tal que él lo hiciese todo sin que quedara en ella nada mío...

Después parecía sentir a mi lado, de una manera, al parecer sensible, a M. Consuelo que me daba cuentas de lo que le encargué pidiese al Señor para paz y tranquilidad en mi espíritu, que preocupada sufría horrores... Sin luz, en tinieblas, y aunque la paz y serenidad interior que estaba en manos de Dios, mi Señor Padre amantísimo, que guiaría mis pasos por donde menos entendiese, y de cualquier manera que me dejase, vería cumplirse en mí su divina voluntad, había dentro de mí *un ansia* de conocer cuál sería la voluntad del Señor *en tres cosas* que encomendé mucho a las oraciones de M. Consuelo viva, y después de su muerte le ofrecí todo cuanto sufría de penas interiores y dolores de enfermedad y demás que él me envía para su gloria.

En este día 24, que renové a nuestra madre María Santísima mi voto y consagración, y que por su intercesión santísima el Señor, cuando menos preparada estaba, se dignó cogerme del fondo de mi grande amargura, considerando mi soledad y miseria, y *envolvióme* en sí, como

si no perteneciera a la tierra, quedando como otras veces tan llena de Dios, que no podía ocuparme de otra cosa, ni de mí misma; gracias que ese día ni compañía tuve, encontrándome tan sola de criaturas en Deusto (fueron a las Arenas) y así pude quedar sosegada.

Como el Señor quería tenerme dentro de su divino Corazón, parecía sentir tal unión entre Dios y mi alma del sacramento indisoluble, que no podía haber separación entre los dos... Las humillaciones y repugnancias de los que me conducen por camino cierto que es la cruz más amarga que tortura el corazón; las enfermedades e ingratitudes, el no ser comprendida y las interpretaciones..., las aceptaba en desagravio de las que padeció el Corazón divino en Getsemaní, ofreciéndome a sufrirlo con alegría y paz, pues es dulcísimo al paladar del alma las hieles que Jesús da a gustar para probar el amor puro sin nada de mí misma, y crece esta fe y amor, en un conocimiento clarísimo que quiere le siga fiel, paso a paso su pasión santísima y no quiero negarle nada; *deseos vehementísimos me abrasa el alma* en seguirle a pesar de las resistencias y dificultades que siento a quedarme sola... ¡Sufro horas de agonía mortal!... Y la lucha mayor es ver que Dios nuestro Señor me muestra *lo quiere así*... Y ¿cómo resistirme más? Negárselo no puedo. Él me tiene dentro de su Corazón adorable. Aunque me cueste la vida se lo doy todo, y con su gracia divina cumpliré mis votos, que es cumplir *la divina voluntad*, y entregada a ella vivo descansada, que por mí hizo tan grandes misericordias y me atrajo a sí con paternal ternura. Y quiero vivir su vida, porque fuera de él no hay nada en la tierra que merezca mi atención, *solo él*, a quien amo *sobre todas las cosas, más que a mi propia vida*, que la daría por su amor consoladísima.

Cuando escribo estas líneas, antes de salir de esta casita de Deusto, donde en poquísimos días el Señor hizo a mi alma grandes misericordias, dulcificando las amarguras de mi alma del día 12, que *fueron de cruz*, el insigne bienhechor de mi alma, el hermano Gárate, me trajo a su tierra para llenarme el alma de Dios... Y este regalo, que hoy 24 de septiembre me hizo el Señor al recibirle sacramentado y al ofrecerme a él con toda la Congregación para que la tomase dentro de su divino Corazón e hiciese de ella un relicario de santas, o las deshaga antes de

apartarse de los amorosos designios de su providencia amorosísima...

La M. Consuelo me parecía sentir junto a mí muy hermosa, me parecía un ángel, y con su habitual dulzura y paz me consoló, agradeciéndome los tres días de ejercicios espirituales que le ofrecí, y que había pedido al Señor las tres necesidades que le tenía encomendadas con tanto interés, y el Señor se las había otorgado.

1ª. Que la Congregación era tan de su agrado que, a pesar de la guerra que le haría el infierno, la conservaría hasta el fin del mundo con mayor fervor (y grande progreso después de mi muerte). Que en ella se santificarían muchas almas, conservando el espíritu de adoración y reparación a Jesús Sacramentado, en vida contemplativa y activa, en la forma que nos la inspiró el Señor desde su principio: con *escuelas gratuitas, asilos y misiones*, obras que puedan, sean dirigidas por la parte contemplativa unida a la activa, como nos fue mostrado desde el principio, que han de ser mucho más fecundas de mayores frutos en las almas, que la de todo actividad. Que su Corazón divino pide de estas congregaciones más reparación y desagravio en un nuevo apostolado de mortificación, adoración, que repare los pecados ocultos de los religiosos sacerdotes y almas consagradas, por el escándalo de la mujer provocativa, que abandona la cristiana educación de las familias. Que hoy pide Jesucristo Señor esas víctimas de reparación y amor para salvar al mundo. ¡Hacer el bien a los niños es la más hermosa obra para renovar la fe de los pueblos! Que España se salvará si forman la piedad cristiana en el corazón de la niñez.

Que Jesucristo está padeciendo en su Cuerpo Místico de la santa Iglesia una cruenta pasión más horrible. Si la intercesión de su Madre María Santísima en unión de las almas de los justos que oran y se sacrifican no sostuviesen el brazo de la divina justicia, hubiera acabado con el mundo. Que esta nueva Congregación está llamada a vivir en unión con la Virgen Santísima, nuestra dulcísima madre, a continuar el oficio que ella hizo al pie de la cruz con su santísimo Hijo *unida a los dolores y sentimientos del Corazón santísimo de Jesús*, y ayudar a sus apóstoles y misioneros con oraciones y trabajos, alentándolos a la salvación de las almas y a la conquista del reino de Cristo en la tierra. Que

no renunciase el cargo hasta que la obediencia me obligase a ello. Que le era más agradable que muriese en la cruz donde estaría más unida a las agonías de su divino y amorosísimo Corazón de Jesús.

2ª. Que no cambiase ni el nombre que tomamos en las Constituciones, *ni el espíritu que él nos inspiró* (del 18 al 19 de marzo del año 1913 y que después confirmó en Asís el año 1945 y en Porto el 1946). Que las humillaciones y luchas de ser una cosa tan nueva, unir el espíritu de pobreza y humildad de los seráficos padres Francisco y Clara con el gloriosísimo patriarca san Ignacio, de obediencia, abnegación y celo del bien de las almas y gloria de Dios, haría esas almas víctimas reparadoras de amor y adoración en la sagrada Eucaristía que él nos pidió desde el principio: "Atráeme almas que me adoren en el santísimo Sacramento" (el 19 de marzo); "Tengo sed de almas víctimas que reparen y desagravien las ofensas que recibo en el Santísimo Sacramento, de mis almas consagradas" (en Asís el 21 de noviembre de 1935); "Atráeme muchas almas que me adoren en espíritu y en verdad..., tengo sed de almas víctimas que busquen mi gloria y atraigan mi reinado de amor sobre el mundo que provoca la justicia divina con tantos crímenes y odios; sembrar la fe y amor de mi Corazón en el alma de los niños, aunque costase los mayores sacrificios; encender mi amor en las almas inocentes, para que ellos, formados en ese fuego, resistan los embates del enemigo formidable que luchará contra ellos. Mi amor les dará fuerza para vencer o morir" (Porto 1936).

3ª. No quiere Jesús divino y su Madre Santísima que cambie de dirección espiritual, en llevar por su amor las humillaciones, despegos, antipatías y el no ser comprendida, es la prueba que recibe el Corazón divino con más amor, y la que ha de ayudarle a santificarse de verdad, es esa adoración hecha en espíritu y en verdad que Dios le envía para purificarle el corazón de cuanto haya podido desagradarle de su amor a las criaturas.

Hasta aquí entendí que el Señor hablaba a mi alma sin lugar a duda.

Cuando nuestro divino Redentor Jesucristo en la cruz fue herido con la lanza, la Madre Santísima sintió su purísimo Corazón traspasado de

dolor... ¡Tantas veces le hemos clavado con nuestras ingratitudes, y traspasado su purísimo Corazón con tantos pecados!, que la divina Madre movida a compasión de los hijos extraviados que abandonando su vocación y consagración con las mismas gracias, le vuelven a ofender con mayor malicia y crueldad en el Santísimo Sacramento

Escogiónos la divina Madre para que con ella nos inmolemos sacrificándonos de corazón, le adoremos en espíritu y en verdad con la sagrada Eucaristía, donde Jesús nos da a torrentes el amor de su Corazón que llena nuestras almas de aquel seráfico ardor del seráfico padre san Francisco, que llenas de dolor exclamamos con él: *"El Amor no es amado, el Amor no es amado"*. Allí junto al sagrario cuántas veces nos pedía: *"Atraerme almas, tengo sed de almas consagradas que me adoren en este Sacramento de amor, en espíritu y en verdad"*.

¡Oh Jesús mío! Soy tan pobre y ciega, que teniendo en vuestro Corazón las riquezas y tesoros infinitos de gracias que dais en tanta abundancia a los que de veras os siguen, todavía ando en tinieblas... y no acabo de daros *todo* cuanto me tenéis pedido!

El veros ofendido, ultrajado y perseguido, me atormenta y llena de dolor, y saldría por el mundo entero dando ánimo a los que vacilan y os desconocen la ternura de vuestro Corazón para perdonar los pecadores arrepentidos, y la sed de atraer todas las almas a vuestros brazos divinos en el gremio de vuestra Iglesia santa.

Dios mío, mi corazón no sufre sin agonías de muerte veros ofendido... y que las almas consagradas a vuestro servicio se hielan por no acercarse a vos, divino Salvador, a pedir agua de vuestro divino Costado, abierto para cuantos llegan a beber la felicidad y dicha de amaros... ¡Cuántas veces nos dirigís aquella queja!: ¡Si conociérais el don de Dios! Haced, divino Jesús del alma mía, que todas estas Hijas que tanto amáis, y que trajisteis a vuestra casa para que fuésemos víctimas de reparación y amor, que estas hijas que con tanto amor os sacrifico, para que os den gloria, adoración y reparación, las santifiquéis Señor y Dios mío, que todas vivan de vuestro amor sacramentado..., que no dejéis al lobo infernal que toque a vuestro pequeño rebaño y que seamos presentadas a vos por vuestra Madre Inmaculada que nos aco-

gió por Madre y Maestra en esta Congregación tan amada vuestra y que nació en la fuente purísima de la sagrada Eucaristía en aquel Jueves Santo... que vuestra purísima Madre María Santísima en sus Dolores santísimos nos tomó por sus hijas, compañeras de sus Dolores santísimos, que en su soledad fuésemos a su Santuario de Chauchina a recibirle Sacramentado en la mañana de Resurrección, para que en aquel primer paso, muriésemos al hombre viejo y nos vistiésemos del hombre nuevo de una vida santa de adoración, reparación y amor, para que con ese divino fuego transformadas en el amor eucarístico, os llevásemos muchas almas a la sagrada Eucaristía, fuente dulcísima de caridad, que impregnadas de los deseos ardentísimos del divino Corazón de Jesús aprendiésemos la práctica de su santo Evangelio: vivir con Jesucristo crucificado siguiendo en nuestra vida la meditación de su pasión santísima, adorándole Sacramentado, con el deseo de imitarle y hacerse semejantes a él en sus oprobios y afrentas, como el seráfico padre san Francisco, loco de amor por la cruz y pasión de Cristo.

Sin la cual imitación, nuestro amor no será acepto a sus divinos ojos, y la intimidad con Dios nuestro Señor en la oración y adoración, nos dará la abnegación de sí mismas y de nuestra propia voluntad y juicio: la pronta y alegre obediencia en todas las cosas, la sinceridad con las superiores, y director espiritual... la indiferencia a todos los cargos u oficios que nos destine la obediencia, dejándonos gobernar de los superiores como un cuerpo muerto, mortificándonos y negando a nuestro cuerpo todo lo que debamos entender se necesita para sujetar nuestras pasiones al espíritu, etc., con licencia de la superiora, con intención recta en el divino servicio, y buscando disponer nuestras almas en el amor de Dios y caridad de Cristo atraerle muchas almas a su Corazón santísimo por medio de la adoración. Así sea, Señor.

Sor Trinidad.

CUADERNO VIGÉSIMO

Breves consideraciones sobre la santa Regla de mis santos Fundadores. Que el seráfico padre san Francisco de Asís dio a mi gloriosísima madre santa Clara de Asís y que profesan solemnemente las religiosas Capuchinas de la Eucaristía de Chauchina.

11 de abril de 1925.

INTRODUCCIÓN

“Con un amor eterno te amé y por eso, apiadándome de ti te atraje a mí”.

En estas hermosas palabras del profeta encontré, mis buenas hermanas, explicadas las breves consideraciones que quiero haceros, en estas pobres letras en donde quiero dejaros mi corazón, para que leáis la sed que le consume y abrasa por la gloria de Dios, que en ninguna vida mejor y más fácilmente que la capuchina se puede dar a Dios.

En todas las vidas, o sea, todas las órdenes e instituciones tienen por fin único la gloria de Dios, según el Señor ha sido servido llamar a los operarios a su viña.

Las Capuchinas Eucarísticas que profesamos la primera Regla de la madre santa Clara, entienden que Jesús en la Eucaristía, las llama a una vida de mayor perfección, y que viviendo en la abstracción, adoración y penitencia le demos la gloria que le dieron los santos, empezando por la imitación del Bautista y continuando el ejemplo de aquel Serafín humanado bajo cuya bandera hemos de militar sus hijas.

Animo pues, y junto al santo tabernáculo enciéndanse nuestras almas en su divino amor, y fuertes como el seráfico Padre heridas de aquella voz que gemía en el Monte Alvernia: “El Amor no es amado...” Resolvamos a emprender una vida *de verdad, de Dios*, a hacernos santas por la oración y el sacrificio. ¡Oh amabilísima voluntad de mi Dios, seáis para siempre cumplida en esta nueva fundación!... ¡Oh designios eternos del amor de mi Dios a esta pequeña grey! Yo os adoro con toda mi alma, y os consagro y dedico toda nuestra voluntad, para querer y abrazar gustosísima y eternamente lo que vos habéis pedido y querido de estas (reforma) capuchinas. Porque así fue vuestro beneplácito desde toda la eternidad! ¡*Cumplase...*, mi dulce Jesús, vuestro designio en atraernos a ti por vuestra infinita misericordia!. Amén.

PRIMERA CONSIDERACIÓN

El primer capítulo de nuestra santa Regla, empieza: "La forma de la vida de la Orden de las sorores pobres, la cual el bienaventurado padre san Francisco instituyó, es esta: conviene saber, guardar el santos Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, viviendo en obediencia, sin propio y en castidad". (Primera Regla de la madre santa Clara de Asís a sus monjas, cap. 1).

De aquellas que quieran tomar nuestra vida, cómo serán recibidas. Si alguna señora, por inspiración divina, viniera a vosotras y quisiera tomar esta vida, la abadesa sea tenida (u obligada) de requerir el consentimiento de todas; y si mayor parte consintiere, habida licencia del Sr. Cardenal nuestro protector, puédanla recibir. (Ib., cap. 2).

Nota:

Estando esta Regla sacada de la vida y Crónicas antiguas de nuestra Orden, y siendo ésta que venimos observando desde el principio de nuestra fundación de Granada el año 1515, que trajo de Roma con su Bula de confirmación del Papa Sixto V, de feliz memoria, nuestra venerable Lucia de Ureña, y habiéndola profesado con indecible consuelo del alma las innumerables religiosas que por espacio de tres siglos han observado con el mejor espíritu, dando en su fiel observancia mucha gloria a Dios, encontrando en ella dulcísimos deleites que han hecho progresar en la virtud y santidad a tantas almas, no es menos el amor, veneración y cariño que la profesan hoy las Capuchinas del Santísimo Sacramento y de la Virgen Santísima de los Dolores de Chauchina.

Habiéndonos concedido, por la infinita misericordia de nuestro Señor Jesucristo, la gracia singularísima de ser las escogidas de la Soberana Reina y Madre de los Dolores, las que vengan a éste santo lugar, santificado por las plantas de tan divina Señora, a dar culto y adoración a su Hijo Sacramentado, haciendo oración y penitencia por los desgra-

ciados pecadores que no temen a la divina justicia, *queremos, y es nuestra voluntad firme y decidida, cumplir en todo los deseos de la Santísima Virgen en esta fundación, cumpliendo exactamente nuestra santa Regla (1ª de santa Clara).*

Habiendo empezado esta fundación, al cumplirse el III. Centenario de las Capuchinas de Granada en donde gracias a la divina Providencia fuimos llamadas y consagradas a Dios, libre y espontáneamente, para amarle y servirle, y habiendo tenido que venir con las doce religiosas que la divina Providencia escogió para primeras plantas de este ameno jardín eucarístico que siempre fresco y lleno de suavísimos perfumes de santas virtudes, diésemos a Jesús Sacramentado perpetuo recreo y compañía.

Teniendo pues, que unir la adoración perpetua a la santa Regla, con arreglo a las Normas del Derecho Canónico que en algunas disposiciones cambia algo, si no la substancia en la forma, nos ha parecido dar alguna explicación de la misma, haciendo en cada capítulo una nota que declare el espíritu de la reforma y espíritu eucarístico, nacido en el seráfico de la santa madre santa Clara junto a su espíritu y en sus manos purísimas con la Eucaristía, sintió el alma de su pequeña hija su decisión en el momento de hacer sus votos.

Tal suavidad amor y fuerza tiene este pequeñito Evangelio dado por el seráfico padre san Francisco a la hija primogénita, nuestra madre santa Clara, que el alma que la profesa cada vez que la lee después de muchos años de practicarla, le parece panal de ricas mieles, encontrando en ella más jugo y deleite que en los principios de abrazarla. Ella nos coloca junto al divino Infante en el pesebre, llenando nuestras almas de amores divinos que robustecen la propia debilidad y flaqueza para que junto a él le sigamos decididas su carrera hasta morir con él en la cruz, quedando continuamente con él Sacramentado, teniendo por Maestra y Madre a su Madre Santísima.

CUADERNO VIGÉSIMO PRIMERO

Apuntes espirituales

El alma que se eleva al cielo y alaba a Dios...
...de la tierra...
...de la tierra...

El alma que se eleva al cielo y alaba a Dios...
...de la tierra...
...de la tierra...

El alma que se eleva al cielo y alaba a Dios...
...de la tierra...
...de la tierra...

El alma que se eleva al cielo y alaba a Dios...
...de la tierra...
...de la tierra...

El alma que se eleva al cielo y alaba a Dios...
...de la tierra...
...de la tierra...

El alma que se eleva al cielo y alaba a Dios...
...de la tierra...
...de la tierra...

El alma que se eleva al cielo y alaba a Dios...
...de la tierra...
...de la tierra...

6 marzo 1927

El don supremo que el Eterno Padre nos donó en el preciosísimo y dulcísimo sacramento de la Eucaristía, en donde están escondidas las dos naturalezas de Cristo, divina y humana, en él esta persona divina y el Verbo encarnado, puesto que éste no puede separarse de la persona divina. Verdad Católica que ha disipado los errores en contrario.

El fin principal que lleva a las almas al culto y adoración a Jesucristo Sacramentado digno de ser amado y honrado con suprema adoración, que tantas y tan grandes cosas hizo y padeció por nosotros, compensa en lo posible con el fervor y piedad en la adoración, todas las injurias y sacrilegios con que es día y noche ultrajado el Corazón eucarístico de Jesús, imitando en cuanto nos es posible, revistiéndonos de los mismos sentimientos y afectos que animaron en su vida activa y paciente a Jesús, ahora en la vida eucarística y bienaventurada del tabernáculo.

Las almas que por inspiración divina o inclinación natural se sientan movidas a unirse totalmente con las almas adoradoras, que constantemente viven con Jesús en la Eucaristía, ya sea en el afecto y deseo con las que en efecto consagran su vida a este culto y adoración perpetua, deben limpiar sus almas de todo pecado mortal, del amor mundano y desordenado afecto a sí mismo, de tal manera que prefiera todo antes que ofender mortalmente a nuestro Señor. "Muchos trabajan en grande, pero aprovechan poco".

Es engaño muy frecuente en las almas piadosas, que buscan con afán la suavidad y dulzura de la virtud, sin la práctica, porque no han llegado a persuadirse que sin purificar el alma del pecado venial deliberado y del desordenado amor propio que secá todo jugo de devoción verdadera, aborreciendo al mundo y odiándose a sí mismo, para que libre de las faltas e imperfecciones voluntarias se haga digno y fiel a la divina gracia.

Cuántas almas llevan la cruz sin experimentar la unción divina, a

penas si gustan la suavidad de la virtud y aun cuando se salven, se privan a sí mismas de por toda la eternidad de la inmensa dicha de dar a Dios aquella gloria que fácilmente hubieran merecido, purificando en un todo su corazón; negocio de suma importancia para disfrutar aun en esta vida, los regalos que Dios tiene ofrecidos a los limpios de corazón.

A esto deben aplicarse las almas que deseen sinceramente unirse a la vida de adoración perpetua: 1) huir del pecado y de las ocasiones de pecar; 2) evitar los pecados veniales deliberados; 3) negarse las propias satisfacciones del amor propio, aunque sean en las devociones ordinarias.

Dice un santo padre: "Creedme, lo que se ha podado retoña, lo ahuyentado vuelve, lo extinguido se enciende, lo adormecido despierta otra vez. Poco es, pues, podar una vez sola, es necesario podar muchas veces, continuamente si es posible, porque si bien te examinas, siempre hallarás alguna cosa que podar".

Por esto no debemos olvidar nunca la necesidad de purificar nuestro corazón de todo afecto, limpiándolo de toda mancha de pecado, y así Jesucristo nos concederá llegar a la íntima unión con su Corazón adorable, recreándonos familiarmente con él entre las flores de la virtud, que con su gracia divina vayamos adquiriendo, gozando con él de los suavísimos frutos de nuestros sacrificios y adoraciones.

El corazón del hombre tiene sus inconstancias, sus tedios, sus sequedades, y no está siempre tan fervoroso ni tan fecundo, como fuera de desear, para entretenerse con Jesús en la Eucaristía, en donde él nos llama continuamente por medio de los sentimientos, en la prueba unas veces, con voz secreta que sin ser articulada no deja de hacerse entender de aquel a quien se dirige con consuelo inexplicable; otras veces con abundancia de deseos y suspiros del corazón, que busca con ansia refrigerar una sed ardiente que en nada encuentra satisfacción; un sentimiento ya de amor ardiente, ya de amor fuerte, ya de amor tierno hacia Dios.

Pero arrebatado por el contacto de la Eucaristía es como estar bajo la poderosa atracción del imán, es trocar los pobres andrajos de las miserias en blanca vestidura de los elegidos. El alma y todo el ser se siente divinizado al suavísimo contacto de la Eucaristía, es vivir entre

cantos de serafines, envuelto en aromas de cielo, en céfiros de luz, en suaves aromas que la viva y deliciosa flor de la Eucaristía embriaga el alma con sus divinos olores.

Es néctar suavísimo más rica que la ambrosía, y los panales de dulcísimas mieles, porque junto a la Eucaristía no se siente las amarguras de la adversidad, ni se siente la tribulación ni el abandono, porque el que tenga el gusto de las cosas divinas, que superan todo sentido e inteligencia, es en vano que se esfuerce en comprender por sus luces naturales, porque menos dista el cielo de la tierra y el oriente del ocaso que las cosas de Dios de las cosas humanas.

Pero en cambio, los que tuvieron ese conocimiento sabroso, ese gusto de las cosas divinas, a cien leguas comprenderán lo que es y lo que no es Dios, y por una especie de instinto u olfato sobrenatural, adivinarán dónde está el espíritu de Dios, porque como dice el divino Salvador: "mis ovejas conocen mi voz" (Jn 10,27).

Así que conociendo el espíritu bueno o malo, recto o torcido, religioso o mundano, divino o humano de una persona, ya podemos adivinar cuáles son sus obras.

Porque para juzgar las cosas divinas, lo primero que se necesita es alejar de nosotros el juicio propio y humillarse y adorar en espíritu de fe y de amor.

Dios es tan bueno que saliendo del impenetrable misterio donde habita, se reveló al mundo por amor de las almas; no es mucho que cada una de estas en la medida que Dios le haya dado y en cuanto le sea posible se esfuerce en pregonar las inefables grandezas de Dios.

Hemos de tener presente que en la vida de la gracia el espíritu que en nosotros se desarrolla, no es nuestro espíritu propio, es el espíritu de Dios. El alma en la vida espiritual se va haciendo más pasiva a medida que avanza, porque va muriendo al espíritu propio y viviendo en el espíritu de Dios, que es todo reposo y tranquilidad, porque es acto puro; es una verdad capital en la vida del alma, su fin es el reposo por la muerte de sí misma.

Es necesario para llegar a este fin, que el alma se mueva y tienda a Él trabajando con todas sus fuerzas por secundar cuanto le sea posible

la acción de la gracia en su despojo y purificación.

Es un gravísimo error, las almas presuntuosas que pretenden hallar ese reposo mientras Dios da las lleve e introduzca a él. A nosotros solo nos toca seguir fielmente la acción de Dios, y [a] nosotros toca solo acatar, aceptar, y adorar, estando muertas a nosotras mismas, buscando solo el conocimiento y cumplimiento del divino beneplácito.

“El Señor os ha introducido en una tierra que mana leche y miel. Aleluya”.

El camino de la perfección religiosa y de la santidad no es más que sencillez de espíritu, humildad, rendimiento y entrega absoluta a Dios y despojo de sí mismo.

El alma es solo un instrumento en manos de Dios destinado a ser feliz honrándole y glorificándole a él solamente. El alma debe entregarse, prestándose a Dios como simple instrumento de su gloria y beneplácito, quedándose tan vacía de todo, como si nada fuera o lo comunicara, y aceptar de igual modo la cosa más baja como la más elevada, si es voluntad de Dios, porque de su divino beneplácito recibe y toma la cosa su valor.

¡Oh divina sencillez de espíritu, tú eres la nota para conocer donde se encuentra el espíritu de Dios.

El amor sin sacrificio es una flor sin fruto; el sacrificio sin amor, es fruto imperfecto que nada satisface.

He aquí los primeros sentimientos de las almas víctimas en sus constantes ejercicios de oración y sacrificio, al par que de amor y oración van ennegreciendo su carne y marchitando su tez, al par que embelece su alma con el amor dulce que de Jesús recibe en la santa Eucaristía, blanqueando su tez de sus antiguos pecados con el contacto espiritual de las sagradas Especies que adora y de las que recibe a torrente raudal de luz y pureza.

“Nardus mea... Fasciculus mirrhæ dilectus meus mihi” (Cant 1,11-12). No es posible estar el alma recibiendo los ardores del sol de justicia, y no perder dichosamente los rastros de la delicadeza.

Jesús con el dulce atractivo de su amor ha engolosinado las almas en el padecer por agradarle, que se le acerca al tabernáculo llena de fe, que cuanto más sufra con humildad, tanto más esparce en su puerta el perfume de su amor sacrificado.

Pero una carne que huye del padecer, que se alarma y estremece y subleva a la menor maceración, que sucumbe a las primeras gotas del dolor, y su inclinación es al placer y regalo, ¿podrá lisonjearse que ama a Dios cuando no ha comenzado a sufrir ni a sacrificar nada por ese amor divino que con sangre nos amó?

Qué lejos estamos de poder decir con la esposa santa que el sol ha ennegrecido su carne y tostado su tez (cf. Cant 1,5-6).

Solo al calor de la Eucaristía se siente disminuir la sensibilidad y delicadeza de mi natural mal inclinado.

Qué ceguedad tan grande será imaginar que se puede amar a Dios sin llevar la cruz sobre el corazón, sin amar al que nos pide llevemos la mirra que nos da en los trabajos y mortificación de los gustos y pasiones.

El amor del mundo es dulce y seductor en los principios, pero lleno de hieles al fin.

El amor de Cristo presenta sus amarguras al principio, pero después de aceptadas derrame de dulzuras celestiales en el alma que aun aquí se llama dichosa y llena de gracias.

CUADERNO VIGÉSIMO SEGUNDO

Escrito este cuaderno por mandato del
R. P. Rebollar en los ejercicios que nos
dirigió el año 1927 en septiembre.
Sor T. del C.

HISTORIA DE UN ALMA

Dios mío, tú fuiste siempre Padre bondadosísimo que sigues a las almas que criasteis para vuestra gloria hasta las puertas del infierno, y en aquel abismo de males forcejeabais para salvarla... ¡Qué recuerdo aquel tan consolador!... Veníais tras ella *jadeante*... y acelerado... a sacar de los dientes del lobo a la pobre oveja que moría destrozada... Pastor divino... este alma... hacía 20 años, que a los 12 abriles, cuando conservaba la flor de la inocencia blanca como la azucena junto a vuestro Corazón divino, único amor de su corazón, os dignasteis manifestarle por medio de una visión el peligro que le prevenía el demonio; vio su alma... ¡qué dolor!, devorada y en las garras del demonio que la despedazaba... viéndola morir, lejos de ti, Pastor divino... Saliste al encuentro, buscándola amoroso... la encontrasteis agonizando, y sin vida... cogiéndola misericordioso, curasteis sus heridas... y llevándola a tu rebaño la introducisteis en lo más íntimo de tu Corazón adorable, después de lavada con los cinco caños de aquella fuente misteriosa...

A los 33 años te fue ingrata y alejándose de ti cayó en derroteros... que de no sacarla vos, hubiese muerto infaliblemente de espanto.

Rescatada de la muerte segura con una misericordia infinita, abrió sus ojos a la luz, vio los horribles peligros a donde el demonio quiso sepultarla... y en aquella tremenda hora que la llamabais a juicio (1-IX-15), vos mismo le devolvisteis la vida. Ella os *prometió fidelidad*... y os consagró para siempre su ser con todo su amor y vida.

Y 10 años después la llevasteis [a] aquel hermoso campo, en donde aquel V. P. Valencina (su primer director) pasando por un camino vio arando una religiosa muy triste y que sembraba; dos ángeles que echando el trigo, o simiente muy menuda, y oía unas voces dulcísimas que decían las palabras de los dos últimos versículos del Salmo 125,7-8. (el 6 de febrero de 1916 el Señor le manifestó en presencia de Jesús Sacramentado aquel campo cargado de flores y frutos que cogía con inde-

cibles consuelos, que ofrecía a Jesús Sacramentado en perpetua Adoración).

En cuántas ocasiones esta pobre alma, se veía en horribles martirios... tenía a su vista como en un cuadro todos sus gravísimos pecados y miserias... y cuando se postraba a vuestros pies a pedir os perdón y misericordia, vos como si no la vieseis... decíais a este alma: "Tengo sed ardiente de ser adorado por almas puras y penitentes que tú me traerás a mis pies"... Asustada quería distraer aquella voz creyendo una ilusión y fantasía... y vos Señor, con una bondad indecible le repetíais siempre: "No me espantan ni alejan tus ingratitudes pasadas, con tal de hallar en ti voluntad dispuesta y generosa para ejecutar la mía. Mi corazón se deleita consumiéndote tus miserias... y cuantas mayores veo en un alma, con tal que las llore arrepentida y humillada, más me agrada, porque en estas almas ostento mi amor y misericordia. Mis mayores obras las realizo en lo más despreciable. Mi corazón tiene hambre y sed de almas que vengan a mí y beban la vida que yo les daré. Y cuando un alma arrepentida me busca amante, no solo la perdono, sino que olvido cuanto me ofendió con tal que su amor sea humilde y sacrificado".

Esta miserable mendiga, a pesar de conocer su inmensa pobreza, quiere servir a su Señor, y siguiendo sus mandatos, emprende su misión, y él mismo le prepara los caminos... y la lleva y trae según su querer como la paja que mueve el viento... ¡Oh viento fuerte y suave, que llevas a donde quieres y como quieres las almas que escoges para instrumentos de tu voluntad!... Y que cuanto más débil... mejor la llevas con el suave soplo de tu querer divino.

Esta pobre alma, deseosa de complacer a su amado Señor le hizo voto de cumplir en todo la voluntad de su Soberano Rey y Señor, y este día que sintió esa nueva gracia que él la concedió, haciéndola fuerte e invencible en la misión que le confió, la prepara con una visión.

En noviembre, 21 de 1925, después de la sagrada Comunión quedó privada por breve rato... sintió que diluviaba... que llamaban a la puerta de la huerta y al abrir la puerta vio un pequeño zagal que traía el rebaño de su padre para librarlo de la tempestad; quiso ponerle la dificultad que no tenía sitio para librarlas de la lluvia, pero sin atender a esto entró el

zagal con sus ovejas blancas como el ampo de la nieve... ¡tantas!... que salió en busca de las porteras que le llevaran al sitio que había; y al volver al instante, el zagalito había crecido y cambiado en una hermosura encantadora y divina, que *extasiaba* viéndole tan divino... Le dijo: <¡Niño mío dónde vas tan hermoso, si ahí no es el sitio del ganado... si ese es el coro... "Ahí van mis ovejas, contestó dulcemente, guárdame-las".>

Entré tras él y no vi ninguna, y le dije: Niño divino, pero ¿dónde están? <Y señalándole con el dedo a la Virgen Santísima que estaba al pie del altar, desapareció escondiéndose en el sagrario. Abrió su manto y mostrándole innumerables almas le dijo la Santísima Virgen: "Aquí, adorando a mi Hijo Sacramentado vivirán estas almas que él me ha confiado.> Tú acoge todas las almas que él te traiga... ¡Tiene sed ardiente de verse adorado de almas puras e inocentes que se sacrifiquen y hagan penitencia por los pecadores, que provocan su ira divina! Yo he venido para vuestro amparo y defensa, confiad en mí, que nunca os abandonaré".

<Esta alma consoladísima no sabía reprimir su gozo, que sin poderlo evitar lo comunicó a sus hermanas, y como recuerdo de esta memorable visita puso el nombre del Divino pastor a una jovencita> que ingresó el 28 del mismo mes (de 1925), y como prueba de la verdad de este amor de Jesús, la dejó enferma (de la impresión por unos días), recibéndola en cama.

Después de la noche de Navidad, que aún no había podido desimpresionarse de los dulces efectos de esta visita, tuvo muchos trabajos y contradicciones que sostener con los mismos superiores que le negaban cuanto pedía, pero aquella noche dichosa Jesús la quiso alentar con sus dulces consuelos, sintiendo algo sobrenatural que ella no supo manifestar.

Después del día de san Juan Evangelista, 27 del mismo mes, entendió que Jesús le concedería la adoración perpetua, que ella trabajase mucho para que la comunidad se formase en ese espíritu de humildad y sacrificio que quería de las que habían de hacer en la tierra el oficio de los ángeles en el cielo, una pureza y sinceridad de vida ideal... que como

pequeñas niñas, no anhelaran más que vivir pegadas a su Corazón adorable, bebiendo a raudales el amor dulcísimo que ardía en su pecho abrasado de amor por las almas que redimió a tanta costa... que si le era generosa y fiel *en servirle* le comunicaría a esta reforma de la adoración a las capuchinas adoratrices, el espíritu de humildad y amor que dio en tan alto grado al seráfico padre san Francisco, haciendo de esta nueva rama la infancia espiritual de toda la Orden, siendo las pequeñas Capuchinas de la Eucaristía y dándole una prueba más clara de su predilección y amor a la vida de pureza y humildad que quiere de esta reforma espiritual del espíritu capuchino. La privó del sentido y llevándola por un momento al valle de Josafat vio el juicio final, y estando el Señor sentado en el Trono, con gran poder y majestad, mandaba a los ángeles abriesen paso aquella pequeña porción de almas penitentes... y acercándose las hizo sentar con las doce tribus a juzgar a todas las gentes, porque su vida penitente pura y sacrificada cooperó a la salvación de innumerables almas.

Vuelta en sí encontróse arrodillada y confusa en el rincón del coro bajo, en donde quedó después de recibir la sagrada Comunión, repitiendo enardecida aquellas palabras del salmo: "Yo espero en vos, Dios mío, porque habéis socorrido mi alma en mis aflicciones... vos que me dirigís por esta senda, nada nos ha de faltar. Cuanto más pequeña me hago más grande os veo Jesús y Salvador mío".

Parecía oír a mi seráfico Padre repetirme las palabras que dijo a las primeras hijas de San Damián, reprendiéndome duramente del interés que tenía en que viniese una señora que pretendía de Valverde del Camino, por el deseo que se hiciera la obra que tenía sin terminar y otras. Con semblante severo dirigiéndose a mí me decía: "No entrarán bienes temporales; tú, hija mía, has seguido el llamamiento que Jesucristo desde el tabernáculo, os pide, no para violar el espíritu de mi señora vuestra madre, la santa pobreza, sin la cual estorbarías los designios que Dios tiene en vosotras, mis muy amadas hijas, donde gustosamente me complazco y bendigo desde el cielo, como amaba y bendecía a San Damián, al cual quiero que imites y sigas fielmente el espíritu y vida de vuestra santa madre Clara, que como yo, os ama y bendice, esperando que se-

guiréis sus ejemplos hasta la fin, de no apartaros nunca por consejo de alguno de la santa pobreza que prometimos a Dios, adorando la santa Eucaristía con la fe y amor que le adoraron los pastores en el Portal de Belén. Os ruego, amadas hijas, que esta nueva reforma sea para la Orden el Belén eucarístico que os haga imitar la pobreza y humildad de nuestro Señor Jesucristo y de su Santísima Madre, viendo en el tabernáculo que adoráis aquel misterio de amor. Meditar que la custodia es la madre purísima que sostiene su pequeño Infante, esperando vuestros corazones desprendidos de todo afecto humano, y a medida que os desprendáis más de todo lo de la tierra, gustaréis con mayor abundancia las dulzuras del amor a Jesús, que os busca en pobreza, para colmaros de los bienes que tiene prometido a los pobres de espíritu, de los cuales es el Reino de los Cielos. Mas es necesario ponerlos en guardia para que jamás por consejo o enseñanza de otras personas os dejéis desviar de esta forma de vida que os he inculcado en la Regla que di a vuestra madre santa Clara, la que ella defendió hasta morir. Sed fieles, no os acobarden las amenazas de los hombres, *Dios no muda*, y así no ha cambiado su Evangelio, que es y será hasta el fin de los tiempos, y su palabra, dada a su siervo Francisco y a sus hijos subsistirá hasta el fin de los siglos. Amar la santa pobreza que os hará ricos en el Reino de los Cielos y aun en la tierra os colmará de los bienes que no acaban con la muerte".

Como embriagada de una dulzura celestial que no se puede expresar quedó toda el alma por muchos días. Volviendo como de otro mundo superior a éste, quedó una luz, una fe y conocimiento que en muchos días no podía darme cuenta que ni cómo pasó el santo Padre para darme seguridad de ser Dios quien le enviaba para mi luz y consuelo, dejó tomado mi espíritu en el licor de sus seráficos amores, y dejome embriagada de amor de Dios tan fuerte y dulce que hasta el 6 de enero de 1926 no pude entender que vivía en este mundo. Qué dulces recuerdos las primeras Navidades del año 1925 para mi pobre corazón!...

Desde esta fecha empezó la tempestad de grandes pruebas... La pobre barquilla flotando sobre las olas, permitiendo Jesús que quede sobre sus espumas como corona de oro sobre cabezas de barro. Los

hombres empeñados, que sin dinero es un absurdo emprender tan grandes empresas. Dios empeñado en hacer conocer que su Providencia de nada necesita, cuando se pone a su disposición las almas rendidas y entregadas a cumplir su voluntad. Bendito seas, Jesús mío, ¡qué tan grande eres, sobre la pequeñez del corazón humano! Tuyo es Señor el cielo y la tierra, y los tesoros todos del mundo son escoria al imperio de tu voluntad en las almas que te siguen. “Sin bastón, bolsa ni calzado...” Cuántas veces abrí tu santo Evangelio que llevaba en mi corazón y me decías por santo Evangelista.

Este Evangelio que me desvanecía todo temor ante los razonamientos de los hombres, que me querían convencer de locura... y abuso en la Providencia, el seguir tu inspiración, que me llevaba con la fuerza de un río tempestuoso, que me trasladó a este hermoso desierto, en donde en tanta abundancia nos das a gustar el divino maná, que nutre nuestras almas, debilitadas en las abundancias de las cebollas de Egipto; porque cebollas es todo lo que no es espíritu de sacrificio y amor a vos. Abandonos, desolaciones, desvíos y recriminaciones de todos, aun de los mismos que me ayudaron sufrí más de dos años sin encontrar en lo humano palabras que diesen un poco de fe y alientos en mis pruebas... En cambio la fe sentía, se aumentaba: que mi amor hacia el ideal de mis ansias, *Jesús en la Eucaristía* adorado por las capuchinas del desierto de penitencia, crecía; que mi esperanza que la obra llegaría a su fin sin mí y sin la aprobación de criatura alguna se aumentaría; que la voluntad de Dios era y que tenía que cumplirse.

La adoración que hasta entonces se venía haciendo por vía de ensayo de hora en hora, Jesús movido a las continuas oraciones de la comunidad quiso que al terminar esta Cuaresma de retiro y pequeñas mortificaciones, viniese aprobada la adoración con exposición mayor, como adición a las Constituciones. ¡Qué dulces consuelos!... Cuánto premia Jesús las humildes plegarias de las almas llenas de fe... dándoles más que pedían. Ellas pedían el jubileo menor o sea la adoración en el sagrario, y Jesús quería más, estar solemnemente expuesto para que todas las almas que vinieran a visitar a su Madre Santísima, le adorasen en unión del amor y adoración que le rendían las almas que viven a él con-

sagradas y que con él subieron al monte de la mirra y al collado del incienso, donde a pesar de sus ingratitudes e infidelidades pasadas

El Señor quería probar el amor y fidelidad de aquel corazón que tanto le amaba, y la sacó de su amada cuna, y la trajo a este nido mariano eucarístico, donde tiene para sus almas adoradoras, reservado un manantial de aguas purísimas... que saciará la sed ardiente tantas almas, porque se ahogan en cisternas sucias y en arroyitos de agua, que no dan al alma la hartura que necesita para calmar su sed... ¡Sí, Jesús mío, Eucaristía divina! Tú eres la fuente de aguas vivas... que prometiste a la dichosa Samaritana... ¡Tus capuchinas adoradoras tienen sed de vos... y aquí contigo en este brocal divino de tu tabernáculo están cercándote, amor de mi alma, y todas unidas te piden aguas... Danos siempre Jesús divino en abundancia tu amor santo... sacrificado, ferviente, operativo y fiel... y que ninguna de las que han probado tus celestiales aguas... busque jamás charquitas de aguas sucias que lejos de ti vivirán sin descanso, sin paz y sin vida.

¡Que las hagan ver, Jesús mío, que tus capuchinas adoradoras son aquella barquilla que mostrasteis visiblemente a tu pobre mendiga, sobre un turbulento, mar que sumergía en sus bravas olas todos los barcos y grandes buques y que ella iba sobre las espumas de las olas pequeña, iluminada y segura con un grupito de almas, que, apoyadas en aquel foco de luz, iba señoreándose sobre la tempestad con la majestad de una reina, y tú, Jesús dulcísimo, le diste a entender que aquella barquilla era tu Madre Purísima donde habíais acogido a vuestras capuchinas adoradoras, que aquel foco luminoso que alumbraba con celestial claridad la noche horrible de la tempestad eras tú, mi Jesús Eucaristía... y que solo aquella tripulación que se acercaba a tu barquilla... a tu Madre y a ti en la Eucaristía, se salvaron de aquella borrasca. ¡Cuántas almas se acogieron a ella Jesús mío!

Amén.

Salvador del Campo - Orizaba - 1 enero 1940

Después de mi llegada de Perote el 17 de diciembre de 1934, 27 día de Pascua de Resurrección.

(Después de un mes de silencio literario)

¡Dios mío, cuando al pie de la cruz, junto a Jesús, Espeso de mi alma,

¡Dios mío, cuando me daban como loco que queras que haga!

¡Oh, Dios mío, que palidez de vida más desconsolante que volver
las cosas a su sitio, a la Sabiduría de Jesús. Te digo, Dios mío, que me

CUADERNO VIGÉSIMO TERCERO

¡Dios mío, cuando me daban como loco que queras que haga! No con-
tinuaba a escribir, pero me agradaba a mí, ¡qué gozoso!

En la noche del 20 de diciembre me vino a mi encuentro y me dijo: "La
santidad de Jesús es las obras. Si tus obras son santas, santa serás, si
no son santas, imperfecta serás. Ser santa como yo lo soy".

— ¿Cómo seré, ¿qué haré? Si Jesús te llama para que obras el bien, si
te da el espíritu — (a pesar del mal que tienes) — En él, que es y por él
todo lo recibes, y nada podré ocultar si, si eres fiel en seguirle como del
Cáliz de la Eucaristía en su Reino divino, te cercará el amor de Dios.

— ¡Ah, Dios mío, ¡Sigue!... Y encendíame la paz y la luz de Jesús.
Has de ser un alma pura que cumpliendo tu santa Regla serás la
Teología Católica que él te pide y te santificará y que nada ni nadie
te podrá quitar tu tesoro. Jesús, y en sus divinos brazos descansarás,
de donde de haberle seguido, guarda por su amorosa mano, y que abren-
dada de la eterna gloria te volverán... Sin que nada ni las criaturas,
ni el mal, ni la muerte me separe de él, a quien deseo amar
y adorarle, a ser consolado por su amor, mantenido en su cruz sin más
consuelo que el suyo y el de mi madre María Santísima. Amén

Sobrado del Obispo, Orense, 1 enero 1940

Después de mi llegada de Porto, 27 de diciembre de 1939, 2º día de Pascua de Navidad.

(Después de privarnos del nombre Eucarísticas)

¡En el Calvario! al pie de la cruz, junto a Jesús, Esposo de mi alma.

¿Dime, Señor mío, mi dulcísimo Jesús qué quieres que haga?

¡Oh! qué doctrina, qué palabra de vida más elocuente que oyeran las Cátedras de los Sabios de Grecia. Te oigo sí, Jesús mío, que me mandas: ¡*Sígueme!* y aprender de mí, os he mostrado mi voluntad... os quiero víctimas de amor conmigo. Os doy ejemplo: ¡*seguirlo!* No contentaréis al mundo, pero me agradáis a mí. ¡*Seguirme!*

Es Jesús Salvador divino el que salió a mi encuentro y me dijo: “La santidad se revela en las obras. Si tus obras son santas, santa serás; si son imperfectas, imperfecta serás. Ser santa como yo lo soy”.

Alma mía, ¿qué haces? Si Jesús te llama para que obres el bien, él te dará la gracia... (a pesar del mal que tienes). En él, con él y por él todo lo puedes, y nadie podrá contra ti, si eres fiel en seguirle camino del Calvario, tus miradas en su Rostro divino, tu corazón unido al suyo... ¡Adelante! No temas... *Síguele...* Y encontrarás la paz, y llena de inefables consuelos vivirás segura que cumpliendo tu santa Regla serás la víctima Capuchina que él te pide, y te santificarás, y que nada ni nadie te podrá arrebatar tu tesoro: Jesús, y en sus divinos brazos descansarás, después de haberle seguido, guiada por su amorosa mano, y que abrazada a su Corazón adorable *te salvarás...* Sin que nada, ni las criaturas, ni todo el infierno, ni la muerte me separará de él, a quien deseo amar ardientemente, a ser inmolada por su amor, muriendo en su cruz sin más consuelo que el suyo y el de mi madre María Santísima. Amén.

Sobrado del Obispo, Orense, 1 enero 1940

Después de mi llegada de Porto, 27 de diciembre de 1939, 2º día de Pascua de Navidad.

(Después de privarnos del nombre Eucarísticas)

¡En el Calvario! al pie de la cruz, junto a Jesús, Esposo de mi alma.

¿Dime, Señor mío, mi dulcísimo Jesús qué quieres que haga?

¡Oh! qué doctrina, qué palabra de vida más elocuente que oyeran las Cátedras de los Sabios de Grecia. Te oigo sí, Jesús mío, que me mandas: ¡*Sígueme!* y aprender de mí, os he mostrado mi voluntad... os quiero víctimas de amor conmigo. Os doy ejemplo: ¡*seguirlo!* No contentaréis al mundo, pero me agradáis a mí. ¡*Seguirme!*

Es Jesús Salvador divino el que salió a mi encuentro y me dijo: “La santidad se revela en las obras. Si tus obras son santas, santa serás; si son imperfectas, imperfecta serás. Ser santa como yo lo soy”.

Alma mía, ¿qué haces? Si Jesús te llama para que obres el bien, él te dará la gracia... (a pesar del mal que tienes). En él, con él y por él todo lo puedes, y nadie podrá contra ti, si eres fiel en seguirle camino del Calvario, tus miradas en su Rostro divino, tu corazón unido al suyo... ¡Adelante! No temas... *Siguele...* Y encontrarás la paz, y llena de inefables consuelos vivirás segura que cumpliendo tu santa Regla serás la víctima Capuchina que él te pide, y te santificarás, y que nada ni nadie te podrá arrebatar tu tesoro: Jesús, y en sus divinos brazos descansarás, después de haberle seguido, guiada por su amorosa mano, y que abrazada a su Corazón adorable *te salvarás...* Sin que nada, ni las criaturas, ni todo el infierno, ni la muerte me separará de él, a quien deseo amar ardientemente, a ser inmolada por su amor, muriendo en su cruz sin más consuelo que el suyo y el de mi madre María Santísima. Amén.

Sobrado. Orense, 7 enero 1940

¡En mi calvario junto a Jesús, busqué mi luz y consuelo!

¡Oh! dulcísimo Salvador mío, qué triste se presenta a mis ojos la subida a la cumbre... donde queréis recibir tu víctima...

Oigo los bramidos del infierno y las griterías de los judíos que como a ti, dulcísima vida de mi alma, gritan con furor: ¡crucificala... crucificala!... Ha sido negado sus Constituciones, no se les aprueba nada, es indigna, crucificala, oían mis oídos en el calvario!... Es mi Dios mi Salvador... el Esposo de mi alma que me llama... y poniéndose delante de mí como un Nazareno, me mira amorosamente y me dice: ¡Sígueme!, te quiero víctima y sólo así tendrás derecho a ser la más amada de mis esposas, quiero víctimas... sígueme... Y echándome sus brazos me introdujo en su adorable Corazón y me prometió sería siempre y eternamente suya.

¡Oh Jesús dulcísimo, déjame descansar en tu cruz, donde quiero morir contigo! Sálvame Jesús mío. ¡Soy Tuya!

Amén

En mi calvario con Jesús y su Madre Santísima y mía, nuestra Señora, *acepté todo, incluso la muerte.*

15 de enero de 1940, en Sobrado, Orense

¡Oh Jesús Salvador y vida de mi alma!... Rezando el oficio de la Sagrada Familia, al abrir el breviario me pareció ver en el estampado la imagen de tu divino Rostro y que vuestra mirada divina dulcísima con una expresión de amor y misericordia se grababa en los ojos de mi alma, que no he podido perder ni un instante. Parecía que tu mirada dulcísima, que la luz purísima y clara como la luz del cielo, me hablaba y pedía el amor todo de mi corazón en la prueba. Sus divinos ojos entraban en mi alma como dos flechas penetrantes que me dejaban sin acción.

¡Oh seráfico padre mío san Francisco, qué sentiría tu corazón cuando el serafín abrasó tu carne y pasó con su fuego vuestras manos pies y costado haciéndoos una viva imagen del Salvador divino! ¡Dime, santo Padre, es así como tú sentías!...

Han pasado varios días y vuestra mirada dulcísima me sigue en todas partes y penetra hasta en mis huesos... Parece como si quisieras pagarme con tan indescriptible consuelo la continua meditación de tus acervísimos dolores, pasión y muerte, que llevo cada día en mi mente, como si en compañía de tu Madre Santísima y mía, siguiera tus pisadas desde el Cenáculo al Calvario; desde el Calvario al Cenáculo en espera de tu Santo Espíritu.

Así cumpliste en mí la promesa que hiciste a tu sierva santa Gertrudis: "Por muy tibia que sea un alma, la miraré no obstante con mucho amor si medita alguna vez mi pasión". Y gracias a una santa reli-

giosa debo, siendo muy niña pasaba largos ratos sin decir nada mirando el santo Cristo de la escuela, como sin ella no encontrase más libro que estudiar. Y notándolo la maestra (M. Clara Álvarez) me dijo las palabras de santa Gertrudis que acabo de copiar, y que no pasa un día que no busquen mis ojos ese Cristo divino que llevo grabado en mi alma desde muy pequeña.

Tu pasión y tu muerte, Jesús divino, fue mi vida, y en ella buscó mi alma su refugio, su fortaleza y su amor. Muy pequeña volaba a tus divinas llagas como pajarillo a su nido... Allí encontré calor y fortaleza para volar a la vida religiosa más austera que encontré por imitaros y vivir unida a ti. En el noviciado, tan largo y probado ante el temor de mi débil complexión para vida tan austera, cada vez que me despedían, volaba a vuestro divino Corazón; en cada tempestad, escondida en tan divina morada se fortalecía aun las mismas fuerzas físicas, y al cuarto año, merecí recibir la santa profesión solemne. Así se pasaron los primeros años de mi vida religiosa. Enamorada de la hermosura de vuestro Corazón adorable viví escondida dentro de ti, Jesús dulcísimo mi divino mártir, bebiendo vuestra Sangre divina en abundancia, cada vez que me ofreciais *el cáliz*... ¡Oh cáliz bajado del cielo por el ángel en el Huerto de los Olivos!... Allí lo aceptasteis por mi amor... dejándonos ¡aquel “Fiat” divino! que es el aliento y vida de las almas.

¡Misericordia, Jesús divino! ¡Sálvame Señor por vuestra divina Sangre! ¡Lávame! ¡Purificame! ¡Sálvame! Ten piedad de mí.

Después, al encargarme de cargos... rechacé en más de dos veces beberlo, y ¡qué amargo fue para mi corazón aquellas cobardías que me costaron tan caras!... Volví herida a vuestro divino Corazón atraída por tu divino llamamiento y seguí tus divinas inspiraciones... La naturaleza se resistía, temía horriblemente seguir lo comenzado por tu amor. ¡Soy tan pobre y débil que con leve soplo caigo... ¿Cómo subir sola la pendiente... si te escondes cuando más entusiasmada busco vuestros brazos donde descansar junto a tu Corazón adorable, vida mía?

He llegado a lo más difícil, y parece os veo cubierto entre nubes cuando os miro llena de fe en la Hostia santa y lo mismo en aquel nido de amores, en Braga, junto a tu sagrario... que en Oporto... al recibir el

20 de diciembre una carta del Excmo. Sr. Arzobispo de Granada [...] ² comunicaba de Roma que no podríamos llevar el nombre de Capuchinas Eucarísticas. Os vi Señor a vos entre esa nube bendita de la Hostia santa, que avivando mi fe, mi amor y mi esperanza me decía: “*Acepta todo cuanto* mi representante en la tierra te dé... sigue pidiendo cuanto te tengo manifestado desde el principio, con humilde sumisión, segura ser esa mi voluntad... Mi Iglesia, como regida del Espíritu Santo, sabiduría infinita, y sustentada por infinito poder, *te dirigirá*; como mi Padre me hizo beber el cáliz cuando en el Huerto le pedía de ser posible pasara de mí, ahora yo deseo lo bebas tú, pues de *esta muerte (de escoger la mejor parte)* mi Corazón será más glorificado, y bendeciré con mayor amor y gracia esta obra, *totalmente mía*, para la que te escogí por víctima conmigo”.

Fiat.

S.T.

² No se puede leer una o dos palabras por haber sido guillotizadas en la encuadernación.

Sobrado, 2 de febrero de 1940

Hoy, 2 de febrero, día de nuestra Señora y Madre Santísima en su Presentación al Templo, me visitó el Sr. Obispo de Cádiz, don Ramón.

Ayer pasé el día en cama con una poca fiebre y neuralgias en la cara y cabeza, que tuve ocasión de ofrecer algo a nuestro Señor, pues al par de los dolores, el Señor quiso probar mi fe con varios trabajos, que a secas, sin luz ni consuelo alguno permanecí con él en las agonías del Huerto hasta las doce de la noche del jueves, víspera del primer viernes de mes. Uní mis agonías a las de Jesús, y desde las ocho que me dejaron despachada de medicinas y asistencia, sentada sobre la cama como de costumbre, empecé mi hora santa con Jesús, repitiendo muchas veces mi habitual jaculatoria: ¡Jesús mío, *os amo, en vos confío, en vos espero!* Y meditando en la pasión seguí mi hora santa entre dolores agudos y agonías de espíritu, seca como un palo y a *obscuras*...

A las once y media se encendió la luz eléctrica, y no queriendo despertasen las que dormían allí, quise levantarme a apagarla, y vi acercarse a mi cama un venerable sacerdote, alto y delgado que no conocí y me bendijo varias veces como si fuese a confesarme, que me dijo: “¿Qué temes?... ¿Qué te turba tanto? ¿Te crees abandonada del Señor como de las criaturas?... Si tienes a Dios contigo, de ¿quién es la obra que con tantos trabajos llevas?... ¿No sabes que él pudo confiarla a otra más digna y mejor que tú, aun con milagros si quisiera? Sí, es el Señor que te quiere víctima. ¿Por qué no lo fias todo a su Providencia amorosísima para contigo, que no te abandona? Aquí, como entonces, te aconsejo manifiestes todo lo que de mí quieras, a mi sobrino, él te ayudará en todo. Déjate guiar por él. Ora mucho, que el Señor está contigo y la obra como suya la llevará a su perfeccionamiento cuando convenga a su gloria”. Y al desaparecer conocí estaba glorificado, porque al pronto no

sabía quién era y no me atreví a hablarle palabra. Pero cuando empezó a hablarme iba iluminándose todo en una claridad hermosísima, y lleno de luz se perdió en ella después de bendecirme y darme a besar el anillo. Desapareció dejándome inundada de una paz y alegría inexplicable, con una seguridad, como ciertísima, de que D. Ramón es un santo que goza en el cielo de una gloria hermosísima, y que será ante el Trono del Señor mi mejor abogado y defensor, mucho más que en este destierro, que fue siempre tan buenísimo padre y por quien empezó a darse la gloria del Señor en esta obra el año 1913 y 1914.

Sor Trinidad

2 de febrero de 1940.

Sobrado. Orense. *Mi Viático*. 6 febreo 40

¡Oh Jesús mío dulcísimo! Siento que el frío y el invierno de mi vida va pasando... y pronto, muy pronto cesarán las tempestades de luchas humanas... y siento el oasis de una primavera celestial...

Oh mi adorado Jesús, me parece me mostráis ya los campos llenos de mieses que empiezan a crecer y las flores del huerto que tú plantaste en mi corazón; cuando niña te venías a sembrar y regar con tu mano divina; las veo abrirse para esparcir su perfume... Y tus viñas cargadas de fruto esparcen su celestial olor convidando a beber el adorado vino que nos brindas en la Esposa de los Cánticos. ¡Oh Jesús vida de mi alma, dame de ese vino delicioso de tu amor que das en tu reino a los más amados, embriégame en ese convite eterno que me introduzca para siempre junto a ti en tu Reino!

Ya siento el arrullo de la tórtola que me anuncia tu venida, Esposo amantísimo de mi alma, y viéndote tan cerca siento extender mis alas y remontarme hacia ti y esconderme en tus llagas divinas, nido eterno que me ofreces en tu divino Corazón, que mana leche y miel dulcísima. No puedo más vivir en el destierro sin unirme a ti, Corazón amantísimo. Ciérrame la puerta para que mis ojos no vean más las miserias de la vida presente. Ven, oh amor de mi alma, y muéstrame tu divino Rostro, y suene tu voz dulcísima en mis oídos, y mándame ir a ti, para que con tus ángeles y santos te bendiga por los siglos de los siglos. Amén.

28 de febrero de 40

Aquí se me presenta mi buena M. Paz con sus dos compañeras de Porto para llevarme a Granada.

¡Qué cambio, Dios mío!... ¡Tan consentidica como estaba deirme con vos, Dios mío, y todavía me dejás en la tierra!... Si esta es vuestra santísima voluntad no rehusó cumplirla. Cumpliré vuestra Santísima voluntad.

¡Fío Señor en vuestro santísimo Corazón que me llevéis en vuestros brazos y me clavéis con vos en la cruz. A Granada voy, Jesús dulcísimo, y allí os espero tan Padre misericordiosísimo que cuidéis de mi pobre alma. Sálvame, Jesús mío, y lávame con tu Sangre divina y quedaré blanca como la nieve.

Sor Trinidad

1 de mayo de 1940
 Convento de Capuchinas, Sancti Spiritus
 Primer aniversario de esta fundación. *Granada*

¡Mayo!... Mes consagrado a nuestra dulcísima madre nuestra María Santísima y primer aniversario de nuestra venida a esta nueva fundación de Granada. El 28 de mayo de 1939 entramos para empezar una nueva vida de sacrificios, adoración e inmolación al Santísimo Sacramento, a quien nos hemos consagrado para siempre bajo el amparo y protección de nuestra dulcísima madre, María Santísima, que como Madre, Maestra y Superiora General de esta nueva familia seráfica, que desde sus primeros comienzos fuimos consagradas a ella, correspondiendo a los deseos de su purísimo Corazón que “quiero que vuestros conventos sean verdaderos cenáculos en donde unidas en espíritu y en verdad, abrasadas en el divino amor a mi Hijo Sacramentado con él os ofrezcáis víctimas de expiación, reparación y desagravio por los pecados del mundo, que provocan la ira del Eterno Padre, que quiere castigar al mundo... *Inmolarse con amor, haced penitencia, reparar los pecados horribles y tened caridad para con vuestros hermanos que no perezcan, orar mucho y no ceséis de clamar*”.

Gracia especialísima de nuestro divino Salvador, que por su Madre Santísima ha querido darnos después de la guerra espantosa sufrida, darnos el convento de Orense y el de Granada en el mismo mes y año. Dos años estuvimos refugiadas en Orense durante la guerra, en casas alquiladas, y el primero de mayo, el dignísimo y santo obispo de Orense nos dio, de acuerdo con su Cabildo, el palacio de Sobrado, y agradecidas y llenas de fe y amor entramos en aquel palacio bendito, ansiosas de santidad.

Establecida allí la comunidad el 20 del mismo mes, vinimos a ver

nuestro convento de Berja (Almería) completamente destruido y robado... Llegamos allí el 26 y la Santísima Virgen nuestra dulce madre nos pidió le restaurásemos la casa y volviésemos a ella para acompañarla y pedir por aquel pueblo que tanto habían ofendido y ultrajado su sagrada Imagen. Eran sus hijos y quería salvarlos, y quería le ayudásemos nosotras a orar y hacer penitencia.

Se lo prometí solemnemente y dejé allí dos religiosas y una novicia que empezaran a pedir y recoger lo que quisieran darle (y una postulante). Ellas cumplieron el encargo, y nosotras vinimos a Granada el 28 para tomar posesión de esta casa de Sancti Spiritus, que nuestro P. D. Juan Cuenca había pedido al Sr. Arzobispo para nosotras. ¡Dios sea bendito! y nos concede por su Madre Santísima que le demos la gloria que espera de nosotras y que nos santifiquemos en el cumplimiento fiel de nuestra santa Regla y Constituciones en la adoración del Santísimo Sacramento. Amén.

Granada, 1 de mayo de 1939. Entramos en el convento de Sancti Spiritus que nos dio el Excmo. Sr. Arzobispo con tanta bondad y benevolencia. ¡Dios sea bendito! y su Madre Santísima de las Angustias, que mirándonos con el amor de madre lejos, perseguidas, desterradas (y obedientes a su voluntad) volvió sus maternales ojos misericordiosos a sus hijas esparcidas y fieles a su vocación... y con sus purísimos ojos nos atrajo a sí, bajo su celestial manto de las Angustias... ¡Ella nos hizo nacer cuando la Coronación el [...] ³. Que mi buenísima maestra, M. Sacramento (q.e.p.d.), las mandó ir en figura de bandadas de palomas que alrededor de su sagrada Imagen volaban sobre la muchedumbre, mientras la comunidad oraba en el coro con inexplicable fervor. El Señor le manifestó a una religiosa que “aquellas palomas que salieron de sus torres a coronar o presenciar aquel memorable acontecimiento, serían las almas que saldrían más tarde a fundar las capuchinas víctimas adoradoras de su santísimo Hijo Sacramentado”.

Y que el Sábado Santo del año 25 saldrían de madrugada al santuario de sus apariciones de la Virgen del Espino, y de allí llenarían

³ Deja espacio para poner la fecha.

muchos Santuarios de almas víctimas, que unidas a la Víctima divina alcanzaran al mundo las divinas y amorosísimas misericordias del Corazón dulcísimo de Jesús por mediación de su divina Madre María Santísima nuestra madre amantísima al pie de la cruz, y Madre de las Angustias.

Ella nos trae a Granada sin pretenderlo; queremos volver a nuestro convento de Berja, y el Sr. Arzobispo nos manda quedar en Granada. Qué amor tan grande el de Jesús y María. ¡Benditos sean por siempre! Amén.

Hoy, 13 de mayo, el Señor me regaló con su cruz bendita. *Amén.*

Hoy, 13 de mayo de 1940, el Sr. Arzobispo nos concede el Carmen de Conchita para el primer noviciado común, si tenemos quien nos haga la obra. El Señor me tiene en su cruz y por añadidura más enferma y más inútil... hasta el punto de no sentir ni alegría, ni entusiasmo al recibir esta nueva gracia tan deseada en mejores tiempos.

Llevo tres días angustiada, sin ánimos, con miedo. ¿Quién hará la obra? Cómo caerá en Granada con tantos enemigos buenos que les cayó tan mal nuestra venida a Sancti Spiritus ¿Cómo caerá ahora el Carmen?... Casi preferiría otra o en otro sitio más lejos...

El 15 fue completo de angustia y penas. Al fin me entregué en manos de Jesús y toda inútil me metí en la cama, en la enfermería... Cerca de las 12 oía los gritos del infierno. ¡Cuántos pecados públicos entristecían grandemente mi corazón, y entonces elevé mi espíritu al Señor y quise rezar el santo Rosario por aquellos infelices... y no podía; entonces repetí el Alma de Cristo, No me mueve... etc. y varias Aves Marías, sintiendo que el castigo lo merecíamos, y pedía mucho al Señor tuviese misericordia y enviase el fuego de su amor por el Espíritu Santo, como llenó a los Apóstoles de aquel divino fuego. En esta meditación parecía ver aquella grande escena de Pentecostés y que la Santísima Virgen extendía su fuego sobre todo el mundo y parecía el cielo abierto y el mundo bañado de luz y de fuego divino, y muchas almas de las que aún viven, recibían aquel fuego divino en forma de lenguas de fuego. Me

parecía en tantos pecadores convertidos que corrían a recibirle con fe... En fin no sé explicar lo que sentí en aquellos momentos. Me pareció [ver] a Conchita junto a la Santísima Virgen, y queriendo desentenderme no sería ella, se me acercó diciéndome: "¿Qué esperas ya... con tan poca fe? ¡Si el Señor te da el Carmen, te dará los medios si tu fe corresponde a la misericordia con que el Señor te bendice en la obra! Así como te concedió el noviciado y la casa, coronará la obra con la aprobación según los deseos de su Corazón divino, aunque no como tú deseas es el gusto y voluntad de Dios... Acéptala con amor y entusiasmo. Él y su Madre Santísima nuestra madre cuidará de vosotras, de su formación, y os bendecirá; pero no esperes fácil conseguir el Carmen, mi padre será el primero en oponerse, mientras el viva no lo conseguirás... Solo la oración y penitencia de vuestras comunidades alcanzarán el divino (Corazón de Jesús esta gracia por intercesión de nuestra amada Patrona y Madre de las Angustias, que tanto os bendice y ama". Me dejó esta visita tan consolada y tranquila, que no volví a insistir más.

Lo encomiendo a las oraciones de todas y me marché a Berja donde la Reina de cielos y tierra me espera para acabar de formar aquel nido de palomas eucarísticas que ella guarda en los pliegues de su manto purísimo, para que adoremos a su Hijo divino donde fue tan ultrajado.

Madre mía dulcísima, Madre de Jesús y de tus Capuchinas Eucarísticas ¡sed nuestra madre en estos momentos, y condúcenos tú misma, madre mía, a tu Hijo divino para que coloquéis el noviciado único, donde sea vuestro divino querer; sólo deseo cumplir vuestra adorable voluntad, y que seáis siempre vos, madre mía, la Maestra y Madre de tus hijas compañeras y esclavas de Jesús Sacramentado, y forméis vos las almas según vuestro Corazón purísimo, humildes, silenciosas, recogidas, pobres y sacrificadas por amor a Jesús... como vos, madre mía, vivíais en Belén, en Nazaret y en el Cenáculo. Sean estas casas, madre mía, tu escuela. Madre mía, ser tú la Maestra y Superiora, y que todas las postulantes y novicias imiten las virtudes de tu Inmaculado Corazón. Madre mía, que su espíritu de sumisión y obediencia sea el tuyo en el momento de la Encarnación del Verbo. ¡Fiat! Y su amor y caridad unas con otras, lo tomen de ti, madre mía, que jamás se despegaron tus purí-

simos labios, para justificarte con san José; ni cuando Herodes perseguía a Jesús, ni aun cuando te faltó abrigo, ni viéndolo crucificar y morir, y vos, madre dulcísima, pedíais perdón y misericordia para tus hijos los pecadores, para quien vos tuvisteis corazón de madre.

Madre mía, concédenos la fe y amor a la santa Iglesia Católica Romana para que aceptemos lo que vos habléis por vuestro Vicario en la tierra, y que sepamos recibir con humildad y amor lo que queráis de nosotras, aunqueuviésemos [que renunciar] a nosotras mismas por vuestra gloria santísima; que os hicisteis víctima de amor por nosotras. Preséntanos, madre mía, a vuestro Hijo amantísimo y haznos dignas de morir por su amor y por su gloria.

Sor Trinidad del P. C. de M.

PARA LAS CONSTITUCIONES

Julio, 15 de 1941

Notas: Que en atención a las frecuentes cartas de la Sagrada Congregación, por el R. P. Marcos, hemos visto una providencia especialísima del Señor, el que la prueba larga de nuestros trabajos durante más de veinte años, en querer amoldar a nuestra vida la vida nueva que con la adoración al Santísimo Sacramento queríamos adaptar a nuestra vida de clausura el gobierno de los religiosos a las que hoy se amoldaron las congregaciones de religiosos y religiosas.

Antes que tuviese yo conocimiento de las congregaciones pedía a León XIII por medio del Sr. Card. Merry del Val, nos concediesen el gobierno de los religiosos por el año 1897. Después, en el año 1898, rogué al Sr. Nuncio Aristides Rinaldini en su visita a San Antón: “¡Señor!, queremos alcanzar la gracia de Su Santidad León XIII se nos conceda a las monjas el mismo gobierno de los frailes. Una Madre General para todas las Capuchinas, que con su Consejo nos den las abadesas locales, sin que nosotras pequeñas, ignorantes, que venimos a ser enseñadas, tengamos que elegir”. (De fechas ando mal me falta la memoria que tenía). Después de una contestación como merecía la petición: “Solo la oración de almas santas haría cambiar a la Iglesia su plan de tantos siglos; *orar, orar* y lo concederá el Señor, si conviene”.

No perdí la esperanza que con oración y penitencia lo conseguiría y desde aquella fecha redoblé mis penitencias y oraciones, firme y confiada en el Señor, hasta que 10 años después, al elegirme abadesa de San Antón, me dijo el R. P. Ambrosio de Valencina, provincial de PP. Capuchinos: “Ya te ha puesto el Señor en el candelero para que trabajes por santificarte para que el Señor te conceda lo que deseas”. Muchos

años han transcurrido ya, y a las puertas de la muerte me encuentro tan firme y animosa como cuando empecé.

Y hoy preparo esta nota que entregaré al Prelado para que haga de ella lo que Dios le inspire sobre las Constituciones ya hechas el año 1922 por mandato del Sr. Card. Casanova, arzobispo de Granada.

NOTA

1ª. Si en las Constituciones hay que modificar o corregir algo me parece sería muy conveniente que en el capítulo 2º se añadiera:

Que las religiosas, de ser posible, no queden en su país natal, hasta pasados por lo menos 12 ó 20 años de profesas, cuando el amor a los parientes se ha amortiguado por el amor de Dios que dio fuerza al primer sacrificio de dejar sus padres y parientes por seguir a Cristo Jesús.

Sólo en caso de convenir por su calificada virtud, y la R. M. General y su Consejo tienen plena confianza no ha de entibiar su amor y espíritu de sacrificio, para el mayor bien de la Orden.

De ser posible convendría de ordinario no estén donde residan las familias. Está probado por larga experiencia que las religiosas que quieren santificarse, de nada les aprovecha las frecuentes visitas de los parientes.

2ª. Si a la R. M. General y Consejo pareciere que las hermanas o parientas no las aprovecha vivir en el mismo convento, sería conveniente para su aprovechamiento espiritual y bien de las comunidades, viviesen en monasterios distintos; sólo en caso que el Consejo con la M. General vieses convenir por alguna causa lo contrario que lo justifique, aun entonces yo las rogaría, prefiriesen lo indicado, probado por larga experiencia los bienes espirituales de la paz y unión que reina entre ellas cuando no las une más lazos que los del espíritu y caridad de Jesucristo nuestro celestial Esposo. ¡Él sea bendito y amado de todas las almas, reunidas en nuestros cenáculos bajo el amparo y dirección de la Soberana Reina y madre dulcísima, María Santísima.

Estas mismas normas deberán observarse, cuando se note alguna estrecha amistad en alguna religiosa con otra, que los consejos o amo-

nestaciones no den resultado, se traslade a otro convento donde el Consejo crea conviene, y esto convendría en principios antes que la separación tuviese peores consecuencias por cualquier causa.

Si las de Chauchina no se unen voluntariamente y convencidas de su equivocación lo pidiesen, en Granada se establecerá el noviciado único y Casa Madre, si la M. General y su Consejo no tuviesen razones más convenientes y de mayor provecho al progreso espiritual de esta nueva Orden o Instituto de Capuchinas Clarisas Eucarísticas y de la Madre de Dios. Amén.

Y en esta debe fijar su residencia, por ahora, la R. M. General y su Consejo hasta que lleguen a establecerse en Roma o donde sea voluntad de Dios, pues ya sería un consuelo que en Asís, junto a las santas reliquias de los seráficos padre san Francisco y madre santa Clara ayudarían a conservar su espíritu de amor y pobreza que vivieron imitando la de Jesús, María y José. Amén.

Esto de la residencia o Casa Madre lo definan en Consejo y con el del Rvdmo. Prelado. Verán si conviene más en Granada o Berja, por ser la segunda casa fundada y con capacidad y espacio para noviciado, pero como las circunstancias actuales que hoy sufre España no dan facilidades para ver dónde convenía más, ni el Señor me da luces especiales para ello, en estos momentos lo someto al juicio del Consejo y de los Prelados.

Ruego humildemente a todas mis amadas madres y hermanas, presentes y futuras, que en unión y caridad, con amor muy estrecho en el Corazón dulcísimo de Jesús y de María, se amen y vivan bajo el amparo de nuestra dulcísima madre en la adoración amor y culto a Jesús Sacramentado, *sin* apartarse jamás del espíritu de humildad y pobreza que nos dejó el seráfico padre san Francisco y madre santa Clara en nuestra santa Regla, que profesamos, y en su Testamento y última voluntad: *humildad y pobreza*, que ofrecimos al Señor.

Deseo que después de mi muerte, reunidas todas con espíritu de fe y humildad, hagan ocho días de santos ejercicios y ofrezcan por mi alma los sufragios que el Señor les inspire a las madres que en mi lugar quedan.

Terminados estos, pidan al Sr. Arzobispo su bendición y consejo para nombrar en Capítulo la primera superiora General, que será la Madre y Maestra de todas, más por el ejemplo y virtudes que por el cargo. Que deberá tener por lo menos 40 años cumplidos, piadosa, temerosa de Dios, amante de nuestra vida en sacrificio, piedad, ilustración, mortificada, enemiga de visitas y amistades, aunque sean eclesiásticos o religiosos, enemiga de comunicarse con los de fuera, ni de ser alabada ni amada, con detrimento de la edificación y confianza que debe reinar en todas las hijas que vean en ella el espejo o imagen de nuestra madre santa Clara.

Las religiosas todas unidas en fidelidad, sinceridad y amor, como los discípulos lo estaban en el Cenáculo con María Santísima nuestra, madre dulcísima, elijan a la Madre General perpetuamente mientras viva, que fiel y fervorosamente mantenga el espíritu de fe, de mortificación, humildad y pobreza que prometimos al profesar la santa Regla.

Después de aprobada la elección de madre General, con la bendición del Excmo. Sr. Arzobispo y del padre, elegirán las ocho Consejeras como mandan las nuevas Constituciones, que esperamos serán muy pronto aprobadas si la divina Providencia las lleva hasta el fin.

Ruego a la nueva madre General y a todas las madres del Consejo, que supongo seguirán las que *fieles, unidas* y llenas de amor de Dios recibieron la vocación de seguirme por los caminos de amor y sacrificio que el [Señor] me inspiró desde mi noviciado, más claramente y con mayor claridad y consejo el 19 al 20 de marzo del año 1913, que celebramos en San Antón el VII Centenario de la Santa Madre Clara.

Agradecidísima a la bondad infinita de Dios nuestro Señor, que dio a vuestras caridades tan hermoso espíritu y ánimo de seguir lo más perfecto en la adoración perpetua de Jesús Sacramentado ofreciéndonos víctimas de amor con él al Eterno Padre en reparación y expiación por los pecados del mundo.

Suplico encarecidamente por las entrañas de amor de aquel Corazón amantísimo en la noche del Jueves Santo, cuando nos pidió y mandó el "*Mandatum novum*" a sus Apóstoles al despedirse para la pasión que iba a padecer por nuestro amor, uno mis pobres súplicas, deseos y

consejos al Corazón divino de nuestro Padre Celestial, Esposo amantísimo de nuestras almas, que *os améis las unas a las otras* como nos amó el dulcísimo Maestro Jesús, y viváis siempre fijas, tomando como modelo de vuestras comunidades y casas, como vivieron Jesús María y José en Nazaret y en el Cenáculo con la Santísima Virgen todas unidas en amor y caridad, en humildad y pobreza de espíritu como nos lo manda la santa Regla.

Y si, lo que Dios no permita, alguna de vosotras hubiese desunida y poco conforme con la nueva transformación de vida (o de gobierno general) que por las presentes Constituciones hemos pedido y obtenido como esperamos de la Sagrada Congregación de la santa Iglesia Romana, y de algún modo, directa o indirectamente, se manifieste hostil o contraria a lo dispuesto en las presentes Constituciones, séale pedida la dispensa y pueda marchar a otra religión o a donde quiera.

Así, para evitar mayores males después, ruego encarecidamente con las rodillas y rostro en el suelo, que por amor de Dios no elijan nunca para superioras ni consejeras generales ni locales, ni para ningún cargo, a cualquier religiosa por buenas condiciones y virtudes que tengan, si la notan poco conforme con lo dispuesto, o manifieste deseo de cambios o reformas; quede privada de voz activa y pasiva y de los cargos de la Orden.

Que Jesús misericordiosísimo con su preciosa Sangre ratifique en vuestras almas, para su mayor gloria, nuestros deseos de vuestra santificación y de que en todo cumplamos su adorable voluntad con la ayuda y protección de nuestra dulcísima madre María Santísima, a la que pido en estos momentos, imploro y pido su maternal bendición plenamente. Que Jesús dulcísimo os bendiga a todas en tiempo y eternidad. Amén.

Es cuanto en estos momentos termino lo empezado.

Sobrado, 16 de febrero del año 1941

Sor Trinidad del P. C. de María

CUADERNO VIGÉSIMO TERCERO (bis)

ARTÍCULO III

Adoremos a Dios.
En espíritu y verdad.

15 de diciembre de 1924

La Regla de nuestra seráfica madre santa Clara y en las Constituciones generales de las Capuchinas del Orden de nuestro seráfico padre san Francisco nada dice de colegio y vida activa.

Los santos Fundadores dejaron en ella su espíritu y amor a la santa pobreza, como el único ideal de sus almas enamoradas del divino Verbo, Cristo Jesús, a quien desearon imitar con todo el ardor de sus espíritus verdaderamente seráficos y en sus Reglas quisieron dejar su espíritu, imprimiendo con toda la fuerza de su amor a la santa pobreza, que tanto encarece a sus hijas: “Que por amor de aquel Señor que pobre fue puesto en el pesebre... nunca nos apartemos de la santa pobreza”.

Han transcurrido siete siglos y sus hijos e hijas vienen siguiendo las sendas más difíciles aunque entonces... el cambio de los tiempos, los innumerables decretos que en distintos tiempos han dado los soberanos Pontífices, por último las normas del Derecho Canónico que modifican, si no en todo, en parte, la total pobreza, obligándonos a recibir dotes, sin el cual no se puede admitir... etc.

Al tener que hacer una nueva fundación de Capuchinas con el fin de adorar a Jesús Sacramentado, el pueblo exige que se le ayude con la enseñanza que tanto se necesita en estos tiempos de indiferencia y frialdad religiosa, que a pesar de tantas instituciones religiosas, (que como nunca) trabajan, la sociedad vive cada día más apartada de Dios, sin que nada sea capaz de contener el vicio y la sed insaciable de goces. Se impone, pues, como un precepto que Dios exige a las almas escogidas, que unan la penitencia y oración con la enseñanza, imprimiendo con la

sangre del sacrificio la fe en el alma inocente de la niñez, que no está la felicidad verdadera en la vanidad que destruye los dulces deleites del espíritu, si no se busca en Dios por el sacrificio, la oración y penitencia. Y si Jesús lo pide, Jesús lo quiere, ¿cómo negamos a tanta fuerza de razones?

Rogando con repetidas instancias al Señor nos manifestara su voluntad santísima, estaba al pie de la cruz y bajo el amparo de la divina Madre de Jesús, y pedía y sentía mi alma deseo de ser ilustrada, y abriendo la vida de la seráfica madre santa Clara, y a la primera vista encontré, en el capítulo VII de su vida, cuando el padre san Francisco encomendó el cuidado e instrucción a las nuevas hijas, de cuyo fervoroso celo fiaba la observancia de la Regla:

“Era ya por este tiempo el concepto que tenía de su grande espíritu tan alto, que hallándose el santo Fundador acongojado con la duda si sería más del gusto de Dios el retiro de las soledades, para darse a la contemplación, o el vivir en los poblados trabajando con el ejemplo y predicación en la conversión de las almas: hizolo la santa con humilde obediencia, y le fue revelado haber nacido Francisco al mundo para bien de muchos, y no para sí sólo, por lo cual intimó al santo Maestro el beneplácito del Altísimo, animándole porque su humildad no estancase la corriente de las gracias, pudiendo fecundar con su apostólica doctrina, el ameno campo de la Iglesia”.

Dios nuestro Señor que en su adorable Providencia dirige todas las cosas al bien de las almas que él redimió con su preciosa sangre, y con paternal cuidado vela por el bien de su Iglesia, envía de tiempo en tiempo el divino espíritu con suave y dulce soplo, para que los espíritus envejecidos y faltos de aliento se levanten y emprendan de nuevo la batalla, conquistándole muchas almas que trabajen en su Iglesia como ejércitos bien ordenados contra los tres enemigos capitales del alma. “Así como el capitán general de un ejército, trabada ya la batalla con el enemigo, de algún alto mira con atención el peso de la batalla, y donde, y cuando ve el peligro allí provee... así Dios nuestro Señor, capitán general de la milicia cristiana, por todos los tiempos ha ido mirando de lo alto del cielo, las necesidades de su Iglesia, y conforme a ellas ha

proveído, enviando variedad (de hombres) y varones justos en todas las religiones, para reformar su Ejército”.

La divina Providencia ve que su porción escogida..., aquellas almas que entendiendo y sintiendo aquellas hermosas palabras del divino Maestro a la Magdalena, cuando fue requerida por su hermana Marta, le dijo “María ha escogido la mejor parte...” (Lc 10,42), siguiéndolo en la vida contemplativa y de clausura este santo consejo, entendiendo que para ellas fue la predilección del divino Maestro, han venido desde siete siglos buscando como único fin de sus ansias, el “único necesario” que el Señor dijo a Marta.

Con la variedad de los tiempos, la debilidad de las naturalezas, que no pueden seguir el rigor de las penitencias que conservaban el espíritu como señor, que regía la corrompida naturaleza, el espíritu decaído, vino resfriando el primitivo fervor que a pesar de las muchas reformas que la Iglesia sabiamente les envía con frecuencia, el espíritu decae hasta el punto de convertir el suave yugo de las Reglas en penosísima carga que a duras penas la pueden soportar, a excepción de un cortísimo número de almas privilegiadas, para las cuales viven en la más alta contemplación, lo mismo en el retiro de su celda, que en los más ordinarios y bajos oficios de la comunidad, porque en cumplir la voluntad de Dios, por la obediencia, encuentran las alas que las remonte a las alturas de la contemplación, que es su vida en Dios escondida.

Deseosas de algo nuevo que nos aliente y empuje a la unión de con Dios, pedíamos algo que nos renovara el espíritu y vida..., ¡ña adoración perpetua a Jesús Sacramentado, único ideal de nuestras almas! y nos fue concedida por uno de esos singulares favores de la divina bondad para sus capuchinas, que solo buscan la gloria de Dios.

Teniendo que hacer una nueva fundación de capuchinas adoratrices, algunos venerables y santos varones nos previnieron, que al hacer una nueva fundación en estos tiempos nos exigirían el colegio, y aunque sintiendo la dificultad que supone esta innovación, aceptábamos cuanto nos exigieran que no se oponga a la santa Regla con la aprobación y bendición de los Prelados para gloria de Dios, considerándonos obligadas a trabajar en la Iglesia de Dios, en la forma que a él plazca.

La vida capuchina siguiendo, el consejo que la seráfica Madre dio al santo Padre, que ya dejamos copiado, abre campo a todo cuanto la santa Iglesia exija de sus hijas, las que pone en el principio y fin de su Regla bajo su dirección y amparo "como igualmente a los sucesores de nuestro padre san Francisco".

Y así como nada nos dice de colegio, tampoco lo prohíbe, dejándonos sujetas a los sucesores del santo padre Francisco. Consultando a un santo padre nuestro este asunto, si sería contrario al espíritu de nuestra Regla, nos contestaron que aprobándolo la Santa Sede cuentan la aprobación y cooperación de nuestros Padres, pudiendo conservar íntegro el espíritu de la santa Regla, recopilado en su Testamento, riquísimo tesoro que sus hijas reciben con especial cariño en estas palabras:

"Por tanto, con las rodillas en tierra, y del alma, y con el cuerpo inclinado, encomiendo a todas mis hermanas, presentes y futuras, a la santa madre la Iglesia Romana y al Sumo Pontífice, mayormente al Sr. Cardenal que a la religión de los Frailes Menores y a nosotras fuere diputado, que por amor de aquel Señor que pobre fue puesto en el pesebre, pobre vivió en el mundo y quedó desnudo colgado en la cruz, siempre críe, favorezca y haga perseverar en la santa pobreza que al Señor prometimos a esta su pequeña grey, que el Padre Eterno engendró en su Iglesia por la palabra y ejemplo del muy bienaventurado padre nuestro san Francisco, para que siguiese la pobreza y humildad de su amado Hijo, y de la gloriosísima Virgen su Madre" (Testamento de Santa Clara, n.7).

Siendo esto hermosísimo, que nos dejó como su última voluntad y espíritu en su Regla y Testamento, parece que ahora siendo tan violenta la ambición de riquezas y placeres que todo lo invade, asolando hasta los más escondidos senos de la tierra que todos van tras ellas sedientos de una felicidad que da tormentos, el Padre de misericordia nos envía a su heredad, que es la Iglesia, a que la desconocida y pequeña semilla de la penitencia y sacrificio la derramemos en el amor de los niños, para que echando raíces, críe fuerza con el ejemplo, y con el fuego de la adoración se derrita el hielo de la indiferencia religiosa... y ganando las almas de las que después serán madres, ellas lleven tras sí a los suyos

por el verdadero camino que les lleve al cielo. Si Jesús nos pide que trabajemos en su viña y que del vino que él nos da en la santa Eucaristía, lo comuniquemos con doctrina y ejemplo en la educación moral de la juventud, embriagando las almas de ellas, llevándolas suave y dulcemente a la divina bodega del Sagrario... Entrando en ella ¿quién no sale tomado?... ¡Bendita sea mil veces la santa Eucaristía!

¿Cómo compaginar la educación, sin que padezca detrimento nuestra vida de contemplación? Jesús nos parece que tranquilizando nuestras dudas nos dice lo que a sus Apóstoles: "En la casa de mi Padre hay muchas moradas: os voy a preparar un lugar a fin de que estéis donde yo estoy: Tened confianza en mí que os he escogido y vencido el mundo" (cf. Jn 14,2ss.)

Estando llamadas las capuchinas adoradoras de Jesús Sacramentado a extenderse por todo el mundo, como el pequeño grano de mostaza en el jardín de la santa Iglesia, no nos atreveríamos nunca a negarnos a las súplicas de un pueblo que nos pida la enseñanza, comprendiendo que las circunstancias de frialdad e indiferencia van apagando la fe hermosísima de nuestros padres.

El alma de una capuchina adoratriz, que dedica toda su fuerza a la santa oración al pie del santo tabernáculo, desde donde recibe a torrentes, luz, bendiciones, gracia y fortaleza, con las armas de la oración y penitencia, vendría muy bien a imprimir su espíritu de fe en las almas inocentes de la niñez, imprimiendo en ellas, como fuego de amor, el amor de Dios y del prójimo que regenera el mundo, siempre que la Santa Sede lo bendijera y aprobara. Con la autorización del dignísimo Prelado diocesano, podría compaginarse la enseñanza de tal manera que no alterase en nada el régimen de nuestra adoración y vida capuchina y sería la Eucaristía para la enseñanza como néctar maternal que nutriría las almas con dulzuras y amor de madre a sus pequeños hijos, el amor de sus almas.

Saldría la capuchina eucarística de la santa adoración llena el alma de amor divino a imprimir el fuego de su amor y caridad en el corazón y alma de los niños, inculcándoles el fuego regenerador de la fe cristiana, tan apagada en nuestros días, con el fuego de la sagrada Eucaristía.

Sean las capuchinas adoradoras en los colegios, como el ángel del desierto, que habiéndose criado entre los rigores de la más austera penitencia, aquel admirable solitario escondido hasta entonces en lo interior de las montañas, a los treinta y un año recibió la orden de empezar a cumplir su alta misión de Precursor del Mesías, porque había vivido en la tierra más como ángel que como hombre. Que de él dijo Isaías: “Él era aquella voz poderosa que sonó en el desierto y enseñó a los Pueblos cómo se habían de disponer para recibir al Mesías que ya estaba entre ellos” (cf. Jn 1,23; Is 40,2ss).

Entre nosotras está y vive diariamente en la santa Eucaristía el Mesías deseado de los siglos, el divino Redentor, nuestro adorable Jesús.

¡Cuántos se extrañarán que habiendo tan innumerables institutos de enseñanza, con los últimos adelantos, vengan unas pobres penitentes del desierto de la clausura a enseñar, estando necesitadas de ser enseñadas!... Llenas de gran fe y santa humildad, digámosle lo que el santo Precursor contestó a los que interrogaban si era Cristo, Elías o algún Profeta: “Yo soy el que viene del desierto a preparar y disponer los caminos por la penitencia y el bautismo que doy, los corazones y los espíritus, para que reciban dignamente a aquel que viene a salvarlos” (cf. Jn 1,23).

¿Cómo se prepara a la venida del justo Juez?... Con deleites y regalos, saciándose en la iniquidad y en el pecado... ¿Por ignorancia?

¿Cómo negarnos, hermanas mías, al imperio de aquella voz divina que del fondo del tabernáculo parece nos dice: “Id a trabajar en mi viña, salid de vuestro retiro y abstracción, cubiertas de cilicio, y enseñar a los pueblos el camino... Que crean en mí y se preparen por la penitencia a mi venida, no ya con los dulces atractivos de tierno Infante, sino lleno de majestad, como Juez de vivos y muertos. Que quiero salvar todas las almas redimidas con tan gran precio... [Por] la misericordia y compasión de mi Corazón quiero facilitarles todos los medios, haciendo que vuestros sacrificios, adoración y penitencia sea el camino por el que vengan a mí que soy Verdad y Vida, y me abraso en amor de sus almas, que quiero salvar a costa de las almas justas que sacrificando la dulce paz de su retiro... atraigan a mí, con dulces cadenas de amor, manso y

humilde, que derramará mi Corazón en vuestras almas... y vosotras que aprendisteis en mi escuela, bajo el profesorado de mi amado siervo y gran maestro de humildad Francisco de Asís, y así como en su siglo regeneró la sociedad su ejemplo de humildad y penitencia, vosotras que os abrazasteis a su espíritu, contendréis el mal en los corazones inocentes, atrayendo sobre vosotras la predilección de mi Corazón, con especiales gracias y el singular auxilio de mi Madre Santísima bajo cuyo amparo os encomiendo viváis, como dejé encomendados a mis discípulos cuando salí de este mundo al Padre, para que ella fuese su Maestra, luz y consuelo que les fortaleciera en sus trabajos apostólicos”.

Este es, amadas hermanas en Jesucristo, el fin único que hemos de buscar en la adoración perpetua, caldear nuestras almas en el fuego divino de la santa Eucaristía, abrasarnos en los divinos amores que nuestro seráfico Padre sentía cuando recibió del serafin las llagas del divino Crucificado, que salía por el Alvernia como loco clamando con amargas lágrimas aquel amoroso gemido de su alma endiosado: “¡El Amor no es amado, el Amor no es amado!...” ¿Cómo abrasó los corazones de tantas almas que le siguieron sin más divisa que el fuego de su ardiente caridad?

Ahora, hermanas carísimas, nos dice señalándonos el camino en la santa Eucaristía: “Hijas mías, el Amor no es amado... Prended con el fuego que recibís en la santa Eucaristía, las almas de los niños grabando en sus tiernos corazones el fuego del amor divino que consume y purifica las pasiones antes de despertar”. Esta llama divina sea la Eucaristía, sea la brasa de fuego que el serafin purificó los labios del profeta Isaías y quitó todas sus imperfecciones.

Mucho ánimo, hermanas del alma, si Jesús lo quiere, y está con nosotras, ¿a quién temer?... Si él nos llamó y trajo con amorosa provi-dencia a su servicio, y le seguimos por solo su amor a su santa casa, nos resta sólo seguirle. Nos pide ahora trabajar en su viña uniendo a la oración y penitencia el trabajo en la salvación de las almas; no nos negue-mos. También a sus Apóstoles los previno con la oración y retiro, después los envió a trabajar. Aquí nos tiene. Animense con aquella prome-sa a Santiago: “Aquel que aparte del camino de perdición a un pecador,

salvará su alma de la muerte, y borrará la multitud de sus pecados” (Sant 4,20).

¡Qué consuelo que Jesús quiere le ayudemos a la obra de su Redención! Ya san Dionisio dijo: “De todas las cosas divinas la más divina es cooperar con Dios a la salvación de las almas”. ¡Qué dicha, que Jesús nos mire con la dignación que miró aquellos pobres pescadores que sólo sabían de redes y pesca. Él, que los llamó a ellos, nos llama a nosotras, pobres e ignorantes. Él les enseñó lo que tenían que predicar; también cuidará de sus capuchinas enseñándoles a cumplir su adorable voluntad, antes escondidas, ahora enseñando, mañana aprendiendo, y siempre amando y sirviéndole de todo corazón. De cualquier modo que quiera, nos encuentre dispuestas a morir en los mayores tormentos antes que ofenderle, en la seguridad que para nosotras será aquella promesa del Espíritu Santo: “Los que enseñan la justicia a un gran número de hombres, brillarán en toda la eternidad como las estrellas del firmamento”.

Amén.

“Normas”

1º. Junto al Convento háganse unas clases...⁴

⁴ Así termina este cuaderno.

CUADERNO VIGÉSIMO CUARTO

En los días de mi retiro mensual después de mi regreso de Portugal.
6 de enero de 1933.

¡Madre mía María Santísima de los Dolores! Por obediencia copiaré en esta libreta lo que encuentre de mis antiguos apuntes (sin orden ni gobierno) porque ni mi memoria ni las

circunstancias de mis viajes a las fundaciones, me dejan tiempo de ordenar lo que por obediencia de los santos directores, que en distintas épocas he tenido durante mis 40 años de vida religiosa. Ahora que casi vivo sin vida *¡en el ocaso de mi existencia!*... el mandato terminante de *este padrecito*... me obliga a traer a esta libreta las misericordias del Señor. Haré cuanto de mí dependa para obedecer, confiada en la ayuda del Señor y de su Santísima Madre. Amén.

1

“Non mea voluntas, sed tua, fiat”.

“Padre mío hágase no la mía voluntad, sino la vuestra”.

21 de marzo de 1934. Berja. ¡Madre mía de Gádor!

Perseveremos, hermanas mías, en la oración... No cedamos jamás bajo pretexto alguno si queremos ser fieles a nuestra santa vocación. Caeríamos en el reproche de Jesús a los Apóstoles, dormidos y rendidos por el cansancio, en el huerto de Getsemaní: “Así pues, no habéis podido perseverar una hora conmigo en oración. Velad y orad” (Mt 26,40-41). Esto mismo, en la santa adoración, nos dice Jesús en esa hora santa de la adoración que él nos escogió por sus más amadas entre su porción escogida como hizo con los tres amados discípulos.

Muchas veces [con] la desaparición de los consuelos sensibles comienza la prueba del alma ganosa de oración... Este sufrimiento abre la puerta a todas las demás tentaciones; pero es muestra de gran valor resignarse a estar privada, a la vez, de los consuelos sensibles y de los alientos divinos y sobrellevar pacientemente por amor de Dios el destierro del corazón.

¡Oh! Entonces, cuánto gana el alma en esta entrega generosa que hace a Jesús de toda sus potencias interiores de su voluntad y todo su ser... El corazón se consume de amor... Quería huir y se halla prendido... Camina sobre la tierra prendida. El amor nos hace vivir como enajenada y exclama amor de caridad: ¿porqué me has herido... cuando huía de ti? Siento un fuego que abrasa mis entrañas y enciende una sed inextinguible... Vos, mi Jesús, suspirabais con gran dolor en la cruz: “sitio”, tengo sed. Esta sed ardiente siente mi corazón cuando al acercarme a ti en la santa adoración os veo en la Hostia santa como en el

Calvario... ensangrentado, llagado, agonizando y morir por aquellas almas redimidas ya, y favorecidas con tu divina predilección... que os han vuelto la espalda, os abandonan y renuevan las afrentas de tu pasión en este altar santo donde a cada momento te inmolas por nosotros...

Si muchos santos al mirarte en la cruz se abrasaban en el deseo de salvar las almas... ¡qué sentiría la mía después que, corriendo como loca a saciar la sed del martirio... detuviste mis pasos y acercándome a tu Corazón divino, me mandaste abrir la boca y llenaste el vacío inmenso de mi corazón de un agua purísima y divina que apagó la sed de las cosas temporales... y diste otra sed ardiente de traerte muchas almas que reparen, oren y consuelen con sus adoraciones vuestro Corazón adorable en la santa Eucaristía, donde vives realmente como en el cielo!...

¡Oh mi Cristo, víctima de amor en la santa Eucaristía! Al abrigo del tabernáculo y de la cruz, quiero se cobijen todas las almas que has escogido, que sientan que en vos está la vida verdadera, y que fuera de vos todo es nada, todo es muerte. ¡Oh cuán dulce es para las almas consagradas a tu amor el cumplimiento de este deber de adoraros en el santo tabernáculo! ¡Qué bien se está junto a ti amado Jesús mío! ¡Cuán puro y vivificante es el aire que se respira en vuestro altar a la sombra de tu tabernáculo! ¡Oh Dios mío, reposa el alma cansada y agitada por tantas miserias, la consuela y repara sus fuerzas y escucha tu voz divina que nos dice: "Esposa mía, dame tu corazón"! ¡Oh, y quién podrá concebir los divinos ardores con que se abrasa el alma de la capuchina eucarística, que te sigue tan de cerca: "tú me bastas y no puedo contener tu grandeza; si faltó en ello, tuya es la falta... porque me amaste sin medida".

¡Oh!, sí, mi divino Jesús de mi alma... Que muera víctima de amor por ti al recibiros sacramentado, en un acto de inmolación y de entrega. Siento tan vivo tu amor en mi alma... ¡Bendito seas Jesús mío! Amén.

2

19 de mayo de 1934. Vigilia del Espíritu Santo,
último día de mis santos ejercicios.

¡Cuántas cosas he aprendido en estos días de retiro con mi Jesús sacramentado!

Mi pobre alma, seca y árida como nunca... resignada y conforme con su divina voluntad en una prueba casi no interrumpida de tres años de sequedades... en la más oscura noche de una prueba a la que mi buen Jesús colocó a su pobre esclavilla...

¡Seis años se hizo sentir en mi pobre alma... en nuestro tabor de Chauchina... que a veces pedía a Jesús detuviese el fuego si quería servirse aquí de su víctima!... Lo escondía para avivarlo más y más.

Con este amor fuerte que el Corazón misericordiosísimo de mi Jesús dejaba prender en mi corazón, mi alma iba tras él llevada suavemente por las mismas humillaciones y calumnias, como se levantaban en contra de aquella bendita casa.

Cuando llegaban a mí golpes de esos, que sin amarle mucho habría retrocedido... me encontraba tan fuertemente unida a Jesús, que no sabía quién me había clavado con él en la cruz, los golpes y heridas fueron fuegos que convertían el dolor en amores dulcísimos, que me hacían salir de noche, por no ser vista de las demás. ¿Cómo agradeceré a mi Dios se haya dignado levantar del polvo esta pelusilla que se quema al contacto de ese fuego?... ¡Oh amor divino, que me consumes y abrasas de amor de solo verte venir a mi pobre alma, la que no vive si no es perdida en ti, amor de mi alma!

¿Cómo, Jesús de mi alma, al traerme a este calvario y desear traeros junto a tu tabernáculo almas que, en unión de tu divina Madre de Gá-dor, consuelen vuestro Corazón adorable, me priváis de aquel fuego... que me hacía repetir de continuo con tu Apóstol: "¿Quién me separará

de la caridad de Cristo...?" (Rom 8,35).

¿No estáis contento, Jesús mío? He buscado aquí algo que no seas tú y tu gloria, con la de tu Purísima Madre?... ¿Y así me echáis fuera, Jesús mío, de vuestro divino Corazón?... ¡Dejándome sola, sin ti, amor de mi alma!... ¡El polvo me ha dejado ciega en el camino y no sé dónde voy... con tantos precipicios, pendientes, barrancos en donde el demonio me acecha para derrumbarme y perderme!

¡No lo espero, Señor! ¡Vuelve esos ojos divinos, luz y vida de mi alma, a esta pobre esclava, que quiere ser libertada por vos, Esposo de mi alma!... Si tú no me das tu mano pereceré infaliblemente... Cuántas veces quise cogerme a las flores tiernas de un arbolito plantado por tu divina mano para tu gloria... y el peso de este corazón sin ti se hace de plomo, y lo hubiese arrancado hasta sus raíces si tu altísima providencia no cuidara de él con una misericordia infinita... ¡Bendito seas, Jesús mío!

De vez en cuando veía vuestro divino rostro entristecido, quejándose de mis infidelidades... Corría tras ti sedienta... pidiéndoos ese agua viva que me dais en la santa Eucaristía... pero encontraba a mi paso algunas gotas de esa agua y allí esperaba saciar la sed ardiente que de ti sentía mi pobre alma.

¡No me dejes más sola, Espíritu divino, en estos caminos tan desconocidos para este corazón que vivió dentro del tuyo divino como en un relicario!

¡Quítame este corazón que es tuyo, mi divino Jesús! ¡No me lo dejes a mí nunca!... Tú que me has formado de la nada, sabes el barro con que me hicisteis, y no quiero derrochar los dones que me disteis para que los empleara en amaros.

De hoy más, os prometo, con vuestra divina gracia, daros todo mi corazón, mi alma, mi cuerpo, con todas sus potencias y sentidos, de tal modo que no quede nada mío.

Concedeme, ¡oh Espíritu divino!, una vida de amor *tan fuerte*, que mi corazón *no busque, ni ame, ni piense, ni desee, ni se goce*, ni sienta, ni apetezca, ni vea, ni mire, ni hable, ni respire, ni se mueva *por nada, nada, nada fuera de Dios... de Dios... y solamente de Dios toda, toda,*

toda suya. ¡Oh Espíritu divino! ¡No me neguéis, por el amor con que formasteis en las entrañas de vuestra Purísima Esposa, la Virgen Santísima, en la Encarnación del Verbo hecho carne, el cuerpo divino de nuestro Señor Jesucristo! ¡Renovar vuestro amor y vuestra virtud santísima en esta pobre alma que espera hoy en vuestro amor misericordiosísimo, purifica las manchas de mi alma, cura la lepra de mis pecados y me encienda en el amor ardentísimo que os dignasteis conceder a san Pablo, la Magdalena, san Agustín y tantas almas que te amaron con más fuerza e intensidad, después de levantadas de sus culpas!

¡Oh mi divino Espíritu! Recibid *la entrega* que hoy os hace en presencia de los ángeles, de vuestra purísima Esposa, mi Madre Santísima y san José,

Sor Trinidad del P. C. de María

19 de junio de 1934

Quisiera, mi divino Jesús, me concedieras, por el amor con que os quedasteis por mí en el Sacramento del altar, el quedar hoy completamente vuestra, como si por primera vez naciera a vuestra gracia... vivir como si os hicieses una misma cosa conmigo, que no sintiera otro amor ni otro anhelo que *amaros*... sin admitir en mi corazón ni la más pequeña sombra de desagradaros.

¡Sólo vuestra misericordia y amor pueden triunfar en este pobre corazón!... Para conseguirlo, os ruego humildemente me concedáis una sola gracia: amaros con la intensidad de amor que siento hoy, me obligáis a amaros.

¡Ahora más que nunca necesito esta gracia de vos!... Me siento impulsada por vos mismo a levantarme del abismo, de tedio y desalientos en donde he caído por mi gran soberbia y muchas infidelidades, ¡que no merecía vuestra misericordia!... Pero vos me podéis librar de las asechanzas del demonio que visiblemente quiere dejarme caer en la desesperación, llevándome al infierno en donde me siento horriblemente penas, que me hago indigna de vuestra misericordia; para lo cual hoy vengo a entregaros, con todo el buen deseo de mi alma, mi pobre corazón, todo cuanto más amé, como en el primer propósito os hago voto de entrega absoluta de todos los afectos y deseos, etc.

En este segundo, ¡os ofrezco para siempre *mi obra*, que *como tuya* la acepté, dejando con todo el dolor y amor de mi corazón la primera casa en donde me consagré a vos por los santos votos, y en donde tantas veces me favoreció vuestra bondad infinita con tantas misericordias y amor!... ¡Allí os dejé cuanto más amaba... y salí por vuestro amor y vuestra gloria a padecer pobreza, *calumnias* y desprecios, por vuestro amor!

A los seis años me trajisteis a esta bendita casita donde encontré el calvario que vos me preparabais!... ¡Bendito seas!

Siguiendo aquella vocación, salí donde fui conducida por el Sr. Nuncio; no a París, donde nos ofrecían; sino a Portugal sin nada... Allí me regalasteis dulcemente con vuestra *cruz bendita*, y la enfermedad de cuatro meses consumó mi sacrificio. ¡Oh, qué bueno es Jesús, vuestro divino Corazón para conmigo!...

Ahora vengo a renunciarlo todo por vuestro amor, aun las probabilidades de aquella fundación!... Quiero vivir escondida y muerta con vos en la cruz, y en el sagrario mi sepulcro... ¡Concedeme, mi Jesús, esta gracia!... y el consuelo de morir a todo... para vivir tu vida de amor y sacrificio para siempre. Amén.

¡*Acordaos*, amor de mi vida! *Vos sabéis*, dulcísimo amor de mi alma mi divino Jesús sacramentado, que en el colegio jugabais con vuestra pobre esclava, cuando atraída a vos con una fuerte y dulce abstracción, dejando a mis compañeras y juegos infantiles, *corría* desparvorida al coro, sin que nadie me pudiera detener, y desde el sagrario a aquella reja, te llamaba tu Mercedesitas, y tú venías a mí, y pasábamos muchas horas jugando (desde donde me cела dos santas religiosas, M. C. Guervós y Rosa Robles), que cada día me preparaba para la sagrada comunión con tanto fervor que no había nada que se interpusiera entre Jesús y su Mercedesitas, que había encontrado el lleno de su corazón en ti, que buscaba un amor que no lo hallaba en la tierra. ¡Oh Jesús, mi dulce amor! ¿Cómo entonces no llevasteis a vos este corazón que aún no había perdido (me parece) tu gracia e inocencia bautismal? ¡Tú me amabas tanto, mi Jesús divino!, que mi corazón no podía negaros nada de cuanto me pedías, y me consagré a ti para *siempre*, como tu me enseñaste el 12 de agosto del año noventa: me diste como regalo una cestica con todos los instrumentos de tu pasión, que tú me enseñabas a ponerme la corona y los clavos y me ponías la lanza y me mojabas los labios con la esponja, que no podía resistir su amargor; y eras tan dulce y hermoso que toda fuera de mí gustaba mucho me punzaran las espinas que tu me dabas, etc... y me ofrecí gustosa a recibirlas en serio cuando me decías: "Quiero sepas este es el canastico de bodas que ofrezco en juego para ensayarte. Te ama tanto, tanto, tu amante Esposo, Jesús".

18 al 19 de marzo de 1935. Berja.
*En mi santuario, bajo el manto de mi
 Virgen de Gádor. En mi retiro.*

¡Oh Jesús mío, amantísimo de mi alma!, dulzura y deleite purísimo de mi corazón, aquí vengo resuelta de una vez a hacerme santa, no por ser contada en el número de los santos en la tierra, sino para daros gusto y glorificarte entre los santos en el cielo; no por miedo al castigo, ni con la esperanza del premio, sino solo por tu amor, mi divino y dulcísimo Jesús. Lo deseo por amarte y honrarte más, ahora y en la eternidad.

Sí, Jesús mío, quiero ser santa, porque tú lo quieres y te lo mereces. Es una deuda que tengo con vos, porque estoy obligada a satisfacer en cuanto pueda, las deudas a tan inefables beneficios recibidos de tu misericordiosísimo Corazón para conmigo, tantos años derrochando sobre mi alma los tesoros infinitos de gracias y amor, que has tenido conmigo después de tantos pecados y miserias. ¡Ingrata de mí!, qué mal correspondí a las incontables finezas de amor de tu Corazón adorable, siendo tú digno de todo el amor de las criaturas; mucho más obligada yo por tu gracia y misericordia a ello, que todo me lo haces dulce y suave cuando te presentas a mi alma como lo haces. ¿No es que vienes a mí para hacerme tuya, proporcionándome medios abundantes y eficaces, supliendo tu lo que me falta, para que me entregue a ti del todo, como tu pequeña víctima? ¡Oh mi Señor, y qué bien me amas, cuando me avisas a recurrir a ti solamente por medio de la oración sencilla y humilde!

¡Quiero amarte Señor mío y Dios mío, hasta perderme en ti, y que seas tú el que vivas en mí!... Conozco que solo así descansaré tranquila... He tropezado muchas veces cuando en las criaturas quería buscar luz, consejo y aliento, entonces... me quedaba pobre y sin luz, de nada me aprovechan los consejos si no voy a ti a mostrarte mi alma, a pedirte

llenes mi corazón de luz, de amor y de fuego que me consuma y me pierda en ti, mi divino Señor, a quien más amo y deseo amar eternamente. ¡Eres tan bueno conmigo, Jesús mío! ¡Has derrochado conmigo tanto amor y misericordia que no debía nunca olvidarme de ti! ¡Quiero más amarte y mejor servirte!...

Estoy convencida que vuestras lecciones de tantos años... que consagré a ti, son verdad y vida, y que lo demás es todo vanidad y *mentira*. ¡Cuánto hay que nos aparte de ti, dulcísimo Jesús mío!

Hoy vengo a pedirlos, mi divino Señor, una nueva gracia, el don de poseerte, de vivir en tu divina presencia y adorarte como te adoran los ángeles en el cielo y justos de la tierra. Esta gracia la pido, para todas aquellas almas que me confiaste y pusiste bajo mi cuidado y a las que ayudé a consagrarse a ti por medio de los santos votos.

Concédeles, Jesús mío, a todas ellas el don de piedad y amor, para que identificadas contigo, vivan tu vida en la forma que te agraden más cumpliendo su vida de víctima y adoradoras de Jesús sacramentado.

Ilumina con tu divina luz estas almas!...

Hazles conocer que están llamadas a la mayor perfección de su estado de capuchinas víctimas de la Eucaristía, que como lamparitas ¡jardan siempre delante de ti en continua adoración, en espíritu y en verdad! ¡Dales luz para que conozcan que la muerte de sí mismas, y del amor propio, les dará la vida verdadera del espíritu, y se harán dignas de los tesoros de tu adorable Corazón; en la medida de sus disposiciones tú las llenarás de estos dones que ellas harán llover sobre las almas, y volverán a ti de nuevo los pueblos y naciones a bendecir y alabar vuestra santa Doctrina y Evangelio.

Os suplico le mostréis a estas mismas almas vuestros designios de amor y su misión sublime y escogida de vivir esa vida de adoración y sacrificio, que sólo tu divina presencia en nuestras almas es la que conserva tu divina presencia dentro de nosotras mismas y te adoramos como si te viésemos real y verdaderamente presente en la santa Eucaristía, y sin dejar los trabajos que la obediencia nos destine, teniendo el hábito adquirido de la santa adoración, recurriendo a ti a cada hora o momento, nos harás vivir en Dios, cumpliendo tu adorable voluntad en

todas las cosas con espíritu de fe. Te adoramos en el coro en la adoración y oración, cada vez que practicamos una obra por obediencia (por ordinaria que fuese) es muy gratísima a tu divino Corazón que nos quieres delante de ti ofreciéndonos a cada momento, por la salvación del mundo entero en reparación de tantos pecados, como verdaderas víctimas identificadas contigo en este adorable Sacramento, ofreciéndonos a tu Eterno Padre por las ofensas que recibís de continuo en este Augusto Sacramento.

¡Oh mi divino Jesús, mi Señor y mi Dios!, dignaos escuchar mi pobre oración hoy, al hacer el XVI Aniversario de aquel solemne aniversario del VII Centenario que celebramos en nuestro convento de San Antón en Granada. En aquella noche memorable que su recuerdo estrecha más mi alma a vuestro Amor sacramentado, aquella amorosísima dignación de vuestra misericordiosísima bondad *me tiene tan obligada a vos...*, mi Dios mío y mi Señor amantísimo, que siempre me veo al descubierto..., no cumplo como debo, mis vacilaciones y dudas en este punto, comprendo son verdaderas tentaciones para impedirme el obrar el bien que tu deseas y pides a tu pobre víctima.

Hoy, en tu divina presencia, vengo de nuevo a renovar las promesas que entonces te hice, Jesús mío. ¡Óyeme bondadoso y concédeme lo que te pido!: que todas tus víctimas tus Capuchinas Eucarísticas todas, todas, presentes y futuras, sean hijas de tu Madre Santísima en la imitación perfecta de sus virtudes; que vos nos reconozcáis por tales...; que la santa Iglesia nos reconozca por vuestras víctimas Capuchinas Eucarísticas de la Madre de Dios, y que la práctica de su imitación lo confiese siendo tan humildes como ella, viviendo ocultas como ella, pobres y modestas con un amor y caridad ardiente para vos y para el prójimo reconociéndola Superiora y Madre de nuestra Orden, de nuestras casas y de sus hijas. Y por vuestra Madre, Señor mío y Dios mío, *cura mis llagas* y concédeme tu amor y tu gracia para aceptar a serviros como vos me lo pedís.

S. Trinidad

Braga. Monasterio de Capuchinas
Eucarísticas de la Mãe de Deus.
Mis ejercicios de agosto del año 1935

¡Dios mío y Señor mío, que tan bueno y generoso sois con las almas que te buscan desnudas de todo afecto que no es vos mismo, vida de mi alma, hermosura y gloria mía, mi Señor Jesucristo, víctima en la Hostia santa inmolada cada día en el santo Sacrificio de la misa y con ella yo también uno y consagro no solo mi corazón y mi alma y mi ser todo, que también os ofrezco y *uno todas* aquellas almas que vos me diste para que siguieran fielmente la vocación que vos os dignasteis comunicar con tanto amor, para que vos nos unáis a las intenciones de vuestro Corazón adorable y las ofrezcáis con vos a vuestro Padre, como víctimas de expiación, en la adoración y observancia fiel de nuestra santa Regla.

Aquel espíritu seráfico de nuestra madre santa Clara y padre san Francisco es el que vengo a pedir os delante de vos, Jesús mío amantísimo de mi alma, en este tabernáculo donde me pedís constantemente vengamos a ti a ofrecer os la adoración y amor que en Belén recibisteis de los pastores y reyes y de vuestra Madre Santísima y san José!...

En vuestros sagrarios os sentís muy solo de vuestras criaturas, porque derramasteis vuestra Sangre preciosísima, y por nuestro amor os quedasteis prisionero de amor en la santa Eucaristía... y esperabais vendrían adorar os legiones de almas penitentes y sacrificadas, fortalecidas en la adoración perpetua del Santísimo Sacramento en espíritu y verdad. Siguiendo vuestro divino llamamiento hemos levantado en esta tierra bendita de Braga el tercer altar de adoración. Aquí nuevamente quiero ofrecer os... cuanto vos, Jesús mío, sabéis queremos sacrificar os en unión de vuestra Madre bendita y san José en Beben. *¡Así sea! Amén.*

EN LA ENFERMERÍA

¡Oh Jesús mío!, concédeme que sepa sufrir con vos, y que mis enfermedades, que me saben a cielo por la unión que siento con Cristo paciente, como oración continua mantiene en mi interior una gran paz, de tener ocasión de satisfacer al Señor por mis gravísimos pecados, y siento una fuerza interior de vivir abrazada con mayor amor con la voluntad de Dios, presente siempre a mi alma con una dignación y merced tan grande de su amorosa providencia, que al par que con mis dolores quiero reparar y expiar mis gravísimas deudas, no puedo pedir ni salud ni enfermedad, estoy tan contenta en sus manos que ni pido ni rehusó; si quiere que deje ya esta vida, o quiere que viva con él padeciendo, contenta estoy y confiada en el amor de su Corazón divino para conmigo.

Me da el Señor tanta estima y amor grandísimo a sus disposiciones providenciales, aun en esta enfermedad de debilidad y caimiento de ánimo que trae consigo esta enfermedad me ofrezco al Eterno Padre por el Corazón de Jesús en manos de mi dulcísima madre María Santísima... y entonces deseo repetir ese himno de acción de gracias. ¡Gracias Jesús mío, gracias!, que me tienes contigo en la cruz; oculta a los ojos humanos mis continuas agonías; sólo mi Jesús... cuenta los latidos de este pobre corazón que se entrega tantas veces como pulsaciones me faltan... ¡Bendito seas, Señor y mi Dios, que me ponéis donde más os agrada!

Mi único ejercicio es ponerme en sus manos, y como si me viese en ellas las beso amorosamente entregándome por entero sin querer cosa que el Señor no quiera y aceptando cuanto él disponga de su esclava con todo amor y gozo por venirme de su mano; y con esta entrega que hago a Dios de toda mi alma con sus facultades, mi cuerpo con sus sentidos,

mi salud, mi vida y todo mi ser, sin querer nada mas que agradable. La enfermedad me parece ha sido mi mayor ayuda para esta vida de inmolación y de amor que ahora me pide el Señor... Cada dos pulsaciones pierdo una, y como la oigo repercuten en el estómago, en el cuello y en la cabeza. Cuando late hago, un acto de amor y reparación; cuando pierde, un acto de entrega a su voluntad santísima, y quedo con una paz, que como me creo dentro de su Corazón adorable tan feliz padeciendo, que me parece que la muerte no es más que cambiar de postura: aquí con él unida en la cruz, allí con él en la gloria. Pero con él la cruz es gloria, pues se gustan en ella manjares deleitosos y dulces; *la prueba del verdadero amor, es padecer*, y en la cruz estamos *atados a él*. ¡Bendito sea!...

En la cruz se aprende la verdadera ciencia y los males se convierten en bienes... y alabanzas al divino Salvador que nos dejó en ella dónde acogernos para alcanzar la posesión del reino de Dios.

Después de largo tiempo de enfermería, empiezo hoy la asistencia a los actos de comunidad, y al llegar al coro y tomar el breviario me sentí como el ave sedienta que encuentra la fuente cristalina y se baña con estremecimiento, alegría inexplicable.

Siempre el breviario para mi alma es vida. ¡Cuántas veces, en mis primeros años de religiosa, siendo enfermera y sacristana, que agobiadísima de trabajos... me dejaban el tiempo contado para rezar el breviario junto a una enferma, o al lado de un canasto de manteles y albas que lavar..., al tomar el breviario quedaba como extasiada y fuera de mí! Me preguntaban las compañeras: “¿Qué le pasa a vuestra caridad? Está cansada, no está para rezar, ¿verdad? Y quériéndome arrancar el breviario, que estrechaba sobre mi corazón, les repetía: ¡Oh no!, quiere el Señor, no espera vayamos al cielo para recompensarnos estos pequeños trabajos; y aquí, en este breviario nos da a gustar las dulzuras inexplicables del cielo a tan poca costa... Y en todos los momentos de vida religiosa, que empezó para mí a los diez años, la noche de Navidad, siendo educanda, gocé tanto que como fuera de mí me acerqué al pesebre durante el Tedeum y merecí tener en mis brazos al divino Infante. ¡Oh grandeza de las finezas de Dios en darnos a las pobres mujercitas el

gran privilegio de rezar el oficio divino en unión de los ángeles!... ¡Qué hermosa dignidad y a qué altura de contemplación nos eleva el Señor al concedernos el don de las divinas alabanzas!... Más de 40 años llevo de rezar el breviario, y crece mi amor a Dios con las gracias y altísimas mercedes que en él me hizo el Señor con amorosísima misericordia, pues sin estudiarlo se entra en la posesión de Dios y en el rezo se comprenden las grandezas del poder, la sabiduría y misericordia del Señor en todo tiempo, como no la da a conocer otro libro. Sólo en la bienaventuranza se completará lo que falta a nuestro pequeño entendimiento... Entrar en el oficio divino siente el alma como si entrara en el cielo.

¡Bendita sea la infinita bondad del Señor, que nos escogió para que le hagamos compañía, adoración y alabanza en la tierra como le hacen los ángeles en el cielo! Contemplando los inestimables tesoros de amor y bondad con que nos obliga dulcemente amarle, viles gusanillos de la tierra, nos hace iguales a los ángeles del cielo!...

Y todavía nos atrevemos a levantarnos de nuestra pobre miseria, para ensoberbecernos llenas de agobios, tiramos a veces su cruz bendita, y no sabemos seguirle en los tormentos y humillaciones de su pasión... y queremos gozar con él de los celestiales e inefables gozos de su Resurrección!...

¡Oh Jesús dulcísimo!, divino deleite de las almas puras, no permitas Señor que tus pequeñas víctimas, tus capuchinas eucarísticas, hijas y siervas de tu Madre dulcísima, nuestra dulce Madre de los Dolores... Libranos de las grandes amarguras y tormentas de la soberbia y del amor propio; forma nuestros corazones a la medida de tu Corazón adorable, suave siempre *humilde* lleno de caridad para con todos; concédenos que nuestro ejemplo de abnegación y humildad verdadera le atraiga muchas almas a beber de la fuente de tu humildad en el divino Sacramento. Haz, Jesús mío, una morada pura y digna de ti, para que te posea y te goce, siempre contigo, tu esclava enamoradísima de tu verdad. Amén.

DESAHOGOS EN MI RETIRO EL JUEVES

Junio, 19 de 1936

¡Oh qué amables son, Señor, tus tabernáculos, oh Señor de las virtudes!... Alma mía, levanta tu mirada a la Hostia santa y olvidando ahora tus penas, en esta noche dichosa en que adoras a tu Dios sacramentado, mira y contempla con el entendimiento aquel ejército de serafines que arden de amor en la presencia de Dios, aquella multitud de coros angélicos que le adoran y dan gloria, y pregúntate a ti misma: ¿Dónde están las penas amarguísimas y desolaciones espirituales, pensando ahora y viendo con los ojos de la fe, que habiendo sido escogida "*su víctima*" en la vid eucarística de la capuchina adoradora?... Desaparece todo dolor y lágrimas derramadas en medio de las más duras pruebas... y recibiendo de esa santa Hostia la luz y el calor que ilumina y parece descubre el velo de la eternidad para ver cara a cara aquella hermosura increada que ni el ojo vio... ni entendimiento humano pudo comprender... ¡Oh Señor cuán ocultos y escondidos son para el mundo tus juicios! ¡Tú, Señor mío, has hecho sentir las dulzuras inexplicables de tu amor junto a tu amor sacramentado... y este ruin corazón se encendió y corrió embriagada de tus amores en busca de almas que te adorasen día y noche.

Sentí fuertemente tu llamamiento y salí como el criado que mandaste convidase a las bodas a cuantos cojos y lisiados encontrase... ¡Yo, Señor mío, coja y miserable entré y comí de tu pan y bebí de tu vino y me curaste y tomé fuerza y corrí a donde tu me guiaste!... Tú, Señor, cuántas veces descorriste el velo de tu gloria y en tu Sacramento adorable me mostrasteis tu gloria, y hubiese desfallecido si tu misericordioso Corazón compadecido de mi debilidad no me confortaste.

Dime, Señor mío, ¿dónde estabais cuando yo, balbuciente e ignorante, cogía en el campo los gusanillos de luz y llevándolos a mi madre le decía: "mamá yo querría ser como este gusanito en la llave del sagra-

rio, para que todos los niños que viniesen a buscarme entrarlos dentro y decirles cuánto Jesús los ama”.

Entonces me parecía que Jesús me encendía tanto el fuego, y le veía tan hermoso, que todas las hermosuras de la tierra me parecía basura. ¡Cuántos años me engolosinabas, Señor, y como jugando conmigo me pedías fuese tu esposa y me iba los días y las noches (que podía escaparme) a las rejas de aquel coro, siendo educanda de 10 y 12 años, *esperándote* y mirando sin “palpaguear” la puertecita del sagrario, para que no se me escapase cuando salieras a la cita que me dabas los días de Comunión (que entonces sólo comulgábamos en el colegio jueves y domingo) y me dabas la canastica de bodas, instrumento de tu pasión. ¡Cómo entonces Señor mío este gusanillo el más ruin le mirabas con más predilección que a las otras niñas que yo convidaba viniesen a verte y no e hacían caso, y tú Señor mío me cogías y me pedías el corazón cuando si apenas te conocía!

¡Te vi tan hermoso tantas veces, que en la reja te llamaba tu Mercedes! Y tú, mi divino Señor, haciéndote niño como yo, lleno de celestial hermosura, arrebatabas mi corazón y mi alma, y cuántas veces jugando los dos al esconder junto al sagrario, cogía los rizos de tu dorada melena y la entretrejía con la mía, y tirando de mí, quedaba mi cabeza con la tuya unida hasta que tu madre amantísima nos arreglaba a los dos, y cubriéndome de besos nos separaba y besándonos como dos hermanos nos despedíamos cuando mi corazón no quería separarse de ti!... ¡Cuántas ternuras y pruebas de amor me diste Señor en el Sacramento adorable de tu altar!

Después, en las alternativas de tantos años me olvidé de ti. En ocasiones de quererte servir mejor, tropezaba y me hería... Y tú, médico divino, venías en mi socorro y me curabas, devolviendo mejor vida. ¡Oh Jesús mío, y cuánto gozó mi alma junto a tu Sacramento de amor!... Días de -40 horas-, de jubileo, me pasaba junto a ti... y salía a la torre a respirar, pidiéndote apagasen ya el fuego, porque así no podía vivir. En medio de grandes trabajos y penitencias vivía como en el cielo... Cuántas veces la maestra de novicias me llamaba y me decía: “¡Déjate hija tu cielo, que aún estás en la tierra!”... ¡Oh amor de mi alma, si entonces me hubieses dicho te ibas a esconder tantos años me consolaría ahora tan sola y abandonada!... Pero sé que me amas, porque yo no amo otra cosa que a ti, tu Trinica.

“Oh cruz bendita tan ardientemente deseada y por tan largo tiempo apetecida”.

¡Oh mi divino y dulcísimo Jesús de mi alma, ahora que dejáis caer sobre mi corazón el peso de tu cruz... me recuerda aquellos días de fervor que me comunicabais tan misericordiosamente en mis primeros años... y en esta nueva pasión que me dais, recuerdo aquel cestico que me traíais, pequeñito como yo, después de la primera Comunión, que yo no estaba sino para dulces... Venías todo hermoso, como te vistiera tu purísima y divina Madre con la túnica más rica y linda que los lirios del campo y el manto real, como las lindas amapolas de los jardines te venías a mí para jugar con un cestico de instrumentos que no conocía, pero que tu, amor de mi alma, me enseñabas a ensayar en mi alma, y cuántas lágrimas derramé al enseñarme los clavos, la cruz, la corona, el martillo, la esponja, etc... Pero el gallo..., ¡sentía un dolor!... ¡Oh mi Jesús dulcísimo de mi alma..., ¡qué hermosos me parecieron tus pasos!... y ¡con qué ilusión me abrazaba a tu cruz!... ¡Tálamo bendito de los más puros amores!... Pasaron los años corriendo tras ti, mi divino Nazareno... y al fin me encuentro con tu gracia en la cima del calvario, en donde, en compañía de vuestra Purísima Madre y mía, quiero entregar mi espíritu en la cruz, abrazada a ella, y beber en vuestro Corazón herido, el agua y sangre, que me lave y purifique para al consumir el sacrificio...; [quiero] recibáis la víctima, “*consumatum est*”, en holocausto de amor, alegre en vuestros brazos y en los de vuestra Madre Santísima; quiero me trasladéis del destierro a la Patria celestial, donde os alabaré con los ángeles y santos en la eternidad de los Bienaventurados! A vos, mi amado Jesús Hostia, santa, inmaculada y pura os encomiendo vuestras víctimas, pequeño rebaño que vuestra divina Madre aceptó y se encargó de él. ¡Salvadlo! Amén.

RECUERDOS

10 de noviembre de 1935

Diez de noviembre, domingo, llegamos a Roma a las 7,30 de la mañana, tomamos un taxi que nos dejó en Reparadoras. Comulgamos, oímos la santa misa, y las buenísimas madres nos dieron el desayuno, que nos atendió la M. Santa Teresa, a quien le entregamos la tarjeta que llevábamos de Madrid de la Superiora M. Virgen de los Dolores que tan buenísima fue con nosotras en Madrid.

La M. Santa Teresa (única española en aquella casa) nos manifestó la imposibilidad de admitirnos allí por tener la casa llena por la tanda de ejercicios que hacían allí, y la casa muy pequeña.

Avisó por teléfono a las Damas Apostólicas y ellas nos recibieron con mucho cariño, quedando allí hospedadas en definitivo.

Después de descansar y comer nos volvimos a Reparadoras. Allí nos indicaron dónde estaba el P. Ulpiano López, jesuita, a quien nos *envió con mucho encarecimiento su señor tío Obispo de Cádiz*, muy amigo y bienhechor nuestro, que me dijo: "Busca a mi sobrino y dile todo lo que quieras que yo haga en la obra que el Señor te ha confiado y que siempre quise ayudarte, pero él en Roma sabe más que yo de esas cosas y él me dirá a quién tenemos que recurrir".

En efecto, la Gregoriana estaba a dos pasos de Reparadoras, y, en efecto, al llegar nos recibió con tanta bondad. Le expusimos el objeto de la visita y viaje... Después de enterarlo de todo nos envió a la iglesia de Jesús donde estaba el P. Torres, confesor del Sr. Card. Segura, que estaba enfermo, con quien podíamos hacer llegar a Su Excelencia que estábamos allí, y él nos diría cómo andaban nuestras cosas allí.

El P. Torres había salido y no pudimos hablarle, entramos en la

iglesia, hermosísima, y había una concurrencia atroz. Allí oramos junto al sepulcro de san Ignacio... y allí sentí un atractivo y tanta luz y aliento a pesar de las amarguras que interiormente sentía al ver las contrariedades que encontraba en todos sentidos. Volvimos a la mañana siguiente a confesar y comulgar allí.

Día de san Martín, 11 de noviembre, no olvidaré nunca. Confesé con el P. Torres que tenía un confesonario atroz, y desde las 8 hasta las 10 no me tocó confesar. El buen padre me oyó con mucha caridad, pero no me dio luz, no era aquella la hora de consuelos, sino de trabajos. Tenían todos ante la separación de Chauchina, Casa Matriz de la Obra.

Mi alma todo lo esperaba de Dios, y cuanto más pruebas, me sentía más firme y lo que más me dolía que el P. Ulpiano no estaba como su señor tío y siendo él el que creíamos que nos podía o debía ayudarnos, y estaba del todo desorientado. No teníamos más remedio que volvernos sin hacer nada, pues no me llegó la licencia del Sr. Nuncio que me prometieron enviar de allí el Superior de PP. Jesuitas de Madrid en Reparadoras, a quien consulté si podría irme a Roma con la licencia que traía para Portugal y me dijo que sí, ante la promesa de M. Virgen de los Dolores, que me prometió recogerla y enviarlas.

Tres días fuimos a Jesús a comulgar y hablar con el padre; no encontrado ayudas ningunas ni casi alientos para arrostrar tantas dificultades. Empecé a temer que el Señor estuviese disgustado de aquel viaje, que lo hice por sola una inspiración... y sin consultar me metí en el tren para Roma, llena de fe y confianza... Y todo estaba cerrado para mí... ¿Dónde estabais Jesús mío dulcísimo que os buscaba con ansias y no lo veía en parte alguna? Aquella mañana, 16 de noviembre, me fui a San Pedro (que la Superiora me dijo buscarse el confesonario del Penitenciario español).

Allí me arrojé a sus pies, hice confesión general de toda mi vida, y después le di cuenta de la obra que me llevaba allí; los años que llevaba trabajando en ella, apoyada por prelados y confesores... y al final Chauchina se retira y todos me miran como chiflada que pido en contra del Derecho Canónico, etc... El P. Penitenciario me oyó con mucha paciencia *todo*.

Y al terminar le dije lo mismo que cuando empecé: padre sólo le pido en caridad lo que vea en la presencia de Dios... Yo me volvería con mucho más entusiasmo al convento de San Antón, en donde me consagré a Dios y viví 33 años como los ángeles, que seguir esta obra con tantos trabajos y sacrificios, y que no sea del agrado de Dios!

No me ha movido a ello ningún fin ni idea mas que *creí Dios me lo pedía* y que hacía en todo su voluntad santísima, y impulsada por la obediencia de los Prelados, Cardenal Arzobispo Casanova que me mandó ir a Chauchina...

Entonces el P. Marcos, que era el Penitenciario, me dijo: "Ofrezca a Jesús sus penas y trabajos y *siga adelante con mucha fe que hace la voluntad de Dios. Es obra suya*, y cuando no tenga quién le ayude y atiende y me necesite o quiera yo le ayude, no tiene mas que avisarme, que con mucho gusto le ayudaré a todo cuanto necesite". Me quiso presentar al Prefecto de la Sagrada Congregación para que hablase con él; y no pude porque nos íbamos enseguida (nos faltó dinero).

Después de esta confesión, que estuve cerca de dos horas, con el gozo que no me cabía en el corazón comulgamos, y había tantas misas en todos los altares... y yo me metí en una capilla a dar gracias al Corazón eucarístico de Jesús que en aquel día había visto y sentido los excesos del amor misericordiosísimo de su Corazón adorable para mi pobre alma... En aquella capilla me encontré un religioso humildísimo y agradable, que no podía expresar, y venía con un sacerdote venerable... que tenía aspecto y mirada penetrante, estaba calvo, muy agradable, me saludaron en español, y enseguida sentí en mi alma algo extraordinario. El religioso, que al principio creí sería el P. Procurador General de los Capuchinos a quien estuve el día antes... Pero pronto me di cuenta que aquellos dos venerables padres no estaban aquí... mi espíritu sintió un no sé qué... No puedo expresarlo.

En un impulso le dije: ¡Oh Padre mío san Francisco, quiero seguir, vivir y morir en vuestra santa Regla según nos la dejó la madre santa Clara, y bendiciéndome con el rostro todo iluminado y con las sagradas llagas resplandecientes como el sol, me dijo bendiciéndome: "Hija mía, no solo has copiado y bebido el espíritu de mi Regla que recibí del divi-

no Maestro Cristo Jesús, sino has merecido que este divino Maestro te la muestre adaptada a los tiempos actuales, para lo cual quiero que unas al espíritu de humildad y pobreza de la santa Regla que profesáis, el gobierno y orden que el mismo Cristo mostró a este glorioso santo Ignacio de Loyola, que tanta gloria da a Dios en el cielo por su inquebrantable adhesión y apoyo a la santa Iglesia.

¡El Señor te bendiga! Y san Ignacio, mirándome con los ojos llenos de luz y de fuego me prometió su protección y ayuda por medio de sus hijos y en aquel momento comprendí con una luz sobrenatural, que debía sujetarme a la dirección del P. Morán, a quien no podía entregar mi espíritu, que ¡sentía un choque!... cada vez que hablaba con él, que hacía el propósito de no volver... y volvía por una interior inspiración, tan clara...

Alguna vez dije al Señor: ¡Jesús mío, si te empeñas que vaya a ti a secas, sin jugo alguno, iré al P. Morán! Me daban más alientos los PP. Hernández y Berrocal...

Después de esto nada más puedo discurrir, sólo que es la voluntad de Dios. Salí de aquella capilla de cielo, y no podía ni andar... y me acerqué a la baranda de San Pedro y había tanta gente que no podía sostenerme y allí sentí tanta fortaleza y alientos que no podía reprimir; los consuelos y gracias extraordinarias me anegaban el corazón, y el cuerpo lo tenía como cortado y enflaquecido del gozo interior que tenía. Al día siguiente volvimos al mismo sitio, pero muy ligeramente, pues teníamos que irnos a España y antes terminarlo todo. Queríamos volver a la Gregoriana y a Reparadoras y no pudimos, llovía muchísimo, y tomamos un tren que iba a Génova. Allí estuvimos varias horas esperando un tren que nos llevase a España. Y allí, ¡qué recuerdos! ¡Me hacían tanto bien a medida de las pruebas amarguísimas que sufría mi corazón, fue la abundancia de consolaciones celestiales que el Corazón de Jesús embargaba mi alma! ¡Cuántas veces, al entrar en el tren, me encontraba dentro del Corazón divino descansando como en los mejores días en nuestra amada celdita de San Antón, cuando él me pedía aquella peregrinación... y veía como un sueño... con las penalidades de mi dulcísima Madre, María Santísima en su ida a Belén y a Egipto! Ella me

dio al divino Niño cuando meditaba en aquellos primeros años..., pero en la realidad, en los amargos trabajos, él me escondía en su divino Corazón y me fortalecía en la peregrinación.

Llegamos a San Sebastián sin haber comido nada, sólo la sagrada Comunión. Buscamos hospedería en seis casas religiosas y en todas nos negaron hospedería, excusándose no tenían sitio. Cansadas y desfallecidas, eran las 4 de la tarde, y mi pena de la compañera sin comer desde el día anterior, pedimos de limosna una peseta, y como era domingo y todo cerrado, no encontramos pan. Entonces pensé telegrafiar al P. Fundador a Granada y le pedía para seguir el camino, y en giro telegráfico envió 200 pts. a las Reparadoras, y entonces nos ofrecieron de todo... Sólo dio tiempo a tomar una taza de café con leche con un bollito, por salir a las 6 el tren para Salamanca, y allí descansamos y comulgamos y tomamos el tren para Oporto y Braga, llegando a Braga el 26 de noviembre a la hora de comulgar. ¡Qué consuelos nos dio el Señor al encontrarlas ya establecidas en la nueva casa de San Gonzalo, 24!

Todas fervorosas y entusiasmadas bendecían al Señor que tanto bueno me encontraba en aquellas hijas tan amadas que pedían por esta pobre pecadora que quiere ser santa.

Sor Trinidad.

Jueves Santo. Año 1935.
Berja, Santuario de Nuestra Señora de Gádor

¡Quiero obedeceros, mi amado Jesús, al decirme en vuestro Evangelio que obedeciendo a tus ministros y superiores a ti obedezco... y si los desprecio, a ti haría semejante agravio...

Si en vuestro nombre me mandaron escribir aquellas gracias o favores recibidos de vuestro Corazón misericordiosísimo, que desde la eternidad me *amó*, y compadecido de mi gran debilidad me confiaste a vuestra purísima Madre, de una manera más especial al llevarse a mi madre, me encuentro obligada por obediencia a escribir lo que buena-mente me acuerde de las misericordias que el Señor tuvo con mi pobre alma, *tan obligada* a ser toda de mi divino Maestro y Señor.

Vine a este mundo de padres cristianos, y una madre llena de virtudes y muy grande amor de Dios educando a sus hijos en el temor de Dios.

Vine al mundo el 28 de enero de 1879 en Monachil. Fui bautizada el 30 del mismo mes y año y confirmada por el Excmo. Sr. D. José Moreno Mazón, el día de la Ascensión del Señor en mayo de 1885.

Recibí mi primera Comunión en Pascua del Espíritu Santo, domingo, en el 1886.

Perdí a mi santa madre el 10 de julio de 1888.

Entré por primera vez en la casa de Dios, para educarme en las clarisas de Santa Inés de Granada el 28 de enero de 1889.

Salí del colegio, al mundo el 21 de noviembre de 1892 y volví a vivir (en mi oratorio) con mi santa abuelita desde este día hasta mi ingreso 1893 en San Antón, muy recogida con mi Dios y Señor. Teniendo mi cuarto junto al muro de la iglesia parroquial de Monachil, quise, en aquellos 7 meses, vivir con Jesús sacramentado lo más íntimamente

unida para que él se dignara manifestarme el estado de vida que debía abrazar, que fuese conforme con su adorable voluntad.

En santa Inés, de educanda, el 12 de agosto de 1890, en el colegio, tuve una visita amorosísima del Corazón adorable de Jesús y me obligó a hacerle mi voto de castidad que quería conservar intacto, y por eso me encerré en casa de mi abuelita de donde sólo salía acompañada de ella a la Iglesia y a la Vega (con mi tía Prudencia, que murió en olor de santidad).

¡Me vigilaban todos con tantos cuidados!... Y todos cuantos me rodeaban, me ayudaban a ser buena, porque mi natural vivo y ardiente se hubiera extraviado, si la divina Providencia no me hubiese colocado al lado de mi abuela que cuidaba de mí como una florecilla delicada en un invernadero.

Mi padre quería llevarme a casa con mis demás hermanos y madrastra, pero mi abuela, queriendo cumplir la última voluntad de mi madre que antes de morir le dijo: "Madre mía no le encargo mas que mi Merceditas, *cuide V. de ella* para que el mundo no la coja".

Nunca me obligó mi abuela a nada, me quería mucho y no me faltaba nada de nada. Pero yo entonces no quería más que el Señor me manifestara qué quería de mí; y por entonces me olvidé, olvidé del voto que hice a los 11 años y luchaba si el Señor me querría en el mundo o religiosa, pues mi abuela me dejaba en entera libertad. Yo sentía lucha porque mi corazón sentía agrado en las manifestaciones de afecto puramente espiritual de un primo que estudiaba en el seminario de San Cecilio de Granada (de una conducta respetuosa, intachable).

El Sr. Párroco me mandó (en marzo) hacerle los Siete Domingos a san José (que me encargó hiciera el buenísimo Sr. Cura, D. Manuel Carranza).

Quiso el señor san José darme a conocer que me quería el Señor religiosa en la regla más austera, con un aviso tremendo, haciendo estallar en mi mano un pequeño "muset" que tenía mi abuelo en una cajita de papeles, que yo registraba en un estante, y cuando volví del espanto, me vi buena y con perfecta salud y vida para consagrarme a Dios, cuando toda espantada me lloraban muerta.

Desde aquel día no quedó en mí la más pequeña *duda*, ansiaba por verme en mi nido, y supliqué con repetidas instancias me dejaran ir a las capuchinas de San Antón.

Mi abuelita se oponía; todos querían fuese religiosa en la Compañía de María que entonces se fundaba en Santa Fe; pero yo no sentía vocación a la vida activa, y después de muchos ruegos y lágrimas, y no sin muchas dificultades por parte de las capuchinas, me admitieron las monjas por consejo del R. P. Ambrosio de Valencina, Provincial de los Capuchinos, que se hospedaba en el convento por estar predicando en Granada la novena de la Porciúncula, en Nuestra Señora de las Angustias.

La mayor dificultad que encontré era haber más número de monjas que el que ellas tenían 33, y por esto mismo me tuvieron tres años y medio de postulante y uno de novicia.

Entré en mi bendito convento de San Antón con grandísimo entusiasmo y fervor de hacerme santa y *pronto santa*. Era 28, viernes, de julio de 1893, a la 1 del día, y todo me pareció una revelación del cielo. ¡Qué dichosa fue mi alma en medio de aquellas santas y penitentes religiosas, en donde estaba la comunidad en perfectísima observancia. ¡Bendito sea mi Señor Jesucristo que hizo a mi alma tan grandes mercedes!

Sor Trinidad del C. de María.

La Santísima Virgen de los Dolores que se veneraba en la capilla de la escalera grande, me recibió por hija y cuidó de mí con maternal amor, haciéndome *muy grandes y singularísimos favores, de los cuales fue testigo, en algunos de ellos* una venerable y religiosa, que fue camarera de la santa imagen y me quería mucho, M. Francisca de Borja Heredia, ex abadesa, ex maestra, ex vicaria muchos años de la comunidad con ejemplarísimas virtudes. Esta santa religiosa (trabajó o inclinó a la comunidad me eligieran el año 1908) cuando, en rogativa, pedían a la Santísima Virgen les inspirase a quién habían de elegir, pues habiendo enfermado la R. M. Abadesa de una parálisis, creyeron no podía continuar, según el criterio de los médicos.

No encontraban qué hacer, pues el gobierno de tres trienios que había desempeñado la R. M. Amalia del Pilar la hizo acreedora al amor y veneración de la comunidad.

El Sr. Arzobispo amonestó fervorosamente a la comunidad a que eligieran a la que el Señor les inspirase, y a la tercera, que en las dos primeras recaían todos los votos en la misma madre, que querían reelegir para el cuarto trienio. En la tercera votación, quién lo creyera, recayó en la menor de las que formaban la comunidad, aunque de profesión había dos profesas menores sor Presentación y sor Teresa de Jesús.

Sólo aquella Madre amantísima de los Dolores, en donde depositaba de continuo al pie del su altar mis dolores y penas, alentó mi pobre alma, que sintió en aquellos momentos el peso abrumador de una cruz y de una *pasión*, como me prevenía mi Señor y mi Dios, a quien amaba con toda la fuerza de mi alma. ¡Él sea bendito!... Bendito y alabado sea y amado por siempre su Corazón sacratísimo en la santa Eucaristía y en la cruz y su dulcísima Madre y mía al pie de la cruz, su indigna hija y esclava enamoradísima de sus Dolores santísimos y lágrimas.

Sor Trinidad del C. de María, capuchina eucarística y de la Madre de Dios.

Llegó el 16 de julio de 1908 y a las 4 de la tarde se presentó S. E. R. el Sr. Arzobispo a la nueva elección acompañado de su Secretario, canónigo y rector del seminario, D. Ramón Pérez Rodríguez (más tarde Obispo de Badajoz, Patriarca de las Indias o de Sión, y más tarde de Cádiz), que nos conocía mucho desde muy pequeña (le veía en casa de mi abuela, donde se reunían de vacaciones los veranos, el P. Hitos y el compañero fidelísimos).

Como sólo tenía 29 años al salir elegida, creyeron todos debía recurrir a Roma por dispensa (claro que entonces no estaba establecido el Código del Derecho [de la] Iglesia) y al leer el capítulo de la santa Regla sobre la elección vieron que no hacía falta recurrir a ninguna dispensa, pues la santa Regla lo atestigua, me proclamó abadesa canónicamente electa, y desde aquel día se extrañado tanto aquel cambio de pareceres y de juicio, les pareció una gracia de singular protección de Jesús, que

según el parecer del P. Valencina, en su primera visita al convento me dijo: "Hija mía, ya te ha puesto el Señor donde puedes empezar hacer esas capuchinas que Dios te pide, primero hazte santa y gánalas a todas para Dios; no hagas cambios, sigue prudentemente lo que tu anterior hacía, únicamente evita cuanto puedas las relajaciones y lleva con fervor la vida de comunidad con espíritu de caridad y de amor, y Dios te lo dará hecho cuando sea su voluntad santísima".

Las palabras de aquel santo infundían en mi alma una fe y amor de Dios... ¡Conocía tan bien mi alma y cuanto Dios nuestro Señor quería de mí!, que no recuerdo con seguridad si llegó a 20 veces las conferencias espirituales que tuve con él en los 19 años que fue mi padre espiritual, pues el Señor permitió que en los cinco últimos años de su vida dejó a casi todas las religiosas y por escrito alguna vez atendía a nuestras necesidades..., encargándonos, o citando de sus escritos los párrafos que debíamos aplicar.

Ya empezó a prepararme para el sacrificio, y en el último retiro que dio a la comunidad para el Sagrado Corazón de Jesús, me dijo: "Necesitas pedir y orar mucho para que el Señor te depare un santo director que te conozca y ayude a santificarte, y cumplir la voluntad del Señor que *te prepara un camino desconocido...* y opuesto a tus deseos... Pero el día que el Señor te pida el sacrificio de lo que más amas (la clausura), extiende tus brazos sobre la cruz y dile: "Jesús mío, soy tu víctima, inmólmame tú". Y desde ese día muere completamente a ti misa. No planes sobre lo que tú sientes vocación... Entrégate totalmente ciega, llena de fe. *Espera, confía, ama, sufre alegremente.* Él te llevará dentro de su Corazón y te defenderá. Tú, fiel, siempre llena de fe y amor, alimentada con el Pan de los ángeles, fortaleza de los débiles, abrazada al báculo de la cruz santa, que tanto amas, emprende tu camino hacia la patria bendita... Fija siempre en la estrella María, que te iluminará siempre como a los Magos, y ella, al llegar a la patria te cogerá en sus brazos para introducirte en el tálamo nupcial del Esposo, y ella te dará sus galas para cubrir tus miserias, y que aparezcas muy hermosa al Rey celestial que codiciará tu hermosura, y saldrán al encuentro tantas almas... y la de tu pobre padre, que con tanto interés quise ayudarte...

Pide por mí siempre, ya no nos volveremos a ver más en la tierra. Pide que nos alegremos en el cielo el habernos ayudado en la tierra”.

Cuando salí de allí, tan encendida me dejó en amor a la cruz y a morir a todo y a mí misma, que tan fuertemente deseaba ese día dichosísimo que él me anunciaba, que temía encontrarme con ninguna religiosa que me conociera el fuego que abrasaba mis entrañas de deseos de ver a Dios cara a cara. Entré en el coro y caí sobre la reja del coro sin poderme contener, pedía al Señor acabara mi destierro, porque no podía vivir si no apagaba el ardiente deseo de unirme a él para siempre, exclamaba con un ímpetu de amor que dejó mi cuerpo inerte, no podía moverme, no veía ni sabía dónde estaba y le pedía me dejase ya subir dentro de su Corazón divino y me perdiese en ese océano inmenso de amor, como se confunde y pierde en el mar una chinita o una gota de agua... Sentía que al apartarme otra vez del Señor quedaba como el ciervo alejado de su madre, perseguido por cazadores que corren sin descanso por buscarle. Una hora sin Jesús me parecía una eternidad. Después que el Señor me daba esos toques, quedaba por muchos días tan tonta para tratar con las criaturas, que tenía que irme a la enfermería, porque me daba fiebre, y hubiese muerto si el Señor no se escondía, porque el dolor no me dejaba tan enferma como el amor.

¡Pobre alma mía, y cómo el Señor sin fijarse en mis gravísimos pecados, venía con *más amor* cuando estaba más negra y manchada de ingraticudes! ¡Me creía que el amor de las criaturas me serviría para acercarle almas, y me alegraba de ser tan amada de todas y atrayente, como me decían, porque así le acercaría todos los corazones, haciéndome dueña de ellos, y me gozaba del amor de cuantos me conocían y si me alababa! ¡Gracias Señor que me das gracia para llevarte muchos corazones!

¡Cuántos engaños del demonio, Dios mío, y qué tonta y ciega estaba para no ver con los muchísimos peligros que el demonio me presentaba... y qué milagrosamente me salvó vuestra misericordia infinita! ¡Dios mío, gracias! ¡Bendito seas mi Señor y mi Dios, bendito seas Jesús mío, que tuviste tanto amor y compasión de esta enferma miserable, que formada por vos para amaros eternamente, tal vez ciega dañaba a las

almas, en vez de hacerlas tuyas!

Y cuánto sufría al verme metida en pantanos sin salidas, y mi ignorancia me hizo ignorante. ¡Oh Jesús, si tu misericordia y amor a las almas no hubiese rayado en locura, ésta pobre esclava y sierva vuestra, merecía ser arrojada a los infiernos, por atrevida y orgullosa e ignorante, desafiaba al mismo demonio! ¡Que era una mariposa incauta que pude morir en las llamas del infierno, y vos, Jesús mío misericordiosísimo y lleno de bondad, os dejasteis las 99 por venir a recoger la ovejita herida en la boca del lobo!... ¡Bendita y glorificada sea vuestra misericordia y amor con los pobres pecadores!... Y a mí me tocó la dicha de ser privilegiada con vuestra amorosa predilección. ¡Mi Jesús!, vos Señor que me criasteis, os compadecisteis del barro que fui formada... y con vuestra sangre divina lavasteis mis manchas y me recibisteis de nuevo con más amor y ternura que a una reina ataviada... ¡Gracias, Jesús mío! ¡Gracias infinitas os sean dadas, que oíste los ruegos de mi Madre Santísima, vuestra Madre y me perdonasteis, colmándome de bienes y perdón y amor, soy vuestra, recibeme,

Sor Trinidad del C. de María

Aquel trienio pasó apaciblemente. Aquella comunidad, observantísima y fervorosa, vio aquella pobre Abadesa como bajada del cielo; el respeto y cariño que las dos maestras (que tuve en los 4 años y medio que tuve de novicia) tenía la comunidad como dos santas, me prestaron su espíritu y veían a ellas en mi pobre persona; era una niña sin experiencia ni virtud ninguna..., una cantidad de buena voluntad porque el Señor me dio una gran vocación de capuchina víctima.

Las monjas me hicieron tan suave y dulce aquel trienio que casi me da miedo pensarlo; me querían todas tanto, que me parecía exagerado el amor y concepto que tenían de mí.

¡Ah, Señor mío, y qué responsabilidad la mía tan grande!... No encontré dificultades en nada, a pesar que emprendí grandes obras en el convento, confiada sólo en la providencia. La casa estaba viejísima, incómoda, fría, húmeda y antihigiénica; y, como el P. Ambrosio me encargó no hiciese nada sino seguir a la anterior, entendí ser la voluntad

de Dios restaurar lo material de la casa mientras preparaba lo espiritual; y en efecto se renovó la casa. Una parte del convento se hizo terraza y después de renovar las oficinas y coro de porlans [sic], porque los pisos y pavimento todo era molido, terrizo, y los sótanos se sanearon; el huerto y patio se reformó completamente. Se gastó 60.000 pts. que todos los amigos contribuyeron en esta obra.

Todas sufrían pensando el gasto; ocasionaría gastos que en muchos años no se podría pagar, y el Señor quiso se pagara todo; con tanto amor el Señor salió a mi paso... Como en todo me salvó. ¡Bendito sea mi Señor..., que su providencia divina respondió superabundantemente!, ¡bendito sea! Mis grandes penas entonces es, cómo el Señor cubría con tanta misericordia mis grandísimas miserias, y aunque no me faltó siempre una o dos que me labraran la corona, la comunidad me obedecía, miraba como santa y yo temía tanto que era lo que más me hacía sufrir.

Sor Trinidad

Jueves Santo, 25 de marzo de 1937

A mi M. Inés del Menino Jesús en su destierro de Almería durante la revolución del año 1936 y a todas mis amadísimas hermanas.

Muy amada en Jesús Hostia, mi buenísima M. Vicaria y todas mis hijas carísimas de la comunidad de Berja (desterradas en Almería) sufriendo los horrores de la Revolución. ¡El Señor sea bendito por siempre! ¡Amén!

Con vosotras más unida que nunca, amándoos entrañablemente en el Señor con toda mi alma estoy desde el momento que el Señor me dio a conocer un día en la oración que me quería pedir lo que más amaba, es decir, la comunidad que por ser actualmente abadesa me pertenecía y miraba *tan mía* como el pastor su rebaño. Nada he de deciros de cuánto vengo sufriendo, queriendo recogerlas todas en este, así lo que busqué con tanto cariño para refugiarlas el día de la tempestad... El Señor me hacía ver claramente que me las sacrificaría. “¿Quieres ser mi víctima? Tantos años te vienes ofreciendo a morir conmigo en la cruz... (no como tú quieres ni piensas). *Te sacrificaré lo que más amas* (más que a ti misma) *tu rebaño de Berja*. (Si mueres tú, gozas, ya no es el sacrificio cruento que te pido de aquel monasterio de mi Madre Santísima que yo amo con predilección, necesitando víctimas que contengan la divina justicia de mi Padre, escojo lo que más amas y en ello acepto tu ofrecimiento de darme víctimas, en tus hijas las Capuchinas Eucarísticas escojo las que más amo y por lo tanto te sacrifico a ti... Y aún no tendrán la gloria del martirio... ¡Quiero tu sacrificio!

¡Oh Señor y Dios mío! Tuya soy tomar lo que más queráis, y ¡fortalecer mi fe! Os doy cuanto y como sea vuestra voluntad, pero si vos no me dais fuerza y valor moriré con ellas sin el consuelo de verlas

y ayudarles. *¡Cuida tú de tu obra! ¡Tuya es, Señor y Dios mío de mi corazón!*

Me retiré del coro sin fuerzas, salía más muerta que viva; desde entonces no encontré momento de humano consuelo..., sentía y siento en mi alma de continuo ese pedirme la promesa hecha como el padre que pide cuentas al hijo que derrocha y tira su hacienda.

¡Oh Dios mío, mi soberano y amabilísimo Dueño!... Cómo se estremece mi ser a tu voz. ¡Fiat! ¡Cúmplase como te agrade!

Septiembre, 14 de 1936

R. M. Inés, Superiora (Vicaria) de nuestro monasterio de Berja y las amadas hijas, que en manos de sus enemigos padecen los tormentos de la persecución. ¡La Paz de nuestro Señor Jesucristo sea con vosotras en el destierro.

¡Confiar en el Señor!... Hoy llega una carta vuestra desde Almería, en donde en tan breves palabras veo el calvario sufrido para llevaros ahí como ovejicas al matadero!... ¡Sea como el Señor tenga decretado en sus altos designios!... Y que vuestras almas y corazones unidos y fieles al Señor, no se separen nunca de su fe y amor. Amén.

24 de septiembre de 1936

VI aniversario de la fundación de nuestro monasterio de Nuestra Señora de Gádor

Capuchinas Eucarísticas. Berja (Almería).

¡Virgen Santísima, madre mía dulcísima, que nos habéis conservado seis años bajo tu manto amorosísimo, siendo vuestras hijas amantísimas que cuidaban de ti, madre mía, y de tu Hijo sacramentado como el único ideal y amor de nuestras almas...

¡Madre mía, cómo te dejaste destrozar por tus ingratos hijos des-

pués de tantos siglos en esas montañas sola... y ahora que rodeada de almas que te idolatran te dejás avasallar por la ola de infierno que ciegos no saben lo que hacen!... ¡Madre mía, temo el castigo que les espera, y me estremece ver deshecho el nido de tus palomas eucarísticas, y el gavilán infernal persiguiendo su fe y castidad...

¡Eres su madre y Madre de Dios!... Cúbrelas con tu manto de misericordia y no permitas que ninguna de ellas caiga... en la tempestad... ¡Escóndelas en los pliegues de tu amoroso manto!... Libralas, madre mía, y no las desampares que vuelvan a tu sombra bendita sanas y salvas. ¡Sálvanos a todas tus hijas que te adoran! Madre mía Santísima, por tus dolores santísimos, salva a tu España querida y a tus hijos, especialmente a tu indigna esclava. Madre mía, tu,

Sor Trinidad

4 de octubre de 1936

Día del seráfico padre san Francisco

R. M. Inés, Vicaria de mis capuchinas de Berja, salud y paz en el Señor os desea y pide de todo corazón vuestra indigna abadesa y madre, que por seguir la obediencia (a mi santo director) vine a buscaros un asilo, como refugio, en el día que os he venido anunciando desde marzo último, que el Señor me dio a conocer los grandísimos males que pesan sobre nuestra Patria querida. ¡No me hacen caso!... ¡Cuánto os habéis de acordar de vuestra pobre madre cuando os veáis pasar por los peligros que ya os previene de parte de Dios!... Y, ¡gracias que el Señor me salvó estas cinco que llegaron en el momento crítico..., que si se detienen no llegan!

¡Hijas mías, sufrirlo todo por amor de Dios!... No os intranquilece el no haberme obedecido, pues creo habéis obedecido a los padres y preladados que creían más prudente guardaseis la casa de la Santísima Virgen de Gádor... Yo creo y espero en el Señor que esa fidelidad en perseverar, a pesar de los peligros, por obediencia a los que ahí os gobiernan en nombre de Dios, os preservará de caer en manos de nuestros enemigos y

nuestra Santísima Madre cumplirá su promesa: "Que cuando los enemigos de su Hijo santísimo vengan a vosotras a cebar su odio, ella desde el cielo os ocultará a sus ojos, y su protección sobre vosotras, como nube misteriosa, os ocultará y pasaréis por medio de los enemigos sin mancharos... y cuando su odio venga a vengar, en vosotras verse burlado; su providencia os sacará ilesas del horno de Babilonia..." ¡Yo espero contra toda esperanza! en mi Dios y mi Señor, que por su Madre Santísima a quien escogimos y nombramos Prelada Superiora y Madre de sus Capuchinas Eucarísticas os salvará de las manos del demonio.

¡Hijas mías! Hubo para mi corazón días de angustia y de muerte... Yo sentí muchos días agonías que no resistiría sin una gracia especial del Señor. El día 28 del pasado, el demonio me hizo creer habíais sido profanadas y muertas y desaparecido el monasterio y santuario con todo cuanto bienhechores nos ayudaron incluso el padrecico. No me faltó nada para morir en aquel momento de dolor, donde me pareció presentir con vosotras los mayores *crímenes y pecados*... En aquellos momentos, fijando mi vista en nuestra dulcísima Madre cuando en Chanchina me concedió veros a todas entrar bajo su manto bendito por aquel Pastor divino que las llevó en medio de aquella *horrible tempestad*, y sin duda fortalecida por ella, recobrando fuerzas que las creí perdidas, le dije al Señor...: ¡Dios mío y Señor mío!, ¡fiat!, ¡haced de ellas y de mí como queráis, yo creo y sé que si queréis vos, del mismo infierno las podéis salvar!... ¡Haced Señor de ellas y de mí como queréis! Acepto cuanto queráis enviarme por daros gusto y porque seáis amado y glorificado de todas las almas...

Vino a mi alma una luz y una paz tan grande como si a todas os viese dentro del Corazón eucarístico de Jesús y sentí que desde aquel momento repetía sin cesar; ¡Sagrado Corazón de Jesús a vuestro Corazón eucarístico las confío!... ¡Corazón misericordiosísimo *todo lo confío a vos!* Salí repitiendo de día y durante las noches *lo repetía cada vez con más fe* y confianza en Dios nuestro Señor y en su Santísima Madre, nuestra Madre adorada al pie de la cruz y en el sagrario.

Hoy día de nuestro padre san Francisco he sentido el mayor consuelo; las noticias de España han sido hoy horribles; no sentí ya esas ago-

nías ni penas tan amarguísimas de otras veces, a pesar que nos han contado los padres españoles que están martirizando, frailes y monjas, ¡que es un horror! Pero siento paz, sé que estáis cubiertas por el manto de nuestra Madre Santísima, y Jesús hará de vosotras lo que quiera, y él os ama más que yo... ¡Él sea bendito! Voy a comulgar.

¡Qué bueno es el Señor cuando nos dejamos totalmente a su divino querer, entregadas... ¡Oh Jesús dulcísimo, *gracias, Jesús mío, gracias!*... La noche en prueba.

Pero hijas mías, mientras estabais en vuestro destierro o cautiverio en poder de los rojos, el Señor me obliga a pegarme del todo a Jesús, y nunca estuve con él tan unida como me siento desde que abracé su voluntad, ¡a beber su cáliz!, *¡como él quiera!* ¡Él quiere obras y no palabras, quisimos adorarlo y ser sus víctimas con él en la Eucaristía... y ahora quiere probar nuestra fe!... ¡Bendito sea! Hoy acaba de celebrar la santa misa un padre negrito franciscano, que vuelve sacerdote a la China, su país, y nos pidió las oraciones. ¡Con qué fervor celebró la santa misa de inauguración de esta capillita en Porto, Rua do Rosario, 31, que la Sra. Vizcondesa de Pisqueira nos da para que vivamos en ella mientras dure la guerra en España. ¡Es pequeñita pero qué bondad la del Señor, cuando nos quita nuestra casa de Berja nos da el Señor una casita en esta nación vecina que con tanto amor y misericordia nos acogió y estas delicadezas del corazón de Jesús para con nosotras me confunden y obligan tanto...

Bueno, bajé muy temprano a la capilla, que dejamos arreglada a las 12 de la noche; pero yo, temiendo nos durmiésemos, cansadísimas todo el día para arreglar la capillita no dormía, tenía sobre mí un peso de preocupaciones..., ¡que sólo Jesús sostenía mi corazón agotado de trabajos... Pero a veces estos trabajos parece yesca que prende en mi corazón carcomido de miserias... y arde como tea. ¡Oh qué amor el de Jesús con esta pobre pecadora!, que su amor la quema y purifica... Pues bien, eran las 4,30 y esperaba diesen las cinco para llamarlas, a las monjas, a todas, y me pareció que encendían las luces del pasillo y entraba el padre a decir misa. Pero esperaba se metiese en la sacristía para pasar, y al arrodillarme delante del altar se vuelve y me bendice tres veces: la

primera bendición sentí algo especial, en la segunda ya estaba iluminado...; en la tercera me bendijo como a Fray León...

¡Oh Padre mío san Francisco de mi alma, que me olvidé entonces que vivía en este mundo!... Salía de sus pies, manos y costado cinco rayos de luz que me dejaban como ciega, y bendiciéndonos decía la Bendición que nos dejó escrita, añadiendo: "Y a vosotras, mis hijas más amadas, que siguiendo mis pisadas os abrazáis gustosísimas con la amada pobreza que os legué como el más rico patrimonio que recibí del costado amorosísimo de mi Señor y mi Dios, os bendigo plenamente y os ofrezco desde hoy mi predilección, mi amor y la protección amorosísima de Jesucristo camino verdad y vida en el Augustísimo Sacramento, y quiero que fortalecida con la fe y amor en la santa Eucaristía, sigas trabajando sin vacilaciones ni temores ni dudas en la obra que te confió el Señor por medio de sus prelados. El demonio te perseguirá y hará horrible guerra. No temas aunque te veas despreciada y sola, el Señor está contigo, la obra es *suya* y tiene ya en ella decretado sus amorosísimos designios, de gloria, reparación y amor, en este nuevo mundo que ahora comienza. Después de un bautismo de sangre, las almas víctimas que unidas a la Eucaristía en espíritu de adoración, expiación y penitencia, alcanzaran gracias abundantísimas de fe y amor que redimió al mundo, con el fuego de la caridad fraterna, sostenido por la penitencia pobreza y humildad que nos enseñó el divino Maestro, tenéis que salvar al mundo agonizante. El Señor te escogió, lo más pobre y miserable, lo más despreciable a los ojos del mundo, para manifestar a la santa Iglesia su voluntad. Quiere víctimas puras y agradables que desprendidas de los bienes de la tierra, de las comodidades y orgullo, se sacrifiquen día y noche en su pobreza voluntaria, en perfecta castidad, en ciega obediencia. Contrarrestar a las ciegas pasiones que han entorpecido a la mujer, que revelándose y queriendo ser superior al hombre ha corrompido los caminos de aquella Virgen Corredentora del linaje humano, que llena de sabiduría divina pronunció el cántico que ningún hombre supo cantar... "Porque vio la humildad de su sierva me llamarán bienaventurada todas las generaciones". Copiar e imitar la vida y virtudes de la Santísima Virgen, y mereceréis volver al mundo la paz, el amor, la

caridad de hermanos. Formar vosotras esa única y verdadera familia que comenzó en el Cenáculo. No os apropiéis nada, vivir como nos enseña el divino Maestro. Y bajo el amparo y mirada de la Virgen Santísima me encontraréis siempre bendiciéndoos y bendiciendo a cuantos os ayuden y favorezcan. Vosotras seréis el honor y la gloria de mi Orden, si fieles cumplís la voluntad del Señor, manifestada a ti con tan gran dignación y amor de Jesús sacramentado a tu pobre alma, cuando menos lo merecías. ¡El Señor cuidó de ti y te sacó de la muerte!, para que le dices víctimas de amor que le adorasen en la santa Eucaristía, y por ese camino te lleva y quiere vivas muerta para las cosas de la tierra, y solo en él encuentres tu vida y bienaventuranza eterna en el cielo".

Cuando yo me di cuenta que no estaba ya en el coro, se conoce saldría enajenada y sin duda al tocar al refectorio alguna me avisó, y al tomar el café me di cuenta de lo que por mí pasó durante unas horas.

Muchos días duró en mi alma gozo espiritual tan profundo, que tenía que esforzarme mucho para ocuparme de lo demás.

Y embebida en Dios con un sentimiento de gratitud profundísimo no sabía cómo agradecer al Señor aquella visita tan inesperada que dio a mi alma una luz clarísima en aquella prueba, y encendió en mi corazón el fuego de su amor con una confianza ilimitada en el amparo y protección que sobre nosotras tenía el Corazón eucarístico de Jesús por medio del seráfico padre san Francisco.

Vamos siguiendo la senda de la santa pobreza que en su Regla nos recomienda sobre todas las cosas la madre santa Clara dada por el padre san Francisco, teniendo el corazón desprendido de los bienes de este mundo, vamos al cielo sin apego a imitación del Niño Jesús y su Madre Santísima y san José, que no encontró para nacer ni una humilde cama y murió desnudo en la cruz. Esta es, hijas de mi alma, lo que el divino Jesús Sacramentado nos pide, la fiel imitación de su vidas y virtudes, y de su bendita Madre, que en su Regla y Testamento nos dejó la seráfica madre santa Clara.

Y teniendo esta obra por Superiora y Madre amantísima, María Madre de Jesús y teniendo obligación de imitarla en toda su vida oculta y humilde, como la violeta, en su casa de Nazaret, sacrificada y amante

en Belén, sin posada para su divino Hijo, sin más brasas para calentarle que el amor de su Corazón y de san José, en su huida a Egipto tan prudente y sufrida llevaba en sus brazos sin alivio al divino Infante. En el Calvario, siguiendo a su santísimo Hijo hasta dejarlo en el sepulcro. Allí recibió el encargo de Jesús de ser nuestra Madre, y nosotras le acompañamos al Cenáculo donde Jesús quiere imitemos su vida de reparación y de amor en la santa Eucaristía,

S. T.

Año 1936

Primer Viernes de Cuaresma junto a Jesús en el Calvario.
Delante del Santísimo Sacramento.

Madre mía dulcísima al pie de la cruz, aquí tienes a tu pobre hija traspasada de dolor al ver las primeras hijas separarse por miserias humana. ¡Madre mía, mi dolor es que no veo la gloria de Jesús en ello!... Me atormenta ver el primer triunfo del demonio en vuestra obra y de tu Hijo santísimo

Si en este separarse viese la mano de Jesús... Si como otras veces y en grandes *pruebas*, hubiese oído su voz dulcísima que me decía: "Soy yo, no temas, estoy contigo".

Pero aquí en estas amarguras que embargan mi alma no oigo su voz; quiero resignarme y vivir en paz y siento dentro de mí un reproche que me dice: "¡Las dejaste muy solas, no las visitaste y el enemigo tomó el campo...!"

Madre mía, son tus hijas, vos sois nuestra Madre y Superiora. Os elegimos desde el primer [momento] por modelo, por Madre Superiora capuchina y el todo de esta pequeña obra que nació en la coronación de tu sagrada imagen de las Angustias el año 1912, séptimo centenario de la madre santa Clara.

Dicen que yo busco algo que ellas no quieren, que en Roma no me aprobarán el *plan que recibí de vuestro adorable Hijo, mi Señor Jesucristo víctima de amor*; que *grabó en mi alma como ley que nada ni nadie ha podido cambiar*.

Aquel 6 de febrero del año 1915 vuestro maternal Corazón, que fue testigo, me hizo ver durante las vísperas (el primer salmo) que el Señor me libró de la muerte para que *sin cobardias ni miedos* le diese almas consagradas que unidas todas bajo una sola familia gobernada por una

madre General y su Consejo, con noviciado común, y hermanas externas, que pudieran trabajar en algún apostolado externo, uniesen la vida activa a la contemplativa en la forma que la santa Iglesia, como regida del Espíritu Santo, sabiduría infinita, y gobernada por su representante en la tierra te dirigirá. “Tú pides cuanto te tengo manifestado en tantas ocasiones, especialmente el 20 de mayo del año 1913, y el 1 de septiembre del año 1915, que descontento de tus cobardías y respetos humanos, movido a misericordia te mostró en aquella terrible enfermedad cuánto desagradaba a mi corazón, que dejándome a mí, tu Dios y Señor te guiaras por la prudencia humana, que ve la tierra sin mirar al cielo”.

Y me mostró el castigo misericordiosamente. Cuando el confesor me administraba la santa Unción, vi el infierno y los grandes castigos que me esperaban si seguía aquella vida de tibieza, desentendiéndome de la voz interior que constantemente me atormentaba y me angustiaba sin cesar: “*Dame* almas consagradas y penitentes que me adoren en el Santísimo Sacramento en espíritu y en verdad como te tengo mostrado”... Y ¿cómo yo, pobre y miserable monja de clausura, podré ser atendida? El amor entrañable [de la] comunidad me hacía encontrar pretextos para decir: ¡Señor no puedo más! Si tú quieres busca esas almas en congregaciones ya establecidas que me dicen muchos.

Y vos, mi divino Jesús, me esperasteis tantos años, tocándome de mil maneras. El consejo del confesor y director que me aseguraba *era Dios*; y yo dura y cobarde buscaba padres a quienes consultar, y no encontré ni uno que me dijese que no. El R. P. Corda, Superior de los Jesuitas, me dijo era el Espíritu Santo el que me hablaba. D. Ramón Pérez Rodríguez, Provisor y Rector del Seminario, a quien consulté muchas veces manifestándole mis temores y cobardías, me dijo siempre: Creo que todo cuanto te pasa y sientes es de Dios, ora mucho, ponlo en obra y si te lo aprueban es de Dios, y si no, descansa en los superiores, a ellos oye, y si ellos te aprueban, cuenta conmigo, yo te ayudaré lo que pueda.

D. Juan Cuenca, que me dirigía y confesaba, me hizo muchas pruebas, y me mandó empezar.

Y desde que el Sr. Card. Casanova vino a Granada, y me dijo, a

empezar, yo estaré con V., pues entiendo es obra de Dios, no vaciló mi fe y mi confianza en Dios y en la Santísima Virgen, mi dulcísima María al pie de la cruz, bendita seas, ¡Madre mía!...

Muchas veces me mandaron pedir Congregación en vista de las grandes dificultades y luchas... Empezaba mis oraciones y rogativas (novenas al Espíritu Santo y al Sagrado Corazón, al Santísimo Sacramento, a la Santísima Virgen y Sagrada Familia).

Y terminadas, el Señor me hacía sentir siempre *lo mismo*: “Quiero almas contemplativas y penitentes que me adoren en el Santísimo Sacramento”.

Y hemos pasado 15 años pidiendo como Orden las gracias que me parecía me pedía el Señor, y la Sagrada Congregación calla... y los monseñores que la componen aconsejándonos una nueva familia Clarisas Eucarísticas como Instituto... Y Jesús divino y su Madre Santísima me hacen sentir reciba con humilde sumisión lo que la santa Iglesia nos dé *con todos los privilegios de Orden*, oficio divino, clausura, menos para los traslados justificados por la Superiora General y Consejo, con torno y rejas como se observa en la primera Regla de santa Clara, nuestra madre, con algunos cambios que en las nuevas Constituciones y Estatutos están expresados.

Madre mía de los Dolores al pie de la cruz, vengo a ofreceros de nuevo la separación que aquellas hijas tan amadas piden. Tu casa donde piadosamente creímos, curaste a la anciana Rosario, y en donde empezamos con el mayor fervor cuanto vos, madre mía, me disteis durante 33 años a sentir en las horas que durante la noche pasaba a vuestros pies postrada hasta que vos me consolabais bañando mi corazón enfermo con vuestras purísimas lágrimas, que sentía caer en mi alma como precioso rocío celestial y divino, que embargaba mi alma en celestiales dulzuras. Ven, madre mía, en mi ayuda y ayúdame a ofrecer a vuestro Hijo mi dolor de ver morir para mí la primogénita de las hijas, ¡Chauchina! ¡*Bendicelas, Madre mía!*

¡NUESTRA CONFIANZA EN SÓLO DIOS!

“El que tiene fe, todo le es posible”

“Omnia possibilia sunt credenti” (Mc 9,22)

Vispera del Patrocinio de San José. 29 de abril de 1936

Si nosotras en vez de confiar en el Señor, confiamos en nuestras propias fuerzas, él permite sigamos en pobreza y toda clase de miserias para convencernos de nuestra impotencia.

¡Si contamos con el Señor, que con su ayuda y gracia todo lo podremos, el éxito es seguro, porque confiamos en aquel que está lleno de gracia y de verdad y que nos dará cuanto le pidamos, siempre que nuestra petición se funde en una verdadera confianza en él, buscando su santa gracia y beneplácito. ¡De cuánta paz y gozo disfrutaban las almas que solo confían en Dios!...

El patriarca san José es un buen maestro espiritual de las almas y no desampara a los que de un modo especial le confían su dirección.

Una pobre religiosa se veía mucho tiempo en un abismo sin fondo, creía vivía sin Dios a pesar de sentirse como atada al sagrario, hacia el cual sentía una abstracción irresistible y siempre que podía pasaba el tiempo junto a él, cuando nadie la veía, y *lloraba sin consuelo amarguissimamente* hasta el punto de sentir agotadas las fuerzas físicas; se veía sin Dios a quien tanto *o más* amaba..., ¡sin hijas!..., unas amenazadas por los rojos a morir, otras sin recursos ni medios de vida... Todo para acabar rendida y como resuelta a terminar con todo, se abrazó a Jesús y sobre el banco del coro llorando decía: ¡*Señor que no puedo más...* si tú no me miras... yo siento morir!... ¡Aliéntame, Jesús mío!, para poderte ofrecer aquellas hijas que más amo... y que sufren el cauti-

verio y la muerte... Este pensamiento me hacía desfallecer llorando sin consuelo y sin esperanza... La situación de las cinco comunidades tan necesitadas y pobres me partía el corazón... Quería confiar el cuidado y gobierno a cada superiora y yo prepararme para morir...

Era el día 29 de abril, vispera del Patrocinio de San José, quien tan poco me oía, a mi parecer. ¡Vivía tan sola!...

Estaba de rodillas como si me preparase para morir formando el testamento de las pequeñas Capuchinas Eucarísticas. ¡No sé qué me pasó, ni qué fue de mí!... Sentía que una voz me repetía muchas veces, primero tan calladito como si alguien me hablase al oído: “¿Y eres tú la que quería formarme de las Capuchinas Eucarísticas una legión de víctimas que se inmolasen conmigo a mi Eterno Padre en el altar, con el sacerdote, y que vuestra vida de adoración y penitencia sea el holocausto que ofrezcáis con la Hostia santa?... ¿Tú mi víctima? Y, ¿te bajas de la cruz y me dejas? Y, ¿tantos años hace que me pides ser mi víctima y morir conmigo en la cruz desamparada y sin consuelo?... ¿Eres tú aquella que en el noviciado y al hacer tus votos, te empeñabas en bajarme de la cruz para tú subir y morir en ella por mí? ¿Eres tu la que en tantas ocasiones te ofreciste a mí a morir por mi gloria llena de oprobios, calumnias, hasta morir deshonorada por darme gloria, y en las almas adoradoras y penitentes que querías rodear mi sagrario para consolarme?... Y ahora que mi Corazón angustiado y odiado de los hombres busca en tu corazón el amor y la promesa... y que estando para morir te prorrogué la vida para que me *unieras* las almas en la vida de adoración según te tengo *mostrado*, ¿te retiras, te sueltas de mis brazos y me dejas el rebaño en otras manos... sin preocuparte de que se dispersan las ovejitas de mi manada eucarística? ¿Cómo quieres merecer la corona de la victoria... si no trabajas ni luchas como mis santos?... No me seas cobarde, sé pues valiente, ¡estoy contigo más unido a ti que nunca!... ¡Valiente y firme te quiero ver pelear y luchar hasta morir!... Entra sin miedo a la batalla, vuelve llena de *fe en mí*, a Granada y si el Prelado te concede ir a Chauchina, entra llena de valor como yo entré en el Huerto... y bebe conmigo el cáliz que me dio mi Padre. ¡Entra sin miedo en la batalla!... Sufre con paciencia las heridas mortales que has de recibir. Yo extende-

ré mi mano para ayudarte; cuando te veas más sola, yo estaré entonces en medio de tu corazón, ¡no temas!, estoy a tu lado en la lucha, y aunque a veces te parezca perdida la victoria y que se glorían de tus ruinas, ¡no temas!, yo lo permito, con mayor amor, para que ganes más y yo sea más glorificado, haciendo que sobre esas ruinas se levanten mis tronos de adoración con mayor esplendor y mayor gloria, aunque tú no lo veas cumplido y terminado como deseas, en el cielo gozarás más, que si lo vieses aquí terminado. Cuando todos te tengan por muerta, entonces yo te daré a mí mismo por recompensa”.

¡Oh Dios mío!... ¡No sabía la pobrecita alma de dónde venía!... Atontada y fuera de sí no sabía qué hacer!... Deseaba una luz y un consejo y parecía que el Señor me mostraba su ministro: “*al Prelado*” y me decía como a san Pablo, ve a Ananías y haz lo que él te diga. Llena de paz y gratitud besé sus llagas y quise encerrarme en ellas para siempre.

S. Trinidad.

“Haced de mí Señor lo que quisieréis, porque sé que me amáis” (S. Agustín)

Octubre, 4 de 1936

¡Así siente en estos momentos mi pobre alma al tener que dejaros, hijas de mi alma, para volver a Granada, en donde veo mi cruz!... ¡Chauchina!, cada día más ingrata a su alto fin para lo que fue fundada.

Ellas, con el mejor deseo y buena voluntad, obran así, porque el Señor parece ha puesto un velo delante de sus ojos y no ven... o no quieren ver lo que las equivocan, los buenos amigos, que ignoran el fin de la obra que con consejo y voluntad expresa de nuestro inolvidable Prelado se edificó aquel convento, que todas oyeron repetidas veces la advertencia que les hacía: “*No vamos a hacer un convento más*”, que hay muchos; el Señor nos pide una cosa nueva, que la que no quiera abrazar se quede aquí en San Antón. Y todas por unanimidad y entusiasmo me prometieron con estas palabras: “*Todas vamos con V. R. a donde vaya; todas vamos con gusto y fiadas que nos unirá más a Dios y llegaremos con fe y entusiasmo hasta donde Dios quiera*”.

Y en efecto, el Señor nos concedió esta fe y unión que deseaba. ¡Durante los seis años que todas reunidas en aquella casita, edificada para ser la Casa Madre con toda la fe y entusiasmos de nuestras almas junto a Jesús Sacramentado y bajo el amparo de la Santísima Virgen de los Dolores, se pasaron seis años en el Tabor o mejor dicho *en el Cenáculo*. No había más que un solo corazón y una sola alma; bajo la protección de la Santísima Virgen de los Dolores, nuestra dulcísima madre, crecían en virtud y santidad hasta que nos arrancó de allí el Prelado para la fundación de Berja. Aquella casita se resintió; vino el huracán de la calumnia y la desunión, y se separó... Mi alma sufrió una de las más terribles pruebas. Me acerqué al divino Jesús y con él bebí el cáliz que me ofrecía. ¡*Fiat!*

S. T.

A SOLAS CON MI JESÚS EN MI RETIRO DEL
PRIMER VIERNES DE OCTUBRE

¡Mi Dios y Señor Jesucristo, Redentor de las almas!... ¡Hubo un día feliz en mi vida que como diestro cazador cazaste mi corazón antes que ningún otro amor de la tierra turbase su inocencia y su paz!...

¡Al sentir el dulce golpe de tu dardo divino, volví a ti loca de amor!... Y te vi adornado con sangre y heridas, estabas sujeto al madero de una cruz, exánime y muerto... y como si te creyera dormido, te llamaba con quejas amarguísimas del alma y con besos de amor quería despertar tu sueño, diciéndote: ¿Cómo haces esta crueldad conmigo? Me hieres y te quitas la vida para que buscándote ardiente, te encontrase muerto.

¡Oh mi Jesús! Volví a ti a darte lo que me pedías y te encontré colgado de la cruz. ¿Cómo permites llamar un avecilla sin alas y la sueltas?... Vengo a tu cruz a posar mis pies y veo tus llagas... Entro en ellas y formo el nido... ¡Oh nido preparado por los dos desde entonces... que me hiciste tuya para siempre, para siempre! Y tú solo sabes lo que hiciste conmigo. ¡Soy tuya!...

Entonces sentía mi alma derretirse de amores en tu cruz. Jesús mío, me hiciste comprender con una luz clarísima que en ella había de encontraros, amor de mi alma... Y el espíritu de mi santa Regla y los gemidos del "Amor no es amado" del seráfico padre san Francisco, repercutía en mis entrañas como si tu amor fuese la respiración de mis pulmones, la sangre de nuestras venas, la vida de mi vida. ¡Te amé hasta morir, si en aquellos momentos no me volvieses a la vida!, y muriendo sin morir junto a tu cruz preciosísima... Me enseñaste que sin abrazarse con alegría verdadera a tu cruz no gustaría las delicias inefables que das a los que llegan a morar en ella...

¡Oh Señor y Dios mío, muerto de amores!... Sólo así dejaste entrar en tus llagas esta miserable avecilla que embriagada en el zumo dulcísimo de la vid fecunda de esa cruz, cuyo racimo cogí y guardé en mi pecho para el día de la prueba... fuese el aliento y bebida de mi pobre alma para alimentar tus pollicos que morían!...

¿Qué hacías muerto, divino Jesús, con esta pobre enamorada cuando me acercaba a tu santo cadáver y se abrían tus llagas para que entrase a guardar tus polluelos? ¡Entonces enseñaste a mi alma que querías *almas víctimas* que guardaran tu sepulcro (la santa Eucaristía), que junto a él cantásemos cánticos dulcísimos de reparación y expiación, adorándoos día y noche en ese sagrario, oculto y odiado de los hombres, tus redimidos!... Tú, mi Jesús, pides a quien no sabe ni puede darte mas que su nada y miseria: has levantado un puñado de barro para que, endurecido por las lluvias de la tempestad y ardores del estío y rigores de los hielos, se convirtiera en una durísima piedra sobre la cual tú, vida mía, colocases tu cruz sobre la cual tus víctimas viniesen a colgar sus nidos junto al santo sepulcro de la Eucaristía... y todas las avecillas, con sus distintos trinos alegraran tu soledad, te consolasen de la ingratitud de tantas almas tan amadas de tu Corazón... consagradas a ti. ¡Oh! Venid, pastores de tus rebaños...

Oh mi divino Amor sacramentado, sólo muriendo de veras a los gustos y ambiciones... sin más ideal que amaros, viviendo desasida de todo lo que aquí abajo ciega y ata a las almas que de ti se alejan, desnudas de todo afecto y muriendo a sí mismas, viviendo en pobreza y humildad es como conseguiremos reparar, expiar, desagraviar las penas del Corazón del Esposo sacramentado y detener la justicia del Eterno Padre, irritado por los pecados y odios de los hombres hermanos, engendrados con su Sangre Preciosísima en la cruz. ¡Oh caridad divina, ven y prende los corazones de todas las almas capuchinas; dadles a sentir las ansias de tu Corazón adorable, de verte cercado de almas víctimas!... ¡Que lo sientan, Jesús mío dulcísimo, como más os agrade hacer de cada una de estas Capuchinas Eucarísticas una pequeña hostia que, unida a ti sea ofrecida en el santo Sacrificio al Eterno Padre, contigo divino y misericordiosísimo Salvador y Redentor nuestro.

¡Que de una vez para siempre aprendamos a ir a ti de verdad, desprendidas y humildes como nuestro seráfico padre san Francisco, que imitó tan fielmente tus ejemplos!

¡Alienta y aumente nuestra fe y amor Jesús mío!... Y enseñanos el camino de darnos a ti sin reserva, como cosa tuya; tu harás entonces de cada una esa hostia que tanto nos pide tu Corazón adorable, tan perseguido y odiado de los hombres; pide víctimas de amor de reparación y expiación en la adoración a Jesús Sacramentado.

En el noviciado me sentía constantemente obligada por él, me parecía pedírmelo todo, y yo toda me daba a él y Jesús me prometía con una promesa que nunca dejó de cumplirme durante tantos años de pruebas: “Entrégate toda a mí, con todo cuanto de mí tienes recibido, sin que quede en ti nada tuyo, y yo me haré dueño de ti, pensaré en ti y tus intereses serán míos y tomaré más a pecho tu unión conmigo y yo me ocuparé de ti y de tu obra que *es mía* y la quiero perfeccionar según los deseos de mi Corazón, y esto será cuando tú comprendas la desnudez que de ti misma exijo... Entonces te daré a conocer el espíritu de amor y reparación que ha de ser el ideal de las Capuchinas Eucarísticas, víctimas de amor. Es la suerte más envidiable que puede haber a una alma; tiene que asemejarse lo más posible a mi amor crucificado en la cruz y en la Hostia y que, unidas al sacerdote, oren, reparen y expíen por el Eterno Padre. Esto es lo que mi Corazón pide y exige de las Capuchinas Eucarísticas víctimas revestidas de un nuevo sacerdocio, consagradas por completo a la adoración y amor al Santísimo Sacramento como una nueva falange que el Corazón divino quiere formar de sus capuchinas víctimas para reparar y suplir la insuficiencia que en estos tiempos de persecución y marxismo, que de los sacerdotes por su falta de amor verdadero, de celo ardiente y fe viva para dirigir a mi Corazón las almas que lejos de ayudarlas las espantan con sus malos ejemplos. Vosotras, las almas víctimas, formaréis un ejército que harán la guardia de honor junto a mi tabernáculo”.

No viviendo ya para sí, sino para el divino Maestro, prontas a inmortalarse con él y ganarle almas con el sacrificio y la adoración... Y si más adelante, caldeadas en ese divino fuego eucarístico que, con la peniten-

cia y mortificación del seráfico padre san Francisco nos enseñó en su santa Regla, fortalecido el espíritu de caridad y amor, nos ordenasen salir de nuestra amada clausura para ayudar a las almas que vean la luz del Evangelio, del bautismo de los sacramentos, el camino de salvación y del cielo, salir con el espíritu del Bautista del desierto de vuestra penitente vida y ya en pueblos abandonados en la Patria, ya en el extranjero, en América, en China, en África, en Oceanía, en los confines del mundo... donde la obediencia de la santa Iglesia Romana Católica os enviare a buscarle almas a Jesucristo Salvador, nuestro amantísimo... Leer la santa Regla cuando dice: “Guardar el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo viviendo en obediencia, sin propio y en castidad”; y el Testamento de la gloriosísima madre santa Clara es el espíritu de inmolación, desprendimiento y pobreza de una verdadera víctima con Jesús pobre y crucificado, ¡cómo ella alentó al padre san Francisco *a las misiones*, cuando el seráfico Padre le pidió lo encomendase al Señor.

Y ella, no lo dudéis, hijas de mi alma, cuando delante de su cripta bendita en Asís, *donde estuve tres horas orando*, le mostraba a todas sus hijas presentes y futuras, pidiéndole no me dejase salir viva de aquella visita si nuestra obra se apartase de su espíritu... y cuando con la frente pegada a la reja, junto a su sagrado cuerpo casi incorrupto, esperaba me diese el Señor alguna luz, de aquellos labios que aun secos conservan la apariencia de aquella purísima virgen fundadora y madre nuestra, sentía grabarse en mi alma: “*Tienes mi espíritu, mi predilección y mi amor*, que desde el cielo te aprueba conmigo el seráfico padre san Francisco, siempre que en esa transformación *conservéis el espíritu de humildad y pobreza, de nuestro Señor Jesucristo y de nuestra Madre Santísima* en su vida mortal, *desde Belén al Calvario y al Cenáculo. Seréis bendecidas por el Padre* que mira bondadoso y acepta vuestros sacrificios, *del Hijo que os une a sí*, en el altar del sacrificio por las almas, y *del Espíritu Santo* que os comunica sus luces clarísimas de la santa Religión, os *comunicará sus Dones* y frutos para que la obra dé copiosísimos *frutos de santidad* a la santa Iglesia Católica y a nuestra Orden”.

Sor Trinidad del P. C. de María, abadesa.

Orense, 3 de diciembre de 1937

Había venido de Granada, en donde esperaba la llegada de mis monjas de Berja, de Almería, donde llevaban 14 meses en poder de los rojos... Tuve el consuelo de recibir y colocar en el monasterio de Santa Paula las cuatro primeras que habían llegado; me faltaban seis por venir... que esperaba de un día a otro... Las instancias y ruegos de éstas me obligaron tanto a venir que, sin escuchar el amor propio que me aconsejaba esperarse a mejorar, salí enferma y con el corazón apretado, me puse en camino desde Granada a Orense, con la confianza en el Señor me ayudaría al viaje como siempre, sólo contaba con 50 pts. para las dos desde Granada a Orense.

En Sevilla no encontramos a nadie a nuestra llegada, anduvimos en busca de fonda lloviendo mucho, encontramos una que sólo por dormir nos cobraron 12 pts., en mozo y coche 18, no nos quedaba para comer si teníamos que guardar algo para el viaje. Anduvimos todo el día 15 de noviembre en varias casas, buscando nos ofreciesen un poco de pan con algo caliente... y el Señor quiso que nos mantuviésemos con la sagrada Eucaristía, en donde pasamos la mayor parte del día en la iglesia de San Buenaventura que estaba Su Majestad expuesto, y allí recibimos el aliento y amor que necesitábamos.

A las 4 nos fuimos a la iglesia de Reparadoras en donde nos hospedaron otras veces y después de una hora de adoración llegamos a saludar a la madre que otras veces hizo tanto por nosotras. Esta vez tan amable y fina se olvidó preguntarnos si habíamos comido. Entonces quedé yo en la iglesia pidiendo a Jesús diese a mi compañera un bocadillo de pan, y llevó una carta a D. Francisco Rincón a quien venía recomendada, y este buenísimo Señor nos ofreció arreglarnos el billete de caridad y en su coche nos llevó al Gobierno para arreglarnos el salvo-

conducto y demás, y después de presentarnos a su familia, nos aconsejó quedásemos en las capuchinas, y con un criado suyo fuimos a ellas que nos recibieron con extraordinarias muestras de amor, nos prepararon comida llena de caridad y camas para descansar, nos dieron tantas muestras de amor seráfico que derramaba lágrimas de gratitud al Señor que tan amable se mostró con sus pobres hijas.

Nos dieron breviarios y un hábito, buenísima madre abadesa, me pareció una santa, nos dio 15 pts. y nos envió su hermano que nos llevase al tren, y todo fue una providencia regaladísima de Jesús a quien dedicamos nuestras horas de necesidad a darle amor y adoración.

Salimos el 16 a las 8 de Sevilla en un tren de militares hasta Salamanca, que llegamos a las 10 de la mañana de 17. Qué horas de tren oyendo tantas... ¡Gracias que un soldado, a quien le socorrimos, nos metió en primera, y venían tres oficiales que nos consideraron mucho. Y al llegar lloviendo y con frío... encontramos en Salamanca la iglesia de San Juan diciendo misa, y recibimos el pan de los ángeles que fortaleció y nutrió nuestras almas y fuimos a las MM. Adoratrices que nos dieron un cuarto para descansar una hora y almorzar. Después fuimos a los PP. Dominicos para hacer tiempo de tomar el tren y estuvimos con el bendito padre [...]⁵, que es un santo.

⁵ Deja espacio para poner el nombre.

¡Dios sea bendito!,
y nuestra Madre dulcísima

Granada, 5 de julio de 1939

Acabamos de ver al Sr. Arzobispo y hablar con Su Excelencia largamente en su palacio de la Zubia. Nos acompañó N. P. D. Juan, M. Teresa y su pobre esclava.

¡Nada teníamos resuelto! Me decía que Su Excelencia no quería volviésemos a Berja, que estábamos muy mal asistidas sin capuchinas y la miseria de aquel pueblo, que no quería que volviésemos... Y quemada la sagrada imagen que no debíamos volver, etc... Rogué al padre nos acompañara, y él presenció con consuelo la amabilidad del Prelado, oyéndonos con interés, atendió a mis ruegos de dejarnos volver a Berja la mitad de la comunidad a probar si podíamos obrar la casa y si podíamos vivir si encontrábamos capellán; y que la otra mitad quedase en el convento de Sancti Spiritus, y si comprábamos el convento nos quedásemos allí, que Su Excelencia quería el noviciado en Granada.

Volvimos admiradas y llenas de gratitud al ver al Prelado, tan padre y tan santo... No puedo seguir hoy, necesito este ratico para expansionar mi corazón junto al sagrario y darle gracias porque se ha dignado mirar a su sierva con tanto amor,

S. T.

DE GRANADA A BERJA

28 de julio de 1939

Al fin nuestra Madre dulcísima parece quiere allarnos en su compañía para desagraviarle y expiar los crímenes y sacrilegios cometidos en su santuario. Ella se dignó hacerlo sentir a este corazoncillo miserable la primera vez que entré en su santuario destruido y su camarín desierto... ¡Qué dolor y qué consuelo sintió mi alma en aquellos momentos que parecía haberse trasladado el cielo a aquel rinconcito de gloria!...

¡Nunca vi aquel camarín tan celestial y divino!... Nuestra Madre Santísima de Gádor, que siempre graciosa y alegre atraía con su precioso Niñito en sus brazos, aquel día que radiante de gloria se hizo ver en su camarín, nos pedía no la dejásemos sola y consolásemos a su Hijo santísimo de los pecados y crímenes allí cometidos... Se lo prometí con toda mi alma cuando parecía decirme: “¿Qué va hacer de mis hijos vigitanos si ahora les falta el brazo de vuestra oración y penitencia?... *Orar por ellos y hacer penitencia*”.

Bueno, *todo se cambió*, y conseguimos el permiso, y hoy en Jesús, María y José emprendemos nuestra ida a Berja y mañana llegaremos a nuestra casa bendita de nuestra Madre de Gádor. Bendita sea.

Hoy 29, llegamos aquí, Madre, a lo que tantos años fue tu ermita y sólo quedan las paredes. Cuando bajamos del camarín no veía ni andar, ni acertaba qué decir a cuantos me esperaban, desanimada y entristecida. Pero la Santísima Virgen de Gádor había cambiado mi corazón y me pedía orásemos e hiciésemos penitencia por su pueblo ingrato a quien quería salvar por medio de la penitencia y la oración de sus hijas, las Capuchinas Eucarísticas, que hiciesen fuerza nuestras plegarias y

oración para aplacar la divina justicia... ¿Cómo no fiarme de la que me las había salvado a todas, librándolas del infierno de los enemigos implacables de Cristo?...

Sí, Madre mía, *os lo prometo...* Volverán tus hijas y yo con ellas a consolaros, desagruar y haceros compañía, aunque el pueblo nos rechace, *fio de ti, Madre*, eres consuelo de los que *en ti esperan*. *¡Sed tú nuestra Madre siempre!*

15 de septiembre de 1939

¡Pasó el 8 sin que apareciera en el santuario de la Santísima Virgen de Gádor ni un alma!... Parecía que la Santísima Virgen esperaba que este año acudieran fervientes sus hijos a consolarla. En la parroquia la obsequiaron, pero la nueva imagen no pudo venir, le preparaban grandes fiestas y querían andas de plata, etc...

¡Madre mía!, qué triste nos pareció el santuario de la Virgen de Gádor, no tenían prisa en traer su imagen y ella sala, ¡solo su camarín, vacío, esperaba que sus hijos le consolasen!... ¡Madre mía, qué pocos son los que te aman! Se ocupan de arreglar sus casas, de mejorar sus fincas, etc.. ¡De ti, Madre mía, qué pocos se sacrifican y te desagruan a pesar que tanto nos amas, Madre mía!

El rezo de los Dolores gloriosos celebrado en nuestro coro con toda solemnidad conmovió nuestros corazones y parecía que ella, nuestra Madre amantísima, se quejaba en su dolor de sus hijos y parecía sentirla tan vivamente en nuestras almas, que no esperase a las andas, que trajesen su imagen a su camarín donde quería recibir los votos y oraciones de sus hijos de Berja, a quien deseaba colmar de gracia y bendiciones... Y entonces le ofrecimos hacerle nosotras las andas de flores, y valiéndonos de la Srta. Lola Faura, ella se encargó de mover en Granada al Sr. Magistral, y la Santísima Virgen llegó radiante de gloria el día primero y quedó en la parroquia para hacer allí su novena, que tantos años se hace en su ermita, pero sus hijos ingratos quemaron la sagrada imagen de tantos siglos, y pareció a todos que el pueblo viese y diese culto a la nueva imagen, y mientras sus hijas oraban y ofrecían su sacrificio al Señor de no tener tan hermosos cultos allí.

Este día 15 sentíamos todas un fervor en los Dolores gloriosos que aquella noche no podíamos dormir; era domingo y oíamos en los barrios cercanos unos cánticos que nos imaginábamos la procesión que otros

años hacía a la Santísima Virgen de los Dolores en Chauchina, y allí en Berja a nuestra Señora de Gádor al terminar la novena.

Con esta impresión cogimos el sueño y no sé cómo sentíamos aquellos cánticos subir la alameda arriba. Me levanté varias veces a las ventanas y no veíamos nada. Todas oíamos aquellos cánticos. Llamé a María y le pregunté: ¿Oye cantar?, ¿qué es esto? Ella seguía durmiendo y conseguía me contestase alguna vez: "Sí, *oído cantar*, pero son en los parrales las gentes que guardan las uvas".

Me volvía a echar, y las melodías de unos cánticos dulcísimos me levantaban de nuevo y entonces me arrodillé, pues vi iluminarse la antigua alameda, camino de la ermita y me pareció ver a la Santísima Virgen hermosísima, con una gloria inexplicable, con el divino y preciosísimo Niño en sus brazos volver a su ermita, acompañada de muchos coros de ángeles, cantando el rezo de la santa Iglesia a dos coros, que empezaban los ángeles y alternaban los mártires y confesores que tanto amaron la celestial Reina y murieron por Jesucristo Señor nuestro en esta persecución.

Cada vez que los ángeles repetían el ¡Oh vos omnes quit transistis per viam..." así como responsorios que decían los mártires, quedaba yo traspuesta, me inundaba el gozo del alma y el corazón dejaba a mi parecer de latir... Me pareció que el cielo se bajaba a la ermita, el santuario parecía la gloria, entre los mártires me pareció conocer al P. Luis y a otros padres que habían muerto y así como estuvo la ermita engalanada de luces y flores el día que el Emmo. Card. Casanova inauguró nuestra fundación, celebrando de pontifical el día 24 de septiembre del año 1930, se repetía aquel pontifical aquel día 15 de septiembre en el santuario de la Virgen Señora, nuestra Madre amantísima de Gádor, el año 1939, después del triunfo de la gran persecución. ¡Dios sea bendito! y haga que de tan grandes males y pérdidas que hoy lamentamos, venga el Reinado del Corazón dulcísimo de Jesús a España, y el triunfo definitivo de nuestra santa Religión en España y en el mundo entero.

Santuario y monasterio de Nuestra Señora de Gádor, 15 de septiembre de 1939

Sor Trinidad del P. C. de María, abadesa, Capuchinas Clarisas Eucarísticas de Madre de Dios.

Granada (Berja), 10 de octubre de 1939

¡Oh Jesús mío dulcísimo!, que en la festividad del glorioso padre san Francisco vimos poner nuevamente la clausura y en la elección canónica establecida de nuevo la comunidad de Capuchinas Eucarísticas de la Madre de Dios, echada de nuestro monasterio y errantes y perseguidas de muerte por los rojos más de dos años.

Pobre y desmantelado el nido de palomas se vuelve a cobijar bajo el manto de nuestra Inmaculada Madre María Santísima de Gádor y cuando entusiasmada y fervorosa en unión de las hijas creía empezar de nuevo mi vida de clausura, soy llamada a Granada para el arreglo de la nueva fundación, para el noviciado común en Sancti Spiritus de Granada, que el Excmo. Sr. Arzobispo nos dio con tanta bondad y paternal cariño. ¡Dios nuestro Señor sea bendito!

El 28 de mayo nos hicimos cargo del convento de Sancti Spiritus, ya vacío, y el 5 de julio estuvimos en la Zubia a ver al Sr. Arzobispo, en su palacio, y pedirle nos firmara la escritura del convento y nos concediera enviar a Berja 8 ó 10 religiosas a probar si podrían sostenerse allí.

Con dificultades me concedió el permiso, que fuésemos a experimentar si encontrásemos sacerdote que fuese allí de capellán, pues D. Fulgencio lo necesitaba en Granada. Aquel día el Excmo. Sr. Arzobispo *estuvo inspiradísimo, paternal* y lleno de bondad, nos parecía un santo... Hacía tiempo desde que murió el Sr. Card. Casanova que mi espíritu se sentía huérfano y una nube me ocultaba, aquello que el divino Maestro nos decía.

Al fin, el 5 de julio del año 1939 cumplió el dulcísimo Jesús sus amorosas promesas... En aquella hora que junto al sagrario de Porto, el año 1936, me sentía morir con la noticia de que habían invadido nuestro convento de Berja los rojos.

¡Oh Jesús dulcísimo, cómo derramáis en las almas superabundantemente las dulzuras de vuestro amor, cuando con vos hemos bebido el cáliz amarguísimo que en distintas ocasiones quisisteis probar la fe y el amor de vuestra indigna sierva y esclava. ¡Bendito seas!

Con nuestro buenísimo padre D. Juan Cuenca y M. Teresa volvimos. De allí nos volvimos agradecidísimas y llenas de fe y amor. Le decía a mi buena compañera M. Teresa de Jesús como los discípulos de Emaús: ¿No sentía vuestra caridad cuando nos hablaba Su Excelencia al divino Maestro consolándonos y premiando el sacrificio de un viaje tan doloroso, que hasta por teléfono me decía el Sr. Párroco: “Ahí no piensen Vds. volver más, hasta el Prelado se opondrá a que vuelvan”.

Nadie nos quería recibir... Sólo la Reina del cielo nos esperaba en su camarín vacío de todo lo de aquí abajo, que tanto adornaban su sagrada imagen. Aquel día lo ocupaba la Reina del cielo con una corte de ángeles que en dulces Cánticos llenaban el santuario de gloria. y ella llena de maternal dulzura dándome su benditísimo Hijo que tenía en sus brazos, parecía decirme: “Aquí te esperaba para pedirte no abandonéis nunca este santuario donde yo quiero seguir recibiendo el culto y amor de mis hijos, mientras que vosotras, con vuestras adoraciones y oración desagráviáis la Santísima Trinidad de los pecados y sacrilegios cometidos en este y en tantas ciudades y pueblos de esta región; orar mucho y tener fe que si amáis y buscáis la gloria de mi Hijo santísimo en la salvación de mi pueblo, yo os estaré a la puerta del reino del cielo y os daré un trono con mi Hijo santísimo que corresponda a vuestras obras y amor de Dios y de su gloria”.

Salí de allí y no podía ni hablar; la emoción me tenía muda, me encontré como si hubiera bajado del cielo.

¡Qué podré decir, Madre mía dulcísima, ahora que no sé ni hablar! Sentía en mi alma la presencia de Jesús Niño dulcísimo como si le llevase en mis brazos... La Santísima Virgen me lo dejó en el corazón, y escribiendo estos borriones no sé decir nada... mas que como san Pablo; a él invoco para que me ayude a decir, si fuese necesario y por obediencia, los misterios profundísimos de amor y misericordia que aquel día me dio a entender en su camarín la Reina del cielo, María Santísima

de Gádor, nuestra dulce Madre, que con un amor maternal nos pide le ayudemos con nuestras oraciones y penitencias a salvar a su pueblo, que empezará a ser ferviente y entusiasta de Cristo Salvador nuestro y de su Madre Santísima en la medida que nuestros brazos, como los de Moisés, pidan al Señor, tres veces santo, su amorosa misericordia y perdón.

Se me fue la pluma y dije más de lo que quería y podía. Dios nuestro Señor sea amado y bendecido por siempre y su dulcísima Madre, María Santísima y el bienaventurado patriarca san José, nuestro padre y administrador de todas nuestras casas. Amén.

¡Corazón Eucarístico de Jesús en vos confío! ¡Madre mía al pie de la cruz, *cuida de mí...* para que jamás me despegue de la cruz santísima de vuestro Hijo, y de vos, Madre mía socorrerme!

Apuntes de mis últimos ejercicios espirituales del 4 de agosto al 12. Año 1938.

Dirigidos a la comunidad por nuestro Veneradísimo R. P. Isacio Morán, jesuita español, en el colegio de Entre os Ríos. (Domo) Portugal.

En nuestra casa, Rua do Rosario 31, Porto. Capuchinas Eucarísticas de Madre de Dios.

Mi Oración diaria

¡Oh Jesús mío! Así como el agua se mezcla con el vino en el santo sacrificio de la misa, así quiero yo unirme con vos, Jesús mío amantísimo, y ofrecerme en holocausto con vos, víctima divina, a la Santísima Trinidad en reparación, expiación y desagravio por las ofensas, sacrilegios y abandonos que recibís en el Santísimo Sacramento del altar, y que todas las Capuchinas Eucarísticas de la Madre de Dios sean vuestras adoradoras perpetuas en espíritu y en verdad, como os adoran en el cielo los ángeles. Amén.

¡Que yo desaparezca, Jesús mío, para que vos reinéis sólo en mí, mi Soberano, Señor y Dueño!... Amén.

Ruego a mi venerable y santo P. Morán se digne dejarme consejo en estas dudas que tengo en mi conciencia que me angustian tanto en ocasiones.

Como no sé escribir con orden y concierto las pondré como el Señor me inspire... No las verá nadie, mas que en mis retiros mensuales, como examen; y *sus respuestas o consejos será de luz y aliento en mis pruebas.*

¡Jesús mío, ayudarme! ¡Madre mía!...

Con respecto a mis deberes para con Dios, le diré el estado presente de mi alma:

Primero. Después de grandes contrariedades, en las cuales, ofrecidas al Señor dejan mucho que desear, llena de temores y angustias si cometía pecado y sin luces especiales para conocer el estado de mi alma, y en este estado de temor, malestar y desgana de la vida, me encuentro a nuestro Señor en un salmo..., en una antífona..., en una lección o en cualquier parte del oficio divino, que con muchísima frecuencia me sucedió en este mes tan amargo; ¡llevo dos visitas *tan fuertes!*... que parece mi naturaleza no las resiste; quedo sin fuerzas y como si me faltara alientos para vivir.

El 1 de agosto, en el invitatorio de Nuestra Señora de los Ángeles, quedé sin sentido delante de la Santísima Virgen (en casa de doña Helena, en Lisboa, de 3 a 6 de la tarde, en el cuarto que dedicó para nosotras).

Aquel día no había sido tan fiel al Señor como en otras ocasiones. Me retiré sola a mi cuarto, la compañera quedó en el hospital de Jesús. Sentía la contrariedad de no poder ganar el jubileo de Porciúncula, no había confesado, hacía examen... y llena de dolor empecé a rezar vísperas, acordándome de la solemnidad de otros años en nuestros conventos.

Terminé vísperas y completas como las empecé, de rodillas delante de una imagen de la Virgen de Lourdes. ¡Madre mía, la miraba y pedía con mucho cariño!...

Como no esperaba salir más del cuarto y estaba cansada y enferma, pensé seguir rezando para levantarme temprano para confesarme.

Al empezar el invitatorio me encontré como si me trasladaran al cielo, y me pareció ver a la Santísima Virgen con su Hijo santísimo rodeada de innumerables bienaventurados, salvados por este jubileo que se repetían con los ángeles el invitatorio de maitines... y, como si entrase yo con ellos..., perdí el sentido y quedé tan abismada en aquel goce o deleite celestial, que no sabía qué pasaba en mí. Tres horas después entró la señora María Helena para cenar. Yo no acertaba, ¡un alma hermosísima! No comprendía qué me pasaba; ella procuró alentarme; me creía enferma (por la impresión o contrariedad de Sintra). Al contrario no me podía acomodar a tener que alternar y pedí me dejaran descansar, no me sentía bien del corazón.

Me duró 48 horas, entorpecida para todo. En el viaje y aquí me quedé seca... mis trabajos arreciaron tanto que vuestra reverencia fue testigo de mis caídas y miserias en la caridad, tantas faltas (involuntarias es un hábito), mis impaciencias tan fuertes...

¿Cómo después de un beneficio que no se puede comparar a nada de esta vida, cómo caigo en las mismas miserias...? ¿Será el demonio para engañarme?...

Algo parecido me hizo el Señor en Santiago, cuando comulgué y me vine creída que no se iría el Señor de mi alma jamás... y no me dejaría caer en tantas miserias... y ya ve vuestra reverencia... Anteanoche en la meditación de la oración del huerto, sentí las agonías de Jesús con tal intensidad..., sus palabras taladraron mi corazón seco y helado como una piedra... y tanto han conmovido mi corazón las meditaciones de estos dos días..., que no puedo ni hablar con vuestra reverencia de lo que siente mi alma. Parece que mi dulcísima Madre María Santísima me coge en su compañía y me da a sentir *su amor y su dolor*, como si dejase mi ser o se separase mi alma de este saco de miseria y viviese dentro del Corazón purísimo de mi Madre de los Dolores al pie de la

cruz, y solo siento amor y dolor... y todo lo demás que pasa en mí lo veo o siento como en el prójimo; aquello mío, me parece no es, y sólo siento con una fuerza inexplicable aquello que recibo sin procurarlo. *¡Amor que embriaga* y dolor de sus ofensas! ¡Cuántas veces lo deseo y pido con oración y penitencia, y Jesús parece no me oye!... Y cuando como ahora venía como de paso a escaparme para Orense, *él me detiene* sin que nadie me pudiera mover de aquí...

Por caridad, padre mío, ¿qué debo hacer en estas ocasiones, que se repiten ahora con más frecuencia, para no engañarme?... Su santo consejo será mi luz, ayuda en el camino, que encuentre tan difícil y sola... Y así aquel 12 de julio, en la capilla del Sagrado Corazón, de Santiago de Compostela, que me concedió el Señor el mayor favor y gracia del santo jubileo, cuando al recibir la sagrada Comunión en aquel amor y dolor de mis pecados, le pedía a Jesús divino, llena de fe, pues me parecía verlo realmente venir a mi alma como estuvo con sus Discípulos al partir el pan, toda fuera de mí, le pedía con *un ardor capaz de acabar conmigo* si él no me fortaleciera: "*¡Señor, quédate ya conmigo que acaba el día de mi vida y sin ti moriré!*... Y él, con un amor inexplicable me pareció concederme cuanto le pedí, y desde aquel día me parece es otra la vida que vivo, nada me separa de él, lo veo donde quiera que estoy, lo encuentro dentro y fuera de mí y me absorbe toda, y me parece me inutiliza para vivir aquí abajo su divina presencia.

Segundo. Para con mis hermanas del Consejo, ¿cómo he de haberme las? Si yo veo delante de Dios lo contrario de lo que me proponen o sostiene la mayoría, ¿cedo, aunque sienta lo contrario?...

Este vencimiento de rendir mi juicio al de las otras... aunque me parezca no ser tan agradable al Señor como lo que yo creo me pide el Señor, ¿cumpliré lo que el Señor me pide?... ¡Temo tanto de mí!... que el juicio de las demás, si no concuerdan, ¿tendré que ceder... por temor de equivocarme... y entonces quedaré tranquila? Dígame vuestra reverencia por caridad.

Si yo creo que es Jesús amorosísimo el que me pide aquello... y mi natural se inclina más al parecer de todas que quede quieta en cualquier

casa de las fundadas y no siga adelante, y cuando entro en oración y me coloco al pie de Jesús y de mi Madre dulcísima, que me piden víctimas de expiación y reparación en la adoración del Santísimo Sacramento... y yo me encuentro como paralítica y enferma al pie de la cruz y me parece que del Corazón de Jesús muerto, sale a mi alma una voz que me manda levantarme y andar con la camilla de mis miserias sobre mis hombros..., creo y siento una fuerza superior a lo que naturalmente siento... y emprendo el viaje... y paso por todos los abismos y montañas y llego hasta donde él me dice. *Basta*, y sin hacer nada creo he cumplido su adorable voluntad.

Tercero. Siendo la superiora, el tiempo que el Señor me tenga en su cruz..., ¿dónde debo fijar mi residencia?...

¿Cuántas veces le parece debo visitar las casas que me lo pidan? ¿Debo proponer las elecciones en cada casa... contra el parecer del P. D. Juan que no quiere elecciones, por el temor se repita lo de Chauchina...)? ¿Debo pedir las?

Yo he deseado mucho en estos santos ejercicios conocer la voluntad del Señor en la renuncia del cargo en definitivo. En Santiago me pareció ver cercano mi fin, y querría si es voluntad del Señor quedar un poquito libre de cargos preparando el viaje hacia la eternidad... No quiero en nada hacer mi voluntad, sino la de mi Señor y mi Dios a quien únicamente amo y deseo servir con toda mi alma en lo que él quiera de mi pobre alma.

En estos días hermosísimos de retiro, repito mis propósitos, y llevo al sagrario los corazones de todas mis monjas para que por ellas y por los sacrificios que ellas hacen por el Señor, me perdone, borre mis ingratitudes y me conceda amarle hasta morir, y que ya que imprimió en mi alma los dolores de su pasión santísima, muera y resucite con él para gozar de su amor eternamente en el cielo. *¡Su amor es mi vida! Él me sostiene* en el destierro, y me eleva a su corazón misericordiosísimo como Padre de misericordia y de amor. ¡Bendito sea eternamente! Amén.

DÍA DE NUESTRA GLORIOSÍSIMA MADRE SANTA CLARA

12 de agosto de 1938

¡Dios mío y Señor mío! Os amo, concederme amaros con tal intensidad que muera en un acto de amor, que purifique y consuma todas mis miserias...

Virgen Santísima, mi dulcísima Madre, concédeme la gracia de imitar vuestras virtudes con toda perfección... Deseo ardientemente *amar a Jesús* con la pureza y humildad que vos le amasteis!... ¡Os pido, Madre mía, *vivir con vos cada día, y a cada hora junto a Jesús!*... En Belén, junto al sagrario; en Nazaret, trabajando, imitando vuestro silencio y obediencia en el trabajo de cada día; en Egipto, de esclava vuestra, llevando a *mi Jesús*... en los trabajos, pobreza, *sed...* y *estrechándolo en mi corazón*, aceptar los incómodos y angustias de los viajes, pensando voy con vos a Egipto... mi dulce amor... En toda la vida de Jesús, os buscaré a vos para que me hagáis participar de vuestros trabajos y amor a mi Jesús. ¡Madre mía! En Jerusalén, en el Calvario y en el Sepulcro... *no me separaré de vos...* ¡Si vos, Madre mía Santísima, me conserváis en vuestra santa compañía, me salvaré! ¡Oh, sí!... Estoy segura, Madre mía llena de amor y misericordia, que por vos enseñada y conducida a Jesús, vuestro Hijo, no sería rechazada en mi juicio!... *¡Ha de ser terrible!*... ¡Por ser que es mi cuenta tan larga..., que si vuestro Corazón Inmaculado no se interpone..., temo condenarme!

¡Madre mía, *mi Madre!* En aquel momento decisivo, que sólo vos *seréis mi abogada, ¡ruega por mí!*

1º. ¡Madre Santísima! Concédeme un corazón manso y humilde

como el de vuestro Hijo y el de vos...

2º. ¡Madre misericordiosísima! Que sacrifique mi honra, mi estimación, aun las luces y consuelos espirituales que busco para aliento y seguridad en mis pruebas..., si con esa privación de todo consuelo y ayuda puedo desagaviar el Corazón sacramentado de vuestro Hijo santísimo.

3º. Madre mía dulcísima, que por amor a vuestro Hijo santísimo me abrace con mis cruces alegremente, aunque sola y abandonada vea deshecho cuanto he trabajado por esta obra de vuestro amor, que como en la cruz *os encomiendo a vuestro dulcísimo maternal Corazón* y al de vuestro divino Hijo, y *hazme sentir*, como lo hacéis, el cuerpo llagado, ensangrentado y muerto de Jesús que estrecháis en vuestros brazos, cuando *colocáis su sagrada cabeza en mi corazón*... ¡Es el sepulcro frío de mi corazón que vos, Madre mía, caldeáis junto al divino Sacramento eucarístico, con vuestra divina mirada que llevo grabada en el alma!... Acepto la privación absoluta de todo humano consuelo por amor a vuestro Hijo víctima. Como víctima quiero vivir y morir, concediéndome el consuelo que disteis a vuestro divino Hijo: ¡Morir a vuestro lado amparada por vos, Madre mía! ¡Cuando perdida en mis trabajos y viajes... me vea sola defendiendo tu obra... *que te vea a vos, Madre mía, junto a mí!* Os lo ruego, Madre mía, cuando abrazada con mis cruces... cubierta de afrenta y escarnio siga los pasos de vuestro dulcísimo Hijo, ¡que vuestros ojos *dulcisos me miren!*

¡Madre mía Santísima!... Que cuando llegue el momento de partir, abandonada de todos, que vos, Madre mía Santísima, recibáis mi última mirada, mi último aliento, *mi último latido de amor*...

Entonces, Madre mía, recoge a todas tus hijas bajo vuestro manto... ¡Acordaos nacieron junto a tu Corazón purísimo!, que vos sois la Madre y Maestra de tus hijas Capuchinas Eucarísticas. ¡Sois vos *la Madre, la Superiora y la Maestra!*... Cuidar de ellas todas y a presentarnos vos misma como cosa vuestra a Jesús vuestro Hijo y mi Señor Jesucristo. Amén. Vuestra esclava y sierva,

Sor Trinidad del C. de María.

¡Siempre esperé en vos Dios mío, y confío en vuestra misericordia y amor, que jamás seré confundida!

Orense, 15. Fiesta de nuestra soberana Reina y Madre amantísima de los Dolores.

¡Madre mía!... En todas las épocas de mi vida os encontré, y cuando oía una voz en mí: "*Haced aquello que es agradable a los ojos de nuestro Dios...*" Hace muchos años que oigo como una voz en lo más íntimo de mi alma, y siempre que buscaba de dónde venía a mí aquella fuerza sobrenatural y divina, que como una saeta entraba en mi alma y me despertaba, si andaba dormida, me encontré con vos, Madre mía dulcísima, que con la mirada de dolor y amor al pie de la cruz... y derretías mi corazón en amor y dolor como el vuestro, y me pedías almas sacrificadas por la penitencia y la muerte de sí mismas, que se ofreciesen a tu divino Hijo en el Santísimo Sacramento como hostias vivas en expiación y desagravio de los horribles odios y pecados del mundo, y con su amor atrajeran a la tierra la fe y amor a tu santísimo Hijo muerto en la cruz por las almas *elegidas*... de las cuales se queja amarguísimo el Señor y por ellas nos pide reparación adoración y expiación.

Vos, mi dulcísima Madre María Santísima, que alentasteis mis temores, cuando a los primeros pasos del camino que me mostrasteis cuando la obediencia me mandó salir (a los 33 años de vida religiosa) por primera vez a fundar la casa de Chauchina..., vuestra promesa de ser mi Superiora, Maestra y Madre me suavizó el mayor sacrificio de mi vida, que era salir de mi amada y estrecha clausura a formar un nuevo convento de Capuchinas Eucarísticas víctimas, según el modelo que recibí del Corazón amorosísimo en la sagrada Eucaristía...

Vos, Madre mía amantísima, que conocéis mis penas y trabajos... y mi grandísima miseria y ruindad, ¡apiadaos de mí!, venga a mi corazón atribulado una mirada maternal y alentadora y ahora que el día de mi vida baja y declina hacia el horizonte sin fin de la eternidad... ¡Madre mía!, no os pido que arranquéis de mi senda las espinas y llenéis de flores el término de mi camino: ¡No, Madre mía! No, mis pies están habituados a las asperezas del terreno, mi corazón se encariñó con la cruz desde que Jesús vuestro Hijo y Salvador mío me la dio por báculo en mi orfandad, y desde entonces, que empezó mi peregrinación y por herencia la elegí con todo el amor de mi alma, sólo ella puede asegurar mis últimos pasos, y apoyada en ella es como quiero terminar mi carrera en este mundo. Bajo vuestra mirada dulcísima y maternal quiero morir en ella junto a Jesús, vuestro Hijo, y que mi corazón participe de aquellas divinas palpitations del adorable Corazón de Jesús. Amén.

PATROCINIO DEL SEÑOR SAN JOSÉ

¡Que yo desaparezca, Jesús mío,
para que vos reinéis sólo en mí!...

Orense, 26 de abril de 1939.

Llegué a esta casita del Puente el [...] ⁶ de marzo para arreglar nuestro viaje para Berja y salir enseguida a ver si recogíamos nuestro amado convento y bendito santuario de nuestra Madre Santísima de Gádor a la [que] deseamos con nuestro amor y reparación, desagrarivarle de tantas ofensas y sacrilegios cometidos contra su sagrada imagen y nuestro amor dulcísimo Jesús sacramentado.

De siempre encontré mis planes deshechos, ¡gracias a Dios!, pues así me da gozo aquello de san Juan de la Cruz: “Si quieres llegar a poseer a Cristo jamás le busques sin la cruz... ¿Qué sabe el que por Cristo no sabe padecer? Cuando se trata de trabajos, cuantos mayores y más graves son, tanto mejor es la suerte del que los padece”.

¡Cuántas veces experimentó mi alma la gran ganancia de esta doctrina!... y bendigo al Señor que desde muy pequeña me diese por padre espiritual y maestro a tan gran santo. Y a propósito recuerdo ahora, que después de mi primera Comunión el demonio me perseguía mucho, y mis travesuras y genio muy vivo. Mi madre me reprendía mucho, y me encargaba al salir de casa hiciera siempre la señal de la cruz para empezar o salir, y nunca me olvidé; y quedaba dormida haciendo por repetidas veces la señal de la cruz, persignándome con mucha devoción, porque advertía que si no la hacía, el demonio turbaba mi sueño con horri-

⁶ Deja espacio para poner la fecha.

bles fantasmas, que decía a mi madre, que procuraba no nos faltase el agua bendita y medallas de la Santísima Virgen y del Sagrado Corazón; porque me tiraba muchas veces de sitios altos como para matarme, y aquella cuaresma a mediados de abril hubo unas heladas tan fuertes que en los caños y fuentes quedaban las aguas heladas y se perdieron las cosechas y frutos.

Un día nos llevaba la criada a una casa de campo (donde todos nacimos) llamada “Casa Alta”, pero después les pareció a mis padres mudarse a la plaza principal, para lo que compraron unas casas para poner un comercio a mi hermano mayor (que dejó la carrera eclesiástica y mi padre quería ocuparlo y estar a su vista por lo que todos fuimos allá). En aquella casa teníamos colonos muy queridos que echaban grandes lumbres y venían por nosotros para calentarnos, y mi padre nos mandaba con mucho gusto... y una pequeña de mi edad me convidó a ir con ella a ver unas figuras de hielos que había en la finca junto al camino. Me admiró tanto aquel poder de Dios de ver las aguas cuajadas en aquella enorme cascada que bajaba de una montaña que me entretuve tanto allí que quedé casi helada y no volví a ver a nadie más por allí. Decía mi padre que un hombre que pasaba por allí me vio casi muerta y avisó a la casa que me llevaron muy abrigada y el calor de aquella lumbre me hacía gemir hasta que con agua caliente me metían las manos y pies y al fin reaccioné. Nadie supo quién me llevó allí, los colonos no se dieron cuenta, la criada negaba que allí hubiese más niños que nosotras dos. Al fin decía mi madre, no me cabe duda que el demonio la tomó con ella y cualquier día nos da un disgusto que no tenga remedio.

Se desarrolló una pulmonía con dolor de costado que creyeron todos moría; y como mi madre estaba muy delicada y próxima, temieron todos la vida de mi madre peligrara si yo moría, (pues todos me querían tanto que parecía ser el ídolo de la familia), y al decir el médico moriría de un momento a otro ofrecieron, a san José hacerle los Siete Domingos toda la familia si me curaba, y una misa cantada a la sagrada Familia, y el Señor oyó la oración de aquellos venerables ancianos (mis abuelos), que oraban con una fe y amor de Dios y lo mismo toda la familia, especialmente mi primo ordenado ya de sacerdote (P. Hitos Jesuita) y que

por su extremada delicadeza de conciencia no se atrevía a celebrar la santa misa sin hacerse religioso.

Y a él se le ocurrió la idea de los Siete Domingos con el fin de hacer confesar algunas personas que él deseaba acercarlos a los sacramentos. Él velaba de noche al lado de mi cama para darme las medicinas y que mi madre descansara, porque en él tenía tanta fe... En efecto, él me leía algunas historias de la Santísima Virgen, y del amor del Corazón de Jesús a los niños, y después me hablaba de la hermosura del cielo, y de lo que gozan los justos... Así ¡veía la muerte con unos encantos!, de [que] la Santísima Virgen me recibiría en sus brazos.

Después me alentaba mucho a que le ofreciese mi corazón todo entero, sin dar parte de mi amor a ninguna criatura, y para lo cual me dio una estampa del Niño Jesús, con una cruz, tendido sobre ella y tenía en sus manecita un corazón que lo estrechaba en sus bracitos con mucho cariño... y si entonces hubiese muerto... ¡Oh Jesús mío, vuestra misericordia fue tan grande, que al acercarme la Virgen del Perpetuo Socorro a mis labios para besarla aquel divino Niño, que tenía en sus brazos la milagrosa Virgen, me hirió el corazón con tal fuerza, con aquella lanza bendita, que parecía moría de dolor y de gozo... Momentos después volviendo de aquel deliquio de amor, (pues ya mi corazón sentía fuertes ímpetus de amor cuando mi madre nos hablaba de la pasión del Señor y de los dolores de su Santísima Madre al pie de la cruz, lloraba con un dolor tan intenso, que mi padre le prohibió me hablase de las penas de Jesús).

Me vi rodeada de toda la familia creyendo había muerto, y toda extrañada les preguntaba: ¿vieron lo que el Niño de la Virgen del Perpetuo Socorro me hizo para curarme?... Me dio con una punta que tenía el ángel y me dijo venía a curarme.

Todos alegremente oían aquella relación como si delirara de la fiebre altísima que tenía, pero el P. Hitos observó el termómetro y notó que la fiebre había desaparecido. Pero quedé tan débil... y aquel recuerdo del Niño de la Virgen me lo distraía, porque no podía con aquellas avenidas de amor que su recuerdo me dejaba sin vida. Desde entonces no me dejó nunca, cuidaban de mí como si fuese mi padre y me decía: "No olvidés

Merceditas que la vida te la dio el Señor para que seas santa... y muy santa. ¡Me estremezco pensar el infierno que te espera! ¡Si vieras cómo pido por ti para que seas fiel al Señor!..." A los dos meses poco más, mi madre murió de la misma enfermedad en ocho días por encontrarse a los 30 días de nacer mi hermano, Jesús José y María.

Este golpe horrible hacía repetir a muchos, especialmente a mis abuelos: ¡Se conoce el Señor nos pedía víctimas y como tanto rezamos por la niña, el Señor se llevó a su madre!... ¡Qué dolor tan profundo amargó para siempre la felicidad y paz de la familia "Levítica de los Hitos Linares!"... Esta prueba fue seguida de otras, y aquella casa de Dios, en donde se observaban las leyes, como los primeros cristianos..., fueron desapareciendo todos, y ya había que mirar al cielo y repetir llenos de fe: ¡sólo en el cielo se gozará sin penas!

Pensaron mis abuela y padre en internarnos en un colegio, y al fin entramos en un colegio de clarisas, que abría entonces en Santa Inés de Granada. Y allí me esperaba el Señor para hacerme suya.

¡Oh, cuánto podría decir!, al verme la maestra, M. Clara Álvarez con las Obras de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa en mi baúl, que me dio a leer mi primo P. Hitos después de la enfermedad... Y venían las religiosas a oírme cantar con mucha devoción aquellas preciosas canciones de su "Noche obscura"... Con cuánto gusto las repetía. Y de estas ansias de amor se aprovechó el Señor para confiarnos a las pequeñas a una fervorosísima religiosa, sor María Rosa Robles, para que nos hiciera la meditación y preparación para la sagrada Comunión. Y cuánto bueno aprendí de aquella santa religiosa.

S. T.

PRIMER VIERNES DE MAYO DE 1939

¡Corazón de Jesús en vos confío!
 “La obediencia vale más que los sacrificios”, y
 ¡es tan dulce sacrificarse si ve a Jesús en sus
 superiores cuando mandan por obediencia, o
 sin mandato manifiestan su voluntad!... ¡Qué
 bueno es el Señor para con su pobre esclava!

El día que cumplí los 10 años de edad con mi hermanita de 8, a los seis meses de muerta mi santa madre, entramos en el convento de clarisas de Santa Inés para educarnos. ¡Qué dolor sentía mi corazón al separarme por primera vez de mi padre y abuelita, que tanto amaba!... Al despedirme de ellos, les dije: ¡cuidado que yo no quiero ser monja, que vengo a educarme para ayudar a mi papá, de aquí a dos años ya podré encargarme de la casa, papá no nos pongas madrastra!... Mi padre y abuela quedaron desconsolados, llorando y nosotras cogidas de la mano de aquellas santas religiosas que nos llenaron de atenciones y cariño, cuando yo toda enzurrñada no sabía corresponder aquellas delicadezas maternas mas que contestando con grosería: yo no quiero ser monja quiero educarme pronto para marcharme con mi papá.

Las monjas me dejaron como para no hacerme caso, y todas encantadas con mi hermanita que alegre como un ruiseñor, las tenía admiradas de su alegría y candor como un ángel. Ella, en cambio, quería ser monja aquella misma noche, pues llegamos a las 5 de la tarde el 28 de enero 1889. Nos hicieron cenar y yo caprichosa tomé sólo dos pasteles de los regalos, que llevábamos mucho dulce que es lo que más gustaba; la pequeña tomaba cuanto le daban, y se puso mala de madrugada... Cuánto sufría mi corazón, que todo me extrañaba... Al día siguiente nos

llevaron al coro, y nos ofrecieron a la Santísima Virgen y al Niño de Belén. Ha, qué hermoso Niño vi en aquel pesebre bendito, le miraba con tanta atención que no me podía nadie arrancar de su lado, cautivó su hermosura mi corazón y mi alma. Decía a mi hermanita cuando estábamos solas: “Yo no podré irme sin este Niño celestial... Si papá lo comprara nos lo llevábamos, y si no lo quieren dar yo no me podré ir sin él... He sentido que el Niño robó mi corazón y yo no puedo vivir sin él... y como lo han subido tan alto no alcanzo, y yo quisiera me lo dejaran sólo para llenarlo de besos y abrazarlo... ¿Y tú no viste que movía los ojos y parecía se sonreía como queriendo le tomásemos en brazos?” Y ella con su natural gracejo me contestó: “Yo vi que era muy rico, pero al besarle el pie vi que era de barro...” Me dio una pena... que me quería reprimir las lágrimas. Yo al besarlo sentía la blandura y calor de un Niño hermosísimo que tanto me robó el amor de mi corazón.

A la M. Maestra le hablaba del Niño, de su hermosura, de lo que gustaría tenerle un ratico en mis brazos... Ella me oía con atención y me decía: “El Niño Jesús vendrá a tus brazos cuando quieras ser su esposa, pero ahora que quieres irte con tu papá, ¿cómo vas tú a merecer mecero-lo y besarlo y después te marchas...?” ¡Oh, no, madre mía, que si beso a ese Niño yo seré lo que él quiera, o su esposa, o su niñera... y la maestra me seguía el hilo y me decía: “Tienes que pedírselo a su Madre Santísima, la Virgen Santísima, y no sé que le parecerá”. Y cogiéndome de la mano, me dijo: “Ven conmigo”. Y me llevó al coro y me puso de rodillas delante de la Santísima Virgen, y me dijo: “Ahora pídeselo tú con mucha fe y fervor”. Y me dejó mientras ella me alcanzó el Niño de la capillita, y me lo trajo diciéndome: “Toma, hija mía, el divino Niño que me da la Virgen para que lo beses”... Oh, entonces qué feliz me encontraba con él en mis brazos, le *estrechaba*..., le besaba y me ofrecí a él para siempre. Entonces sentí fuerzas para sacrificarle mi papá, mis hermanitos pequeños, mi abuela, ya no quería volver al mundo, entonces me sentí consagrada a él para siempre. Fue el 2 de febrero del mismo año... Después Jesús me regaló. Dios sea bendito. Amén.

S. T.

¡Corazón Eucarístico de Jesús, en vos confío!

M. R. Padre Isacio Morán, S.J.
¡Día de san Estinaslao de Koska!

Mi venerado padre en Jesucristo

Recibimos su hermosa carta del 8 del actual el domingo 13, (que se cruzó con mi última, que supongo en su poder). Dimos muchas gracias al Corazón Eucarístico y a nuestra Madre Santísima por este singular favor que nos hacía en aquellos momentos de tribulación y de prueba tan dura... Tratábamos en aquellos momentos cómo allanar las grandísimas dificultades de la fundación de Orense y de Porto.

Allí el dueño de la casa pedía muchísimo dinero. Aquí el Sr. Obispo ponía dificultades para establecernos en definitivo... Encontramos casa, pero no los permisos para la vida de clausura como la profesamos. Tan enferma e inútil como me encuentro, en todos sentidos, y las dificultades que encuentro para salir, unas veces por cobardía mía, y otras porque no me dejan. Si voy a Braga, no querrían me viniese, y son violencias para todo; igual sucede a las de Orense y aquí. Temen ponerme peor. Y ante esta lucha, y mis temores grandísimos... que vuestra reverencia conoce.

Excuso decirle el efecto que produjo su carta... En el momento mismo que M. Paz y servidora... contemplando el cuadro que teníamos a la vista resolver, y por lo que a mí toca sólo veía, que yo estorbaba la obra de Dios... Y cómo el demonio más listo se aprovechaba de mi completa inutilidad para ver de deshacer una obra que la persigue de muerte. No por esta idea pierdo la paz, porque confío tanto, tanto en el Corazón Eucarístico de Jesús y en su Madre Santísima, nuestra dulce Reina y Madre... que vería todo destruido y deshecho, y esperaría que de sus ruinas haría Jesús renacer su obra más gloriosa y perfecta... y de

ahí ver mi muerte, como la vida de la obra tan amada de su Corazón misericordiosísimo.

Después de dar muchas gracias a nuestro Señor y a la Santísima Virgen, en cuya presencia abrimos su carta como si bajara del cielo... ¡Qué carta tan inspirada del Espíritu Santo, como de un santo padre mío!... Precisamente aquel día habíamos empezado la novena a la Santísima Virgen y al Espíritu Santo en comunidad para terminarla el día de la Presentación, confiadas de que para ese día tendríamos ya resuelto el asunto de Orense y el de aquí (acababa de llegar de Orense sor Inmaculada para estos asuntos...) y necesitaba tantas luces del cielo, que pedí en Braga la hicieran también por mis intenciones... Pues ese día aniversario 46 de mi consagración a Dios, esperaba me alcanzaran del Señor esa gracia.

Su carta, padre mío, la llevé junto al sagrario, y cada día pasaba mi oración pidiendo sus luces especiales sin las cuales no sabía cómo empezar.

No dejaba de preocuparme el estado inacción en que me encuentro para todo... y más para poder expresar el principio de las primeras inspiraciones del Señor! Vuestra reverencia como tan buen maestro de espíritu, en su carta me lo daba todo hecho. ¡Dios nuestro Señor se lo premie dándole en premio las riquezas inagotables de amor y bondad de su divino Corazón!...

Hoy, gracias a la intercesión de la Santísima Virgen, nuestra Madre Santísima que tanto nos ama, sentí un rayito de luz y de consuelo, y algo así como sentí en Roma junto al altar de san Ignacio en la Iglesia de Jesús, donde recibí tres días la sagrada Comunión pidiéndole al santo me diese luz y ayuda en el asunto que me llevaba allí... Algo así sentí hoy después de la sagrada Comunión, una confianza ilimitada en el Corazón Eucarístico de Jesús y en su Madre Santísima, que como obra suya la ponga en manos de vuestra reverencia y "obedeciéndole ciegamente es como más agrado a su divino Corazón, obediente a la voluntad de su Eterno Padre desde su Encarnación hasta su muerte de cruz".

Hoy, por tercera vez he sentido en mi alma el deseo del divino Corazón de Jesús en el Santísimo Sacramento, me quiere víctima por la

entrega completa de mi voluntad en la suya, por medio de la perfecta obediencia a vuestra reverencia, para lo cual entendí claramente debía darle perfecta cuenta de cuanto sentí, prometiendo al Señor ayudar a mi memoria para que sencilla y llanamente conteste a su carta como más convenga a su gloria. ¡Corazón Eucarístico de Jesús, en vos confío! Madre mía Santísima, ¡ayudadme!

Padre mío. Mi santa madre y abuelita me enseñaron amar a Dios desde antes de conocerle. Le oí decir a mi madre: "Os he enseñado a Dios antes que supierais hablar". En efecto, allí se temía a Dios y no vi pecado alguno. Pero yo de genio muy fuerte y vivo le hice mucho sufrir, porque fui muy traviesa y alegre.

El Señor, que sin duda quería salvarme, me quitó mi madre cuando me iba dando cuenta de la vida, y *entonces*, cayó sobre mi alma una tempestad que en aquel momento de dolor intensísimo, me llevó mi abuelo al pie de la Sagrada Familia, que tenía en la casa una capillita, y nos dijo a mi hermana menor y a mí: "¡Desde hoy ahí tenéis a vuestra Madre que ella os salve siempre!"... Ella desde entonces cuidó de nosotras como Madre divina.

Después de seis meses de orfandad amarguísima, pensó mi padre y abuela internarnos a las dos en el colegio de Santo Domingo. Enterada una parienta religiosa clarisa de Santa Inés de Granada, pidió a mi padre nos llevase a su convento, que ella cuidaría de nuestra educación como una madre, porque hacía un año que habían puesto colegio y tenían ya 15 educandas de muy buenas familias.

El mismo día que cumplía 10 años, el 28 de enero de 1889 entramos en el convento de Clarisas, donde fuimos recibidas con mucho cariño. Mi hermana sólo tenía 8 años.

Las madres como vieron la buena educación y que sabíamos leer y escribir correctamente, nos preguntaron: Vosotras, ¿qué queréis aprender, a qué sentís inclinación?... Yo muy impresionada no sabía más que llorar... Llevaba delante de mí el cuadro de mi casa...: mi padre con pretensiones de casarse con una parienta que tenía mi madre de criada, mi abuela y dos hermanos mayores disgustadísimos, dos hermanitos con amas, y uno con tres años. Mi madre al morir y darme sus últimos con-

sejos: "Y tú hija mía al lado de la abuelita siempre, sé siempre muy buena y cuida de tus hermanos pequeños para que papá, no os ponga madrastra".

Mi hermanita muy viva y más lista que yo, contestó con mucha gracia a las religiosas que querían hacernos hablar: "Mi Mercedes lo dirá".

Yo no podía hablar; sentía una pena separada de mi abuela que tanto me amaba y con quien mi madre quería me educase. Siendo ya muy de noche y queriendo la superiora que nos acostasen, mi hermanita me instaba les contestase, y yo con mucho genio y grosera les dije: yo no vengo a ser monja, vengo a educarme parairme enseguida con mi papá a tomar cuenta de casa, y esta mi hermanita quedará aquí más tiempo.

Aquí el Señor me cogió *¡de verdad!*, por suerte pusieron al cuidado nuestro una religiosa de gran virtud que cuidaba en absoluto, de las pequeñas (que sólo éramos tres). Desde el primer día que al levantarnos nos hizo la primera meditación yo me encontré totalmente cambiada, abrí mi corazón aquella santa religiosa (de alguna edad) y vi en ella a una madre y a una santa.

Ella me decía siempre, ¡ay Merceditas mía que Jesús la ama tanto!... Entonces, con inocencia, la dije: eso de que Jesús me ama tanto me gusta mucho..., ¿cómo lo sabría yo de él?, porque mi papá, que tanto amaba a mi mamá y hace seis meses que murió y piensa casarse..., *¡me duele tanto!*..., que ya no creo en ningún amor... Yo querría un amor tan grande como el mío, *¡que no me olvidara nunca!*...

Entonces acariciándome y limpiándome las lágrimas que no podía contener me dijo: "Sí, hija mía sea, siempre todo tu amor para Jesús, que mucho más que tú *te amas, te amará siempre*... Yo te enseñaré lo que él me diga para ti"...

Entonces creí que Jesús le hablaba y me aficioné tanto a Jesús que nadie me sujetaba en estar pegada en la reja junto al sagrario, donde me decía que llamándole mucho él vendría a jugar conmigo, y cómo la constancia de aquellas visitas largas y continuas... al sagrario me alcanzaron su amor misericordiosísimo, que comulgaba jueves y domingos y

sentía dentro de mi alma a Jesús conmigo, hasta que al año y ocho meses, el 12 de agosto, que con gran entusiasmo celebraban la fiesta de la madre santa Clara, tocaban piano y bailaban todas las niñas en el patio jardín del convento después del refresco y cena, yo sentí en medio de aquella fiesta que una fuerza interior me llamaba al coro, iba a jugar con el Niño Jesús, con quien compartía mis recreos... Allá fui... y al llegar al antecoro, un cuadro del Sagrado Corazón que había, me pareció verlo iluminado, y el Corazón entre llamas como una hoguera y sentía una abstracción tan fuerte que subiéndome sobre una silla o no sé cómo conseguí poner mis labios en aquel Corazón todo inflamado. Quedé embriagada en aquel fuego tan ardiente que me consagré a él para siempre, haciéndole voto de castidad. Yo sentí que me prometía ser mi Esposo para siempre y que él me pedía fidelidad y después me daría su gloria, si aquí aceptaba su cruz y sus clavos, y sentí desde entonces que venía a mi corazón con todos los instrumentos de su pasión y me convidaba a subir con él al Calvario, etc... Yo le decía todo a aquella monja, sor María Rosa Robles, y ella me decía que, el Niño Jesús que yo le veía como yo, de 10 a 12 años, quería enseñarme que las almas que él escoge por esposa deben vivir crucificadas con él.

Después de algún tiempo me dijeron que en la fiesta de la madre santa Clara me echaron de menos, y la religiosa que la madre superiora envió por mí, me encontró en el suelo tendida, y creyendo si estaría mareada o habría tomado algún licor que aquel día repartieron, que yo nunca pude probar, me cogió para llevarme a la cama, y que le extrañó que no pesaba nada y me llevaba como si nada, y se dieron cuenta que no había tomado ni dulces, pues los había ofrecido en sufragio de mi madre (q.e.p.d.) por quien hacíamos penitencias mi hermana y yo para alcanzar del Señor la resucitara si era de su divino agrado.

Pasados unos días, al salir yo de mis visitas al sagrario, en donde siempre seguía el consejo de sor María Rosa Robles, daba unos golpecitos en la reja del coro y le decía: ¡Jesús mío, aquí está tu Mercedes!, y esperaba un ratito pidiéndole me diese su amor y me hiciese toda suya... Y él venía a mi alma y me daba aquellos consuelos... que sólo él sabe, y que me hizo la vida en aquel colegio de cielo.

Una religiosa anciana, maestra de novicias, de gran espíritu y muchas virtudes, supe después que me celaba por extrañarse siempre verme tanto en el coro, y me esperaba en el antecoro delante de un Señor (de lo que ya dije en otra ocasión le reveló estaba en pedazos en un rerete por unos masones y lo trajeron al convento y hoy tiene allí mucho culto y desagravios).

Bueno, esta M. Carmen Guervós me esperaba un día al salir del coro, estaba sentada en la misma silla que me subí a besar el Corazón de Jesús, frente a la sagrada imagen del Cristo de la Agonía. Me dijo: "Dime, aquí delante de Jesús que te está mirando, ¿qué haces tú con Jesús tantas horas en el coro en vez de irte con las otras niñas al recreo y a brincar?, ¿quién te trae aquí con tanta frecuencia?"... *Me trae Jesús; porque me llama.* Y siguió preguntándome todo cuanto se le hacía sentir Jesús, y entonces echándome su brazo sobre mi hombro izquierdo, como si quisiera abrazarme, me dijo: "Ya sabes hija mía que el Señor te quiere religiosa no aquí, sino en otro convento en donde te preparará para que seas abadesa, sufrirás mucho, pero como Jesús te ama, te prepara su cruz; si eres fiel a su amor le darás muchas almas y mucha gloria".

Entonces no entendía aquello. Apenada le dije: y ¿por qué no aquí?... Yo quería ser su novicia, y no irme de aquí nunca... Ella me repitió: "*aquí no*; ya estás destinada a otro convento, sé siempre muy buena y acuérdate de las gracias que recibiste aquí del Señor".

Esto se lo refirió ella a varias religiosas de aquel convento, y cuando profesé me escribió diciéndome que ya habían dado principio a sus profecías... Y si mal no recuerdo M. Pilar (mi parienta) me dijo que todo lo que había pasado en San Antón haciéndome abadesa tan joven, y las fundaciones también se lo había manifestado ella antes de morir, que se lo había revelado el Señor.

Esto lo fui entendiendo, a medida que me ocurría el caso recordaba me lo habían dicho, pero no me preocupó nunca la curiosidad de lo que podría ser.

Vinieron unas niñas sin vocación y sin vocación ninguna; hablaban de cosas del mundo y sufría mucho. Pedí a mi abuelita me llevase a otro

convento de clarisas de la Encarnación, donde estaba una hermana de mi madre de abadesa y mi madre se educó allí también.

Mi abuela y mi padre creyeron debía quedarme en el mundo y se dedicaron a ponerme en condiciones de encargarme de la casa, pero el Señor no me dejó. Yo no podía vivir en el mundo, me ahogaba en él. Me llevaron con unas primas muy buenas y piadosas que no tenían vocación y viví con ellas unos meses.

A pesar del cariño y buenas acciones que me tenían, el mundo me pinchaba, y allí encontré peligros. Unos primos que estudiaban en el seminario empezaron a entretenerse. Yo sentía que mi corazón se apega a aquellos regalos y cariños. Empecé los Siete Domingos a san José, y le dije al Sr. Cura, D. Manuel Carranza, un santo y venerable sacerdote, mis luchas y mi vocación. Quería ser trapense o cartuja, deseaba huir del mundo, me temía a mí misma, sentía en mi corazón un fuego de amor ardiente a Jesús, y temía que las criaturas me lo pudiesen robar, temía quedarme en Granada por mi familia a quien mucho amaba.

El Sr. Cura, que me conocía desde muy pequeña, pues tenía su casa junto a la de mi abuela donde yo viví más años y por su huerto veía el interior de la casa de mis padres, se trataban y conocían muy bien, veía se interesaba mucho por mí, y yo le pedía me dijese dónde me quería el Señor. *¡Con qué rigor me avisó!*

El último Domingo de san José, me dijo: "Dios te quiere capuchina, vete allí, que es la trapa y la cartuja que tú buscas; se hace mucha penitencia y viven como sepultadas en vida, tienen clausura y no se las ve nada".

Entonces sentí alegría, pero temía que no negara del todo al mundo mi amor por tener allí una hermana de mi madre muy santa... y quería vivir desprendida. Pero el Sr. Cura me alentó asegurándome que allí me quería el Señor:

Lo pretendí, pedí permiso a mi padre y me lo negó, primero con cariño y después con amenazas.

Veía con gusto, y aun con consuelo que aceptara una proposición, que ya preparaban en familia en donde el demonio quería enredarme y atarme a él...

Al fin a escondidas de mi padre se arregló todo y entré en el convento de San Antón, Capuchinas de Jesús María, Desierto de Penitencia de Granada, el 28 de julio de 1993 a la 1 del día, viernes.

Me acompañó mi padre, todo disgustado y amenazador, y una hermana de mi madre, mi tía Prudencia, de gran virtud, que la confió mi abuela no me dejara hasta que quedara dentro de clausura, como lo hizo.

En mayo de aquel año vine por primera vez a pretender, y la Santísima Virgen del Amor Hermoso, que estaba en un altar hermosísimo, me miró con tanto amor que allí me consagré de nuevo a ella, pidiéndole me facilitara la entrada si era para ser santa y si no que no me admitieran. La Santísima Virgen, mi Madre amantísima, me *miró*... y mi alma sintió una especialísima providencia. ¡Madre mía, bendita seas y la hora en que vuestro divino Hijo nos la dio por Madre. Amén.

El 28 de julio cumplía los 14 años y 6 meses de edad, hacía 8 meses que salí del colegio, llevaba en casa una temporada de mundo toda contrariada, sentía mi alma aficionarse, a pesar de vivir en un ambiente de piedad y virtud de una familia no solo cristiana sino muy piadosa que decía el Sr. Cura era la familia levítica de aquel pueblo. Yo vivía como el pez fuera del agua..., no tenía deseos de ser de este ni aquel convento, *quería ser de Dios*... en un convento que tuviese todo el menor contacto con el mundo... No lo quería escoger, quería me lo dijese el Señor por medio de sus ministros, y así quedé contentísima a pesar de las grandes dificultades que encontré en la familia por mi salud, y en la comunidad por tener completo el número de 33, y por una gracia rompieron el número, y yo hacía 34, al consejo que en mi favor les dio el R. P. Ambrosio, que acababa de darles los santos ejercicios en aquella ocasión.

En las Capuchinas de San Antón de Granada entré como si me viese en el cielo... Fue tal el gozo y alegría que sintió mi alma al cerrar aquella puerta bendita dejando a mi tan querido padre lleno de dolor, que al llegar al coro me caí en tierra y pegando mi frente con el polvo le dije: ¡Señor mío y Dios mío!, concédeme no dejaros hasta que me una en el cielo con vos. ¡De aquí al cielo!... y ¡cuidar vos de mi padre y *salvarlo!*, ¡que mis hermanitos los libréis del infierno y de todo pecado!

¡que se salven todos! ¡Allí me pareció le dejé todos los cuidados de mi vida, para desde aquel día no tuviese más cuidados que Dios y mi alma!... Así lo proponía con toda la fuerza de mi alma, y empecé en el noviciado el postulante, que fue de tres años y medio.

Hacia 12 años tenían cerrado el noviciado, no había muerto ninguna religiosa, ni había entrado ninguna postulante. La madre maestra ofreció a las religiosas la buena voluntad de la postulante, pues había muchísimas ancianas y enfermas, necesitadas de juventud que las ayudara a sus trabajos y observancias.

Así disculpaban con tanta caridad y amor mi torpeza y falta de habilidad para los trabajos serviles, que no sabía y pronto aprendí, encontrando siempre en lo más penoso mi mayor dicha de encontrar algo con qué obsequiar a Jesús. Me parecía el cielo los trabajos en la casa de Dios, y los prefería con entusiasmo a los regalos del mundo, que despreciaba con toda la fuerza de mi alma; y sin casi saber lo que decía, repetía con mucha frecuencia lo que me dijo un padre, el P. Hitos, que me veía las penas que sentía en el mundo, fuera de mi convento, cuando todos me querían sujetar en él: "Tú no has nacido para el mundo, *no*; tú has nacido para el cielo". Y era mi estribillo en todos los momentos difíciles, me lo decía. ¡No eres de la tierra, y aquí no acierto a vivir; vivo para el cielo donde está mi Dios y mi Padre, a quien sirvo con toda mi alma! ¡Mi Dios y Señor!...

Premió tan superabundantemente el Señor el sacrificio que le hice de dejarme aquellos tres hermanitos pequeños sin madre, de quien yo era su consuelo en los ocho meses que viví con mi abuela. ¡Se me venían como si vieran en mí a mi madre!, y yo cuidaba de todas sus necesidades, y cuando salí de la casa a pesar de querérselo ocultar, los tres se cogieron a mí... y tuve que pisarlos para saltar en un momento que para consolarlos los retiró mi padre, pero el más pequeño que tenía poco más de tres años quedó tendido en el suelo porque decía no me atrevería a pisarlo.

El Señor es el que da la fuerza y valor para seguirle, y no se turbó nunca mi paz, me parecía prometerme cuidaría de ellos, y no los abandonaré nunca, y descansaba en la fe y confianza en sus promesas.

Viví dos años de postulante con la primera madre maestra que miraba por mí con el amor de una madre, pero como se me pasaba todo el día trabajando y limpiando el convento, y sirviendo en las oficinas y casi no pisaba el noviciado, me decían algunas si había entrado de criada o para monja. Entonces comprendí debía tomar el santo hábito; lo pedí, y me lo negaron por temores de que les parecía no tendría fuerza para el ayuno diario y porque no podría con la vigilia y ayuno diario, y empecé a enflaquecer; tenía tanta debilidad de estómago que yo misma creí no podría tirar de aquellos rigores. Entonces le pedí a la Santísima Virgen, mi dulce Madre, a quien acudía en todo, me diese fuerzas y me enseñara a trabajar, no permitiese me echasen de allí donde los trabajos y austeridad de vida me daba ocasión de continuo de llevar la pasión de mi Señor Jesucristo grabada en mi alma, que tan al vivo se presentaba el Señor en cada ocasión como modelo y maestro de la vida que él me pedía abrazara, de víctima de transformación espiritual en Cristo Jesús paciente... Como tenía un genio fuertísimo, con naturales inclinaciones de soberbia, orgullosa, fogosa, activa con un temperamento decidido, para conseguir el camino que Jesús me mostró, tenía Jesús que llevarme de la mano, con luces claras de que él era el que me guiaba, y un día que de trabajos extraordinarios había tenido varios choques..., como eran religiosas mayores y cada una me decía una cosa..., tuve un acto tan fuerte de ira interiormente que me fui a la reja del coro y llorando le dije con toda el alma: Jesús mío, si tú no me haces paciente me voy de aquí, para no ser santa no merece la pena, en el mundo te serviré mejor. Tuve dos días de sequedad espantosa... Buscaba a Jesús en la oración que me consolara y fortaleciera y no le hallaba... ¡Qué penas tan amargas sufrí entonces! Me veía tan sola... ¡Pobre de mí, Dios mío!

Como no tenía compañeras y la M. Maestra veía mis afanes de vivir junto a la Eucaristía, *mi vida* y aliento, me concedió la M. Abadesa que en una tribuna que tenían llena de muebles viejos, fuese siempre que quisiera de día o de noche. Mi pobre alma, tan sedienta de Dios..., corría veloz, aprovechando todos los ratos libres, a beber en aquella divina fuente con el ansia de un amor fuerte como la muerte, que no había nada capaz de detenerme... Había Jesús robado mi corazón en

aquel día 12 de agosto, cuando me invitó a consagrarme a él para siempre, que desde entonces no recuerdo, si hubo instante en mi vida que no fuese de *él todo el amor de mi corazón* y todas las ansias de mi alma.

¡Oh Jesús mío, con qué alegría sacrificaba los momentos, aun de mi descanso, para pasar junto a Jesús mis horas libres, aun privándome del sueño, por recrear mi corazón y mi alma en aquellas íntimas comunicaciones de Dios y mi alma... ¡Qué torrentes de luz inundaban mi alma, que fuera de él... quedaba como ciega! ¡Qué amor a las humillaciones y trabajos, que sin él no podía soportar! ¡Qué estima y amor me daba a aquella vida de penitencia y pobreza, que veía practicar con tanta antipatía y violencia, y junto a vos, en aquella tribuna..., en donde tantas veces regalasteis mi alma con vuestra divina presencia!... Os dignasteis enseñarme que solo iría segura a vuestro adorable Corazón, *abrazando aquella vida que vos mismo le disteis al seráfico padre san Francisco*, y allí repetidas veces me confirmasteis vuestra adorable voluntad de quererme víctima en la vida capuchina, adorándoos en el Santísimo Sacramento en espíritu y verdad, *y acercándole muchas almas*.

¡Cinco años de prueba y de noviciado pasé en la cruz de las más duras persecuciones y trabajos... como un momento de gloria! Porque las horas pasadas junto a Jesús sacramentado, frente a aquel sagrario... desde donde salían a mi alma torrentes de luz de amor y de consuelo, que robustecía mi fe y daba alientos a seguirle en aquella vida de penitencia, de continua abstracción de criaturas (no tuve ni compañeras en el noviciado), y mi santa maestra gozaba en verme toda entusiasmada en padecer y trabajar por dar gusto y consuelo al Amor no amado, a mi adorable Esposo sacramentado.

Mi santa tía, religiosa anciana de gran virtud, fue mi mayor tormento durante el noviciado. Como me veía cargada con los mayores trabajos de la comunidad, y que los buscaba fuera de los ya confiados por la obediencia de ir ayudar a la cocina y servir el refectorio, me prestaba a limpiar las celdas a las ancianas que había muchas de lavarles la ropa, y servir a las enfermas en la enfermería a lo más trabajoso, etc.

Mi tía, que nunca nos hablamos por el riguroso silencio que entonces se observaba (sin recreos nunca, ni sala de labor), no tenía ocasión

de hablarme. Un día en el locutorio hablando con mi abuela me dijo: "Prepare sus cosas que se va con la abuelita, porque su caridad no tiene cabeza y antes que se enferme o inutilice, que la tengan que echar por enferma, se va con su padre y le ahorra la criada y la lavandera". Me cogió aquello tan mal y tan desprevenida que llena de soberbia le contesté mal, con muy mal ejemplo, que mi abuela me reprendió mucho y me amenazó con retirar la pensión de una peseta que venía pagando diariamente, y se negó en darme el dote que me tenía ofrecido, si me empeñaba en continuar allí. Encantada de aquel acontecimiento, que nunca esperaba de mi abuela que me amaba más que mi madre y yo a ella, que desde muy pequeña me tenía siempre a su lado... y de mi tía, que siendo de tan gran virtud no viese que había escogido el camino de la cruz por vocación especial, que me entré en la tribuna hecha un mar de lágrimas... El demonio aprovechó aquel momento para tentarme de soberbia, y cuando vino la Madre a buscarme, le dije: "¡Si mi madre viviese no trataría V. tan mal a su sobrina que solo desea santificarse!"... El Señor se desagradó tanto de mi soberbia, que se ocultó, y a pesar de buscarlo arrepentida... aquella turbación interior le desagradó tanto a Jesús, que estuve todas las horas allí seca como un palo y sin poder desechar aquella pena horrible de desconfianza y despecho. No sabía qué hacer; al día siguiente no me atrevía a comulgar, a pesar que quise desechar el consentimieto [a] aquel tropel de tentaciones que venía sufriendo desde el día anterior y toda la noche. Vino la M. Maestra y me mandó comulgar; a pesar que yo le manifesté todos mis pecados, insistió que comulgase bajo su responsabilidad, y con muchos actos de contrición recibí la sagrada Comunión con más fe, amor y humildad. ¡Con cuánto amor me esperaba el Señor. Su Corazón adorable me había seguido en aquella prueba, y me amaba tanto que me lo dio todo en aquella Comunión tan feliz, me quería con él humilde y mansa, sacrificar por su amor todo, todo... y ya volví a repetirle mi consagración; le di cuenta a mi M. Maestra y le pedí hablar con la M. Abadesa, a la que fui a rogarle me concediera quedar religiosa de obediencia, para lo cual sentía gran atractivo, y nunca me lo permitieron, pero una vez que mi abuela retiraba la pensión y la promesa de dote entendía ser aquella la voluntad del

Señor.

La M. Abadesa, que me quería mucho, y ya en otras ocasiones me evitó saliera de allí, cuando las religiosas creían estaba enferma, y que no podría observar, etc..., y que con un carácter tan serio y retraído, no era para aquella vida... Ella, que con un amor maternal alcanzó del Sr. Arzobispo me dejase un año más, me dijo: "No, de ningún modo te consentiré nunca seas religiosa lega, pues creo no cumplirías los designios de Dios, que te quiere para mayores pruebas y trabajos... Si Dios te quiere te dará dote, y no necesitas el de tu abuela. Si se disgusta, tú procura que Jesús esté contento de ti siempre". La M. Abadesa entonces, R. M. Bruna de la Soledad Collado.

Qué penas me llevé de no conseguir ser lega y consagrarme al Señor tomando el santo hábito para profesar al año siguiente. Fui a Jesús, y él me dio tal fe de que me amaba..., que incluso quedaba contenta a no ser religiosa y quedar allí como una simple criada. En aquellos días hubo cambios de oficios y me mudaron la Maestra... Nueva tempestad... Incomparablemente mayor que todas las sufridas hasta entonces. La amaba mucho, me dejaba sola casi siempre y gozaba mucho pasar-me en la tribuna muchas noches con Jesús sin que nadie lo supiese, y ella me dejaba gozar de estos consuelos. Su educación y su carácter jovial y expansivo me ayudaba mucho... y la quería como a mi madre.

Qué lucha y qué tormento aquel, ¡Dios mío!... Cosa que creí no poder soportar y pensé marcharme en definitivo, pues la nueva maestra, tan santa como la primera, tenía enteramente otra educación y carácter, enteramente distinto, muy seria y muy rigurosa para la observancia, y no me dejaba un momento sola. y no la podía sufrir... Se unía la preparación a la elección, toda difícilísima como el P. Valencina la cuenta en sus "Cartas a sor Margarita". Entonces me resolví a buscar un convento de clausura que no hubiese elecciones y esperaba la venida del P. Ambrosio para tomar su consejo y me dijese la voluntad de Dios, que era la única que deseaba cumplir, a pesar que la nueva Abadesa, me parecía me la daba el Señor para mi santificación. Amén.

S. Trinidad

INDICE

Introducción	7
Cuaderno decimoquinto	9
Cuaderno decimosexto	27
Cuaderno decimoséptimo	35
Cuaderno decimooctavo	45
Cuaderno decimonoveno	53
Cuaderno vigésimo	63
Cuaderno vigésimo primero	69
Cuaderno vigésimo segundo	77
Cuaderno vigésimo tercero	87
Cuaderno vigésimo tercero (bis)	109
Cuaderno vigésimo cuarto	119
Cuaderno vigésimo quinto	181